

SS

SERVICIO SECRETO

DONALD CURTIS

MORIR ES COMPLICADO

—Su salud es a prueba de bomba, mi querido amigo —rió jovialmente Cameron Price, terminando el examen—. Puede seguir tranquilo, sin necesidad de recurrir a mí.

—Lo suponía, doctor Price. —Paul Garland se abotonó la camisa, incorporándose de la mesa donde había sido examinado cuidadosamente—. Pero Lori es aprensiva. Ya sabe cómo son las mujeres, especialmente cuando tienen demasiado dinero. Le asustan a uno, por una simple jaqueca o un resfriado.

—Sí, lo comprendo. —El médico rió, agitando una mano en forma significativa—. Yo tengo muchos clientes de ese estilo, Garland. La mayoría prefieren que les diga que padecen algo, de nombre interesante, a poder ser, y les mande unos comprimidos, para presumir de dolencias en sus reuniones. Así es el mundo.



Donald Curtis

Morir es complicado

Bolsilibros - Servicio Secreto - 506

ePub r1.0
LDS 04.07.17

Título original: *Morir es complicado*
Donald Curtis, 1960
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2





Donald Curtis

Morir es complicado

1ª. EDICIÓN

ABRIL -1960

EDITORIAL  BRUGUERA

Proyecto, 2-T. 284453

BARCELONA (6)


MORIR
ES
COMPLICADO
POR
DONALD CURTIS

Prólogo

Antes de Morir

Hacía mucho calor. Demasiado calor…

El sudor corría por su piel bronceada, tan copioso que llegaba a humedecer con menudas gotitas el papel arrumbado junto a la máquina de escribir.

Se enjugó la transpiración con el pañuelo, ya húmedo. Sabía que era igual. Un minuto después, volvería a sudar lo mismo.

Tomó el paquete de cigarrillos. Iba a coger uno, cuando recordó las palabras del doctor Price: «No, no debe usted fumar demasiado. Eso hará precipitar las cosas».

Se encogió de hombros con una mueca. ¿Qué más daba ya eso? Volvió a clavar los ojos en la última hilera de texto escrito por la máquina sobre el papel que aún descansaba sobre el rodillo.

> «Espero disponer del tiempo preciso para referirlo todo. No sé si será posible. Pero estoy intentándolo. Con todas mis fuerzas».

Volvía a sudar. Se secó las manos en el pantalón, ensuciando el blanco tejido. Miró hacia el tabaco de nuevo. Tenía que fumar. Sentía la necesidad imperiosa de hacerlo. De algún modo había que calmar los nervios. El hornillo estaba apagado, y no quedaba café en el pote. Tampoco tenía tiempo de hacerlo.

Tomó un cigarrillo. Lo encendió febrilmente. Estaba escuchando, con el oído atento. Nada. Ni un ruido. Ni una voz, ni un rumor Aquel mismo silencio de antes. En alguna parte, chilló un animal

cualquiera. Se agitaron algunas ramas y hojas de la espesura, fuera de la tienda de lona.

Respiró con fuerza. Exhaló humo. Un humo que le supo a gloria. Tal vez porque sería el último. O uno de los últimos.

El chirrido se repitió allá afuera, al margen de la frontera de luz que marcaba la lámpara apoyada sobre la mesa, en la zona de sombras del exterior. En la distancia, otro animal replicó. La espesura entera parecía viva, animada, a pesar del silencio sombrío de la noche.

Volvió su atención a la máquina de escribir. Le tamborileaban las sienes, y su fiebre iba en aumento. Sentía el ardor de la piel, desde la punta de sus dedos hasta la raíz de los cabellos.

Entornó los párpados, suspirando. Se peinó hacia atrás el revuelto cabello, con los dedos. Luego, continuó tecleando. Machacó las letras de la máquina con rapidez casi angustiosa.

Sobre el papel, fueron trazándose líneas de palabras:

> «Mi historia es tan increíble, doctor Price, que dudo pueda llegar a creerla nadie. Sin embargo, usted es médico, usted es un hombre de ciencia y un investigador por naturaleza. Sé que me comprenderá. ¡Tiene que comprenderme! Y aunque ésta extensa carta, cuando llegue a sus manos, no servirá de gran cosa para salvar mi vida, que ya se habrá extinguido por completo, quiero, al menos, que pueda utilizarse para prevenir otras muertes. Para que otros hombres no lleguen a ser asesinados *como lo he sido yo*.
>
> »*Sí*, usted sabe eso. Lo recuerda, ¿verdad? Fue la primera persona que lo advirtió. Entonces no podía creerlo. Aun ahora, resulta tan difícil de admitir… Pero estaba en lo cierto. Siempre lo estuvo, doctor Price.
>
> »No tengo amigos. No tengo mucha gente en quien confiar. Y los que hay, me tomarían por loco. Solamente usted será capaz de darme crédito. De ponerse en guardia y advertir a otros. Avise al inspector Sawtell, dele a leer esta carta. Dígale que se

ha cometido un crimen abominable y que yo soy la víctima. Yo, un hombre que jamás hice mal a nadie, que no ofendí ni perjudiqué a persona alguna. Yo, con cuya muerte nadie gana absolutamente nada en este mundo.

»Es el crimen más estúpido, cruel y feroz que jamás vi. También el más diabólico que pudo concebir una mente humana. Pero si mi asesino esperaba acabar antes conmigo, se llevó una decepción. A veces, morir no es tan fácil como otros creen.

»Ahora, doctor Price, ármese de paciencia y lea. Lea esta carta mía hasta el fin…».

Dejó de teclear. Faltaba poco. Muy poco…

Miró su reloj de pulsera, sobre el brazo al que se adhería el vello, por el pegajoso sudor que le empapaba. La camisa de manga corta parecía salir de un baño.

—Dios mío —susurró—. Un poco más. Solamente un poco más.

Estiró la mano, tomando el resto de los papeles de la mesa. Estaban ya mecanografiados. Contó torpemente hasta veinte hojas. La primera comenzaba:

«Empezó todo aquella mañana en que fui a verle, doctor Price…».

Las letras bailotearon ante sus ojos irritados, llorosos. Parpadeó, agotado, sintiendo que la fiebre devoraba su cuerpo. Dobló las hojas. Luego, pudo garabatear con la pluma su firma al pie de la carta y de las cuartillas. Lo metió todo en un sobre.

Humedeció la goma, pegándolo con fuerza. Luego, sobre el papel, escribió con mano torpe:

«Dr. CAMERON PRICE. —Harley Street—. St. Marylebone. —LONDRES».

Y añadió, con caracteres grandes, muy legibles:

«*Para entregar a mí muerte. —Paul Garland*».

Se quedó erguido, soltando de sus dedos la pluma, que rodó sobre el tronco de árbol que le sirviera de mesa. Tambaleóse, cubierto de sudor, y osciló la lámpara al golpearla su codo.

Con un poderoso esfuerzo se rehízo en parte, avanzando unos pasos por la tienda de campaña, hacia la salida. Su sombra se proyectó, gigantesca, sobre los muros de lona.

No tuvo tiempo de llegar al umbral donde la tela se recogía a ambos lados, formando un pórtico triangular. Cayó sobre sus rodillas, con un jadeo de desesperada impotencia.

Luego, fue a estrellarse contra el suelo de bruces. Su rostro golpeó la tierra. En el exterior, gritaba el selvático animal, sin salir de su imperio de negruras. Parecía presentir el callado, solitario drama que tenía lugar en aquella tienda de campaña, erguida en mitad de la jungla.

Pero si era así, fue el único ser viviente en presentirlo.

La mente del que cayera se iba hundiendo también en tinieblas. Y su último recuerdo fue para el principio de aquella carta postrera:

«Empezó todo aquella mañana en que fui a verle, doctor Price…».

* * *

Las manos rasgaron el sobre con lentitud, casi trabajosamente.

Los ojos se fijaron, a través de los lentes con montura de oro, en la frase siniestra del exterior: «*Para entregar a mí muerte —Paul Garland*».

—¿Qué te ocurre, querido? —preguntó Ada—. Estás pálido, como si hubieras visto a un fantasma.

—No estoy seguro de no haberle visto, Ada —dijo roncamente Cameron Price, tendiéndole el sobre—. Lee eso.

Ella lo tomó, por encima de la mesa servida para el desayuno. Cuando leyó aquello, lanzó un leve grito.

—¡Dios mío, Cam! —musitó, perdiendo el color—. Paul, muerto.

—Sí. Tenía que ocurrir, Ada. Un día u otro.

—Pero ¿tú lo sabías?

—Sí.

—Nunca me dijiste nada de…

—Era un secreto. Un secreto entre él y yo, Ada. No podía quebrantarlo. Ahora es diferente. Paul ya no existe y se puede decir…

—¿Y esa carta?

—Es, como tú decías, *su* fantasma —sonrió débilmente, sin ningún humorismo. Agitó el montón de cuartillas mecanografiadas prietamente—. Un fantasma muy voluminoso.

—¿Qué te dice ahí?

—No lo sé, Ada. Pero ha de ser algo muy importante para que se haya ocupado en ello antes de morir. Tal vez en estos papeles esté el secreto de su muerte.

—Cielos, Cam, no vas a ponerte a leer ahora todo eso. Desayuna primero, querido.

—¿Desayunar? Se me ha quitado el apetito, Ada. Será mejor que salga hacia el consultorio. Allí leeré la carta de Paul.

Ada se limitó a comentar, mirándole preocupada:

—Ten cuidado con la salud, Cam. Últimamente andas mal de los nervios. Si quieres atender a esa carta debidamente, deja de ir hoy al consultorio. Descansa un día…

—¿Crees tú que el dolor o la enfermedad de mis pacientes descansará también, si yo no voy? —Él denegó con un esbozo de sonrisa—. No, querida. Te lo he dicho muchas veces. Un médico se debe, ante todo, a sus deberes. Y éstos no admiten demoras.

La besó suavemente en los labios y se marchó.

Poco después, en su consultorio de Harley Street, y mientras aguardaba al primero de sus clientes para iniciar el diario trabajo, comenzó a leer con profunda atención:

«Empezó todo aquella mañana en que fui a verle, doctor Price…».

Primera Parte

«Mbagana»

CAPÍTULO PRIMERO

EL PRINCIPIO

—Su salud es a prueba de bomba, mi querido amigo —rió jovialmente Cameron Price, terminando el examen—. Puede seguir tranquilo, sin necesidad de recurrir a mí.

—Lo suponía, doctor Price. —Paul Garland se abotonó la camisa, incorporándose de la mesa donde había sido examinado cuidadosamente—. Pero Lori es aprensiva. Ya sabe cómo son las mujeres, especialmente cuando tienen demasiado dinero. Le asustan a uno, por una simple jaqueca o un resfriado.

—Sí, lo comprendo. —El médico rió, agitando una mano en forma significativa—. Yo tengo muchos clientes de ese estilo, Garland. La mayoría prefieren que les diga que padecen algo, de nombre interesante, a poder ser, y les mande unos comprimidos, para presumir de dolencias en sus reuniones. Así es el mundo.

—Entonces, ¿mis jaquecas no tienen importancia, doctor?

—En absoluto. Eso lo ha hecho el exceso de trabajo, amigo mío. Debe procurar fatigarse menos.

—Lo procuraré. Pero en vísperas de boda, uno ha de apretar de firme si quiere dejar las cosas en orden. Al fin y al cabo, no se casa uno todos los meses.

—Sólo nos faltaba eso —suspiró Price, divertido. Extendió una receta—. A pesar de todo, puede tomar este sedante nervioso. Y nada más. El resto lo pondrá usted. ¿Cuándo se casa?

—La semana próxima. ¿Por qué lo pregunta?

—Por nada —rió el médico—. No voy a prohibirle la boda, no tema. Simplemente, deseo felicitarle por anticipado y esperar que

sea muy feliz.

—Gracias, doctor. Con esa esperanza me caso. —Dobló la receta, y estrechó la mano al médico—. Hasta siempre.

—Buenos días, Garland. Ada me pregunta a menudo por usted.

—Sí, su hermano y ella han sido compañeros míos del Círculo Deportivo, antes de que se casaran. Salúdela en mi nombre, doctor.

—Lo haré, gracias. Se llevará una satisfacción, puede creerlo. —Ya en la puerta, volvieron a darse la mano—. Adiós y enhorabuena.

Paul Garland se alejó con una sonrisa. Price le oyó bajar la escalera del consultorio, silbando una melodía en boga. Sonrió, a su vez, volviendo al consultorio.

—El siguiente —avisó por el interfono a la antesala.

Entretanto, su paciente salía al tibio sol neblinoso que bañaba Harley Street. Se detuvo en la acera, contemplando el «Austin» rojo parado al borde de la misma. Casi lo había olvidado. Su flamante automóvil, el regalo de bodas de «papá Samuel Byers» para su querido y futuro yerno.

Garland solamente había llevado coche dos años atrás. Un vetusto y renqueante coche de tercera mano, que divertía a amigos y desconocidos. Cuando se estropeó definitivamente al chocar con un camión en el Strand, no quiso más coches.

Este de ahora era distinto. Un coche en proporción a la casita de Kensington, cuyas llaves reposaban ahora en sus bolsillos. Dos principescos regalos de Samuel Byers a su futuro hijo político.

No había querido aceptarlos. Pero la propia voluntad, frente a la de Byers, era algo así como un suave oleaje contra los arrecifes de Dover.

En cierto modo, se sentía feliz. Era poseedor de un coche, una casa, unos ahorros decentes y también una envidiable salud, según Cameron Price, su médico. Asimismo, tenía la novia más bonita de todo Londres. O al menos, se lo parecía a él. Y a muchos, porque Lori tuvo siempre muchos partidos. Solamente su caprichosa fantasía pudo hacerle escoger a Paul, el más pobre y callado de sus admiradores.

El entonces no podía sospechar lo que se avecinaba. Su futuro aparecía demasiado fácil y alegre para sentir temores. De por sí, Paul era animoso, optimista y jovial. Buen deportista, arrogante y de facciones varoniles, enérgicas y plenas de tina juvenil rudeza que

gustaba a las chicas.

Subió al coche, alejándose hacia Oxford Street a buena marcha. Dejó atrás la calle de los médicos londinenses, para avanzar en dirección a Holborn.

Lori estaría esperándole para salir de excursión a la residencia de sus amigos, los Wright. Todos los fines de semana era así. Aquel sábado no iba a ser distinto. O, por lo menos, eso pensaba Paul Garland, mientras conducía el rojo «Austin» por entre el abigarrado tráfico de la mañana del sábado londinense.

Vio enseguida a Lori, en la amplia terraza del club. Su cabellera roja, encrespada y espumeante, era inconfundible. Sobre todo, rematando aquel chasis femenino que, según los elementos del sexo opuesto, era lo mejor que podía encontrarse en Londres, descontando a Diana Dors y a alguna otra bomba por el estilo.

Paul se encaminó hacia ella con su paso elástico, de atleta en plena forma. Ella lanzó una alegre risa al verle, corrió a su encuentro y le ciñó con sus brazos, tintineantes de pulseras de oro macizo.

—¡Mi querido tormento! —exclamó Lori Byers, risueñamente, estampando el «rouge» tenue de sus labios en los de Garland, que quedaron lamentables a la vista de los demás—. ¿Cómo te has retrasado tanto hoy?

—Querida, tenía cosas ineludibles que hacer. Mi visita habitual al médico, por ejemplo.

—¿Médico? —Ella rió otra vez—. No necesitas médico, Paul. Eres el hombre más sano que vi jamás. Evidentemente, trabajar para un editor y hacer deporte, conservan al hombre en su perfecto estado.

—Hacer deporte, tal vez… Pero trabajar para Odhar's Press and Editions… —Se estremeció—. ¡Brrr! No me lo nombres siquiera, en mi fin de semana, Lori.

—A propósito de fin de semana… —La bella pelirroja le había arrastrado hasta una mesa solitaria de la terraza, lejos de los bulliciosos grupos de jóvenes socios de ambos sexos que los rodeaban. Ella se sentó en el borde de la mesa, cruzando las piernas de un modo electrizante, y retuvo junto a sí a Paul, mirándole con sus grandes y rasgados ojos azules, de viva e inteligente expresión

—. No vamos a reunimos con los Wright esta vez, Paul.

—¡Cielos, qué prodigio! —exclamó Garland, asombrado—. ¿A qué se debe un hecho tan milagroso?

—Eres sarcástico, Paul. Ya sé que los Wright no te son simpáticos, ni sus amigos e invitados tampoco. Pero pertenecer a la sociedad, no es siempre cómodo. Envidio a veces tu independencia, tu modo de ser, liberal e incluso rebelde a muchos convencionalismos. A papá, a mí, a toda la gente de nuestro mundo social, nos atan los convencionalismos. Y son ataduras muy molestas, te lo aseguro. Hemos de poner buena cara a muchas cosas que nos dan cien patadas, o pasaríamos por incalificables groseros.

—Sí, hay sitios en que a la sinceridad se le llama grosería —rió Paul—. Es cuestión de conceptos, Lori.

—Yo tengo uno muy parecido al tuyo, Paul, y tú lo sabes. Pero ten en cuenta que los Wright son, no sólo amigos de muchos años, sino socios en algunos negocios importantes de papá. Hay que cumplir compromisos, ser sociable…

—Muy bien. Seamos sociables. Entonces, ¿a qué se debe que precisamente este fin de semana no volvamos a Maidenhead, a disfrutar de la encantadora presencia de los Wright y sus amigos?

—Ahórrate burlas, Paul. Esta vez hemos de atender a un compromiso ineludible, una invitación honrosa que no podemos ignorar. Espero, además, que te guste infinitamente más que la residencia de Maidenhead y su gente.

—Seguro. Aunque me lleves a las ruinas del castillo del rey Arturo.

—No hay que ir tan lejos —sonrió ella—. Ni siquiera hará falta que nos desviemos de la carretera de Maidenhead, hasta llegar a Eton. Esta vez, nuestro punto de destino es High Wycombe, también en la región del Támesis.

—¿Para todo el fin de semana?

—Espero que sí. Con estos sabios, nunca se puede asegurar nada concreto, antes de comprobarlo cuidadosamente.

—¿Sabios? —Paul enarcó las cejas—. ¿Qué sabios, Lori?

—¡Oh, es verdad! Tonta de mí… Había olvidado por completo decirte quién nos ha invitado a su vieja residencia de High Wycombe. Se trata del profesor Reinhard.

—¿Reinhard? Me suena ese nombre.

—Otto Reinhard, austríaco. Uno de los mejores investigadores de la ciencia actual en el terreno de las dolencias y plagas tropicales. Pero, aparte de eso, un hombre encantador, lleno de gracejo, vivacidad y descripciones de un color maravilloso, sobre sus viajes constantes a otros países y continentes.

—Bueno, no se puede negar que es mucho más interesante eso que la idea de un aburrido «week-end» con los Wright, a base de partidas soporíferas de «*bridge*», chismorreos y comentarios malintencionados. No entiendo nada de ninguna ciencia, pero me divertiré mil veces más que en Maidenhead.

—Me has quitado un peso de encima —suspiró ella—. Creí que no querrías venir a ese fin de semana.

—Lo acepto encantado. ¿Ese profesor es amigo tuyo, Lori?

—Conoció a papá hace años. Al parecer, en momentos malos para el profesor Reinhard. Mi padre no vaciló en apoyarle económicamente y financió empresas que todos decían eran ruinosas. La verdad es que algunas lo fueron. En otras, Reinhard pudo resarcirle de esas pérdidas. En resumen, debe mucho a papá. Y ahora que empieza a crearse un aura de fama y de gloria profesional, no le ha olvidado. Por eso nos invita, nada más regresar del África Ecuatorial. Nos proyectará unos documentales captados por él mismo, con su cámara tomavistas, referirá anécdotas e impresiones… Es un hombre muy divertido, ya lo verás.

—En resumen, ardo en ganas de conocer a vuestro ilustre sabio. Siempre me han gustado las cosas de la jungla africana. ¿Cuándo vamos a salir para High Wycombe?

Lori Byers consultó su reloj de pulsera.

—Dentro de muy poco tiempo. El justo para pasar a recoger a papá y emprender viaje los tres hacia el Oeste. Tenemos un par de horas de viaje, a buena marcha. De modo que no podemos perder mucho tiempo.

* * *

No lo perdieron. Como dijera Lori, el viaje casi llegó a las dos horas. Si no las rebasó, fue porque Paul condujo a buena marcha, a

pesar del éxodo colectivo de más de medio Londres, huyendo hacia las afueras en sus fechas de descanso.

Desviándose de las márgenes del Támesis a la altura de Eton-Windsor, el «Austin» rojo en el que hacían el viaje Paul Garland, Lori y Samuel Byers, se lanzó hacia Chiltern Hills, por la campiña verde y llana del condado.

High Wycombe era un punto tradicionalmente inglés, de una región no menos tradicional e inglesa. Para estar de acuerdo con todo ello, la residencia, de empinado tejado gris pizarra, altas chimeneas victorianas, ventanas de postigos rojos y muros donde se daban armoniosamente la mano el ladrillo de color oscuro y la piedra gris ceniza, era completamente tradicional y muy británica. Una verja rodeaba la residencia, y también al no muy ancho cinturón de setos, arriates y sendas enarenadas.

Sobre la puerta de entrada, un antiguo rótulo forjado en hierro, rezaba: «BANBURY MANOR». Lori le explicó el misterio a Paul.

—Es una residencia que perteneció a lord Banbury en el pasado. Sus herederos la vendieron, junto con otras propiedades. El doctor Reinhard la adquirió cuando, en plena guerra mundial, escapó de la persecución nazi para albergarse en Inglaterra. El doctor es judío.

Paul asintió. Iba entendiendo más cosas sobre la amistad entre los Byers y el sabio austríaco. También Samuel Byers era de raza judía. Evidentemente, aparte sus relaciones de cualquier índole, el padre de Lori debía profesar una simpatía lógica al hombre que tuvo que escapar de la Europa nazi, para salvarse de las iras racistas de Hitler.

Miró de soslayo, mientras conducía por la amplia y llana carretera, a través de típicos pueblecillos y paisajes que parecían arrancados de cuadros de cacerías, el perfil incisivo y firme de Samuel Byers. Era un hombre de carácter, autoritario y duro. Consciente de su poder económico y social, hombre destacado en la turbulenta palpitación de la City, siempre sabía lo que quería y por qué lo quería. Normalmente, lo que quería lo lograba.

Sus ojos estrechos, agudos y sagaces, de un tono claro y frío, la boca recta, de enérgica línea, la nariz ligeramente halconada, el pelo gris, como de terso acero, formaban el aspecto físico que respondía exactamente a su sicología. Sus ropas, severas e impecables, obra de las mejores tijeras de Mayfair, completaban la

impresionante personalidad de Byers.

Paul pensaba que su hija solamente se parecía a él en esa firmeza, en esa energía un poco rígida y un mucho caprichosa. En lo demás, apenas nada. Lori era jovial, inconstante, apasionada y terca. También vanidosa y poco profunda. Una chica bonita, rica y bastante inteligente. Pero nada más. En ese aspecto, Paul era muy justo al catalogarla. No se dejaba cegar por pasión alguna.

Introdujo el coche por la puerta de la verja, abierta de par en par, como una invitación a los que tenían que llegar. Cuando se aproximó el «Austin» al amplio claro situado ante la casa, vio ya tres automóviles aparcados frente a la ancha puerta a la que daban acceso tres escalones de piedra.

—Hemos llegado —suspiró Lori, acariciándose la barbilla—. Prepárate a oír hablar de la mosca del sueño, de los negros Watusi y de todo eso, Paul.

—Siempre será mucho mejor que oír hablar a los Wright de las fluctuaciones de Bolsa y la carestía de los productos de exportación.

—Eres terrible —rió Lori, saltando del coche.

Paul rió también. Samuel Byers le dirigió una sonrisa cortés, sin duda percatándose de sus comentarios. A veces, Garland sentía la impresión de que el padre de Lori se hallaba a cien millas de él, aunque estuvieran rozándose codo con codo.

El trío avanzó hacia la casa. Ya en la escalera, les esperaban dos personas para darles la bienvenida, Lori oprimió el brazo de Paul.

—Ése es Reinhard. El de la derecha.

Paul asintió, estudiando con interés al aludido. El doctor Otto Reinhard resultó ser un hombrecillo menudo, ligeramente obeso, pero de carnes macizas, muy bronceadas por el sol africano, que había sido especialmente implacable con su rostro. No así la calva, ovalada cabeza, apenas cubierta por un mechón de ralos cabellos canosos, peinados con extremada coquetería para disimular en vano la calvicie. Su piel, pálida, debía haber contado siempre con la protección del «salakott» o el sombrero de anchas alas.

Tenía los ojos claros, la nariz achatada y la expresión cordial, sonriente, algo distraída.

Avanzó hacia ellos y estrechó con fuerza la mano de Samuel Byers.

—¡Mi querido amigo! —exclamó, con un inglés de dura

tonalidad teutónica—. ¡Es la mayor alegría que podía recibir!

—Celebro verte de nuevo, Reinhard —sonrió el padre de Lori, al parecer sinceramente—. No he venido solo. Aprovechando tu invitación, que incluía a mí hija, he pensado que no te sería muy molesto recibir también al que, desde la semana próxima, será mi hijo político. Te presento a Paul Garland, prometido de Lori.

Reinhard acudió a Paul, después de saludar con calor a Lori, y le apretó fuertemente la mano.

—Es un placer, muchacho —dijo, sonriente—. Y le felicito. Lori vale mucho. Es bonita, inteligente, una gran chica. Y me parece que ha sabido elegir, porque usted tiene aspecto de no ser tonto, Garland. Mi sincera enhorabuena.

Allí parecían terminar las presentaciones, excepto en el momento en que Reinhard les presentó al gris individuo de la izquierda. Un hombre alto, delgado y moreno, de fino bigotito, nariz afilada y ojos penetrantes tras las gafas de montura de concha. Dijo que era Brett Edwards, su secretario y ayudante de toda confianza. A Paul le pareció un hombre perfectamente incoloro e impersonal, aunque muy observador.

Entraron todos en la casa. Reinhard, ante ellos, caminando al lado de Samuel Byers, iba diciendo con voz jovial:

—Ahora os presentaré a los demás. Han venido ya casi todos. Solamente falta la doctora Rander. Como siempre, llega la última. Le gusta hacerse esperar y hacerse ver.

Rieron ambos hombres. A través del suntuoso vestíbulo y de un corredor del más puro estilo Victoriano, les condujo hasta un «*living*» amplio, de sólidos muebles, espesas alfombras y pesados cortinajes, en el que estaban reunidas cuatro personas. Cuatro hombres de distintas edades y físico, con un común denominador: el aire concentrado, abstraído y grave de quienes dedican su atención a estudios e investigaciones.

Siguieron las inevitables y fatigosas presentaciones, saludos y corteses frases de salutación, intercambiadas con loable rapidez para el gusto de Paul.

El más joven, un hombre de poco más de treinta años, alto y fornido, resultó ser el doctor Brian Lorimer, especialista en el estudio de la flora africana. El tipo gordo, fofo y sudoroso, de abundante pelo oscuro y leonino, que reía como una rata, el

profesor Douglas Webster. Un altísimo, enjuto y sobrio caballero de pelo blanco y ojos negros, centelleantes, el doctor Bruce Hayes, del Instituto Británico de Kenya. Y, por último, un extraño, inquietante personaje, de acentuada cojera, empuñando un bastón de malaca negro, con puño de plata representando una máscara de los negros africanos. Sus negros lentes, ocultaban la expresión y color de ojos a todos. Podía tener cualquier edad, su rostro era anguloso y estirado, y sonreía algo fríamente, como a la fuerza. Era el profesor Waldo Rosenberg, una eminencia en el estudio de las epidemias y dolencias de las selvas centroafricanas.

Muchos de los hombres de ciencia reunidos allí, se enzarzaron a hablar con Samuel Byers, y Lori se apresuró a ir a un mueble-bar, donde el amable Brett Edwards comenzó a servirle dos combinados según el gusto particular de Lori.

—¿Es la primera vez que asiste a una reunión de sabios, señor Garland? —preguntó una voz suave a sus espaldas.

Casi dio un respingo, sobresaltado. No había percibido la proximidad del que le interrogaba. Al volverse, descubrió al doctor Hayes, con sus oscuros ojos fijos en él. Volvió a sorprenderle la blancura de su cabellera, suave y abundante. Sonrió al responder:

—Pues, la verdad, sí. Me temo que no voy a entender mucho de lo que hablen ustedes.

—No tema. Los hombres de ciencia no siempre hablamos como libros de texto. Es un equivocado concepto en que nos tienen.

—Celebro que sea así. —No supo qué decir, y agregó, algo nervioso—: Usted es el doctor Hayes, que reside habitualmente en Kenya, ¿no es cierto?

—Eso es. —El otro inclinó la cabeza, cortés—. Tiene una gran retentiva para los nombres y las personas, señor Garland. Le acaban de presentar a un montón de desconocidos, y aún me recuerda. ¿Es espíritu observador o buena memoria?

—Creo que un poco de cada cosa —sonrió Paul—. He aprendido a ejercitar ambas cosas en mi trabajo.

—¿Es escritor, tal vez?

—En cierto modo, sí. Trabajo en negocios editoriales. A veces escribo, y a veces no.

Otras, corrijo lo que hacen los demás. Hago un poco de todo, y nada en concreto.

Ambos rieron. El doctor Hayes parecía muy sociable y de buen carácter, para ser un sabio, pensó Paul con cierto alivio. No resultaría malo del todo el
«week-end».

—¿Todavía faltan muchos por llegar? —preguntó, por preguntar algo.

—No. Solamente uno de nosotros. La doctora Vera Rander. No puede tardar mucho, aunque le gusta hacerse esperar.

—¡Oh! Ahora recuerdo haber oído hablar al doctor Reinhard sobre eso.

—Sí, la doctora Rander es muy teatral. —Parecía haber algo de animosidad en la voz de Hayes—. Le gusta tener mucho público en sus apariciones.

—¿Es joven?

—Sí. Y bien parecida. Eso lo explica todo, ¿no le parece?

—Creo que sí. —Paul sonrió—. Por muy doctora que sea, ante todo es mujer.

Lori llegó con los combinados, y la conversación se diluyó. Hayes no parecía muy amigo del bello sexo, parque pronto se excusó, apartándose hacia otro grupo.

—Haces amistades rápidamente —rió Lori, dándole a Paul su vaso.

—Sí, no me puedo quejar.

Vio cómo se alejaba Hayes, con unos pasos tan suaves que no producían el menor ruido sobre la alfombra. Aquel hombre parecía andar entre nubes.

—Parece un hombre sociable e inteligente el tal doctor Hayes.

—¿Inteligente, dices? ¡Cielos, claro que lo es! Es una eminencia en toda clase de estudios sobre historias, vida, naturaleza y especialidades antropológicas africanas. Un hombre notable, no sólo en Kenya, sino en toda Inglaterra.

—Empiezo a sentirme terriblemente acomplejado… —suspiró Paul—. Eso de verse rodeado de notabilidades por todas partes, acaba con los ánimos de uno.

—No seas tonto —rió ella—. Bebe un poco de ese combinado, y verás cómo empiezas a sentirte tú mismo una eminencia. Según Brett Edwards, es una especialidad suya, que no tiene igual.

Paul probó el cóctel. Después de tomar aliento y pasar aquel

agradable, fresco y reconfortante líquido, se sintió bastante mejor. Y capaz de emular al propio profesor Reinhard en cualquier rama de la ciencia. Chasqueó la lengua.

—No está mal. El señor Edwards es un genio en combinados. Lo cual también resulta una notabilidad, y bastante más agradable que tratar del «nagana», las fiebres y el paludismo, por ejemplo.

En aquel momento, los corrillos enmudecieron con sospechosa unanimidad. Los rostros se volvieron hacia la puerta. En el acto, algo así como una fuerza magnética poderosa, hizo su irrupción en la atmósfera apacible de la residencia, cargándola considerablemente.

Paul también se volvió. Aunque no la había visto nunca, estuvo completamente seguro de que aquella mujer, la que aparecía ahora encuadrada en la puerta de acceso a la sala, con una sonrisa amplia, una mirada penetrante que parecía horadar a todos, y un sorprendente vestido de cóctel, en color frambuesa, bajo el corto chaquetón blanco, era la doctora Vera Rander.

Mucho más joven y hermosa de lo que podía haberse imaginado. Y poseedora de un magnetismo personal impresionante, que en el acto absorbió a todos.

—Buenas tardes, caballeros —saludó la belleza rubia, de grandes ojos verdes—. Lamento haberme retrasado. Pero sé que me perdonarán. ¿Verdad, amigos míos?

No dijo más. Paul comprendió que tampoco hacía falta. Aquella mujer era capaz de obtener lo que deseara, con una simple palabra. Y ella lo sabía.

Ahora no sólo acababan de perdonarle su retraso, posiblemente estudiado, sino que se sentían felices de tenerla entre ellos. Ése era el milagro de Vera Rander, la mujer científica.

CAPÍTULO II

FIN DE SEMANA

—Y a continuación, caballeros, pasaremos a mí museo particular, donde les mostraré todo el resultado de mis trabajos, estudios y experimentos en las últimas expediciones. Ustedes, que van a ser mis compañeros y colaboradores en mi próximo viaje, y el señor Byers, su hija y futuro yerno, que se interesan por mis modestos esfuerzos en pro de la ciencia, tienen derecho a conocer el actual estado de mis investigaciones.

Otto Reinhard terminó su breve discurso. Se habían apurado las copas de licor y el café.

Circulaban ahora los cigarrillos y la euforia de la cena estaba en todo su apogeo.

Pusiéronse en pie los diez comensales. Salieron primero, abriendo marcha, el trío compuesto por el profesor Reinhard, Samuel Byers y el inevitable Edwards, secretario del sabio. Detrás suyo, Lori y Paul, seguidos de la doctora Vera Rander, que reía discretamente los comentarios del apuesto doctor Lorimer, constituido en acompañante suyo, y el grupo general formado por Rosenberg, Hayes y Webster.

Detrás de ellos quedó el suntuoso comedor victoriano, con los criados recogiendo vajillas y residuos de la cena. El bien iluminado corredor les condujo hasta el ala opuesta de la casa, donde el profesor tenía su laboratorio, cuarto de estudio y archivos. También parecía hallarse en aquel punto su llamado «museo particular».

—Sólo les ruego, caballeros, un poco de prevención. Sé que todos son prudentes, y no insisto en ello. Pero tengan en cuenta que

poseo muestras vivas de insectos, virus y microbios de la jungla, capaces por sí solos, si se dejan en libertad, de inocular su dolencia al ser humano que toquen. Hay virus que precisarían ser inyectados o administrados por vía bucal. Pero algunas enfermedades, propagadas por insectos especialmente, pueden producirse con una simple picadura de cualquiera de ellos.

Asintieron todos. Los científicos ya sabían, más o menos, algo de todo eso. Los profanos, como Byers, Lori y Paul, se miraron entre sí, algo inquietos. Una indefinible aprensión se apoderó de Garland, que estuvo tentado de rechazar la invitación de Reinhard para ver sus «maravillas».

Pero le pareció un poco ridículo echarse atrás él solo y avanzó con todos, al abrir el sabio la puerta con una curiosa llave de complicada dentadura.

—Adelante, señores —invitó sonriente, echándose a un lado—. Éste es mi «sancta santorum».

Entraron, y Reinhard lo hizo después, cerrando cuidadosamente la puerta.

* * *

Era un espectáculo sorprendente. Sobre todo para Paul, que jamás había visto nada similar.

Bajo la cruda luz azul de unos fluorescentes que sembraban de claridad uniforme la amplia nave rectangular, de muros blancos, se alineaban, en estanterías dispuestas en las paredes o sobre largas mesas, frascos, botellas, envases y tubos, herméticamente cerrados, algunos de ellos con soluciones líquidas dentro, en las que flotaban formas indefinibles, amorfas, o especiales campanas de vidrio, con un tubo que renovaba su aire interior, y en cuyo encierro transparente se veían zumbar especies asombrosas de insectos, algunos de ellos con franjas rojas, azules o verdes, y en otros reptaban pequeñas hormigas blancas, raros coleópteros o arácnidos, y todo un menudo pero extraño mundo de seres que, según palabras ilustradoras de Reinhard, significaban en la mayor parte de los casos, las enfermedades más terribles e incurables del hombre en las zonas cálidas o selváticas del Continente africano.

—Ahí tienen virus de fiebres tropicales terriblemente mortíferas,

de tumores malignos desconocidos casi por completo entre los blancos, y que diezman terriblemente los poblados del interior de Tanganika, Uganda, Kenya y el Congo Belga. —Señaló a un terrible ofidio, un reptil escamoso y repulsivo, de piel brillante, verdosa, que se agitaba, formando gruesos anillos, dentro de un curioso envase de materia plástica, irrompible incluso para su potente cuerpo cilíndrico—. Esa especie de serpiente crece y abunda en las regiones menos exploradas del Congo, entre Makumbi, Kabinda y Tenke. Su picadura es absolutamente mortal. Y ese ejemplar que yo conservo, mantiene intacto su veneno en los dientes.

—¿No es un poco arriesgado mantener aquí, en plena Inglaterra, todo un foco de terribles enfermedades y males? —preguntó Samuel Byers, impresionado.

—¡Oh, no! —rió Reinhard—. De serlo, no me hubiera sido permitido introducirlo en el país por las autoridades sanitarias. Saben que únicamente buscamos los remedios y antídotos contra todo mal, la forma de atacar y de vencer a las enfermedades que asolan muchas regiones de África, y eso sólo se puede lograr por medio de la investigación.

Paul se detuvo a contemplar un extraño arácnido, encerrado en una pequeña campana de vidrio. Tema color cobrizo, patas de extremidades rayadas y un curioso modo de tejer su tela, de matiz azulado tornasol.

—Una «Kassai-Aracnis» —le ilustró una voz suave y cálida a su lado—. Mortal sólo tocar la piel del hombre.

Paul Garland dio un leve respingo. Miró a su lado, a la hermosura rubia y esplendorosa de la doctora Rander. Ella sonreía, las verdes pupilas fascinadoramente fijas en el repulsivo animal de la campana de vidrio.

—Gracias por el informe. —Paul se estremeció—. ¿Hay algo aquí que no sea mortal, doctora?

—No sé si lo habrá —sonrió ella. Le miró, con cierto interés—. El doctor Reinhard ha dado con el antídoto de algunas dolencias especialmente malignas. Pero son secretos suyos. No nos lo revelará hasta hallarse plenamente seguro del éxito.

Paul asintió, y al mover la cabeza, la clavó en una hilera de frascos cilíndricos, todos ellos conteniendo raras formas blanduzcas, como jirones de algodón flotando en agua o alcohol. La mujer de

ciencia siguió su mirada, con indiferencia. Sonrió.

—Ahí tiene esos fiascos. Son virus de enfermedades lentas y mortales. Sin remedio hasta hoy. Pero el profesor alimenta esperanzas. Cualquiera de esos insignificantes, y, en apariencia, inofensivos frascos, podría matar a uno de nosotros en días, semanas o meses, según la reacción de nuestra propia naturaleza, si nos fuera administrado en una taza de café, en un caldo, un refresco o un poco de té. O también inyectado mientras dormimos. De lo que no hay duda, es que nos mataría. Sin remedio.

Paul se estremeció, estudiando aprensivo los virus embotellados.

—Me recuerda la leyenda del genio encerrado en la botella —comentó—. Es algo espantoso, pues si se abriera un frasco de ésos, podría aniquilar, destruir vidas…

—No tema —rió ella, mirándole con sus pupilas verdes y profundas—. El profesor Reinhard sabe lo que se hace. Esto está en buenas manos. Nadie lo tocará nunca, excepto él mismo.

Se alejó la doctora, sin añadir más. Lori habló de repente, mientras Paul seguía con la mirada a la dama de suave y cálida voz, justamente a su lado:

—Muy bonito. Con que entablando ya amistad con esa preciosa dama, ¿eh? Paul se volvió, encogiéndose de hombros.

—Hablábamos de cosas agradables y hermosas —dijo, con un gesto de asco. Señaló las botellas y recipientes—. Todo eso que nos rodea, Lori. ¿No sientes ganas de tomar un combinado?

—Sí, pero no aquí. Me daría la impresión de que bebía uno de esos espantosos líquidos cuajados de microbios de muerte.

—Bonita idea. —Paul entornó los ojos—. Me harás aborrecer toda bebida, si repites eso.

Siguieron la excursión a través de moscas tsé-tsé, arañas mortíferas, hormigas portadoras de una enfermedad espasmódica, alacranes venenosos, insectos con el virus de las fiebres palúdicas y otras lindezas. Un frasco azul, de espeso líquido acaramelado, fue señalado por Reinhard, poco antes de terminar la espeluznante visita.

—Y ahí tengo una de las más extrañas e indescifrables dolencias del África Central —refirió con voz grave—. Se le llama de diversas maneras, pero su nombre más común entre los indígenas de

Mozambique, Kenya y Tanganika, es el de «Mbagana». También se la denomina «enfermedad de Scholtz», ya que Hans Scholtz fue su descubridor primero, durante una excursión al Lago Victoria, y muchos blancos residentes en aquella región de África la llaman «el Mal Azul». El propio virus tiene una coloración azulada, como verán. Y su primer síntoma es el de producir una pigmentación azulada en las uñas de los dedos, que luego se repite en el globo ocular, más tenuemente. Cuando el enfermo se aproxima a su última semana de dolencia, ya que comúnmente no sobrevive al mes, y aun esto, siendo de naturaleza muy fuerte, toda su epidermis va tomando una coloración azulada, ligera pero evidente. Estos síntomas, en los hombres de raza negra, son muy difíciles de advertir, y por ello todo intento es tardío, aunque lo cierto es que también lo sería *en un blanco, porque el Mbagana no tiene curación. Es mortal.*

Nadie comentó nada, pero los ojos de todos ellos se centraron en aquel frasco de vidrio, cuyo contenido azul parecía cualquier cosa menos una terrible enfermedad sin remedio conocido.

* * *

Los sueños de aquella noche no fueron agradables. Tal vez todo aquello fuera plato cotidiano en la vida de los científicos agrupados bajo el techo venerable y tradicional de Banbury Manor. Pero a Paul Garland le resultaba todo demasiado nuevo, demasiado fascinante, demasiado estremecedor también.

Sus pesadillas fueron atroces. Giraban todas en torno a grandes fondos de un azul escalofriante y aterrador, que crecía hasta envolverle, hasta teñir su piel del espantoso color de aquel frasco de vidrio. Y de repente, ese azul aparecía lleno de arañas venenosas, moscas siniestras y sibilantes reptiles de escamosa piel. Aquella fauna abominable le rodeaba, le cercaba, en angustiosos giros, avanzaba hacia él, para aniquilarle.

Se despertó sobresaltado. Estaba bañado en sudor y las sábanas pegadas a su cuerpo. Era posible que hubiera gritado también, pero si era así, nadie parecía haberlo advertido. La casa dormía.

Incorporóse, un poco cohibido. Era ridículo dejarse dominar por aquellas aprensiones grotescas. Cuando dio la luz, se puso en pie y

cubrióse con una bata, paseando por la habitación con un cigarrillo entre los labios, la tensión cedió por completo. Se miró en un espejo sólido, Victoriano, riéndose de sí mismo.

«Querido Paul, te vuelves un histérico —se dijo, burlón—. Y eso no está bien en un hombre práctico y realista, como has presumido de ser siempre».

Se encogió finalmente de hombros. Le dolía algo la cabeza. No tenía aspirinas, pero imaginó que con tanto doctor en la casa, cualquiera le podría dar algún calmante.

Salió al corredor. Estaba desierto e iluminado. Vaciló. Eran las cuatro y media de la madrugada. Hora excelente para dormir, y no para andar despertando a la gente. Se dispuso a volver a su habitación. Entonces le detuvo el sonido de la voz:

—¿Qué le ocurre, señor Garland? ¿No puede dormir?

Se volvió. Una puerta habíase abierto. La tercera, a partir de la de él. En su umbral estaba la figura gorda, adiposa, del profesor Douglas Webster, con su abundante pelo oscuro y su mueca risueña, a punto siempre de desembocar en carcajada.

—No, profesor. Me duele terriblemente la cabeza y no tengo un calmante a mano.

—¡Vaya! Eso tiene fácil remedio, mi querido amigo —rió Webster—. Le voy a dar unos comprimidos. Le basta tomarse un par, y además de calmarle, le ayudará a dormir, aunque no es ningún narcótico. Espere un momento, muchacho.

Le trataba casi paternalmente, pero no parecía una afabilidad espontánea, sino estudiada. Un afán de hacerse simpático. A pesar de ello, a Paul casi se lo fue, cuando reapareció con media docena de comprimidos, que le tendió generosamente.

—Se lo agradezco mucho, profesor Webster. Y perdone la molestia. ¿Le he despertado?

—¡Oh, no! —sonrió el científico—. Acostumbro a leer hasta muy tarde. Hace un momento, me pareció oír gritar a alguien. Sin duda, debía usted de tener pesadillas, porque juraría que era su voz. Ahora no se repetirán, ya lo verá. Buenas noches, amigo mío.

Webster desapareció en su alcoba. Paul volvió a su propio lecho, pensativo. De modo que era cierto. Había gritado en sueños. Bonito papel hacía. Se tomó dos pildoritas de aquéllas con un trago de agua, y dejó las demás sobre la mesilla.



Sudoroso y abatido, Paul logró detener su coche

Apagó la luz. Y no supo más. Acaso Webster tenía razón. Lo cierto es que durmió de un tirón hasta el otro día. Las pesadillas no volvieron.

* * *

El día siguiente, domingo, fue el último del «weekend» que Paul Garland no olvidaría jamás. En realidad, el principio del fin…

Era muy de mañana cuando bajó a la planta inferior, y asomó la cabeza al jardín. Esperaba ser el primero en levantarse, pero alguien

había madrugada más que él, y paseaba ya junto a unos rosales bien cuidados del ala norte de la finca. Paul no sentía ninguna animosidad especial contra los tullidos. Sin embargo, la cojera del profesor Waldo Rosenberg tenía la rara cualidad de despertar repulsión en los demás. No ya por su defecto físico, siempre lamentable desde el punto de vista humano, sino por la forma peculiar de arrastrar el pie izquierdo, por el modo que tenía su mano zurda de aferrar el puño de plata de su negro bastón, recordando una garra de ave de presa. Tampoco los negros, redondos lentes, contribuían a mejorar su aspecto.

El profesor Rosenberg se inclinaba ahora sobre las rosas, como si se dispusiera a cortar una subrepticiamente, con la cautela del delincuente. Los pasos de Paul, sobre el sendero de grava, resonaron premeditadamente fuertes. El profesor se incorporó, con un suspiro, apartándose de las rosas con aire de contrariedad. Los negros cristales de sus gafas centellearon cuando giró los ojos hacia el joven.

—Buenos días —saludó—. Madruga usted mucho, señor Garland.

—Usted también se levanta temprano, profesor Rosenberg —juzgó Paul—. ¿Le gusta el olor de la campiña, poco después de la aurora?

—El campo siempre huele bien. Nuestro campo, claro está. Si viera las selvas africanas… —Se estremeció y su bastón rechinó sobre la grava—. Son nauseabundas. Olor a sudor de negros, a sangre, a animales muertos, a aguas estancadas…

—He visto la selva en las películas —sonrió Paul—. Lo del cine olfativo es sólo un proyecto por ahora, y no he podido comprobar si eso es cierto, profesor.

—Cierto y bien cierto, amigo mío. Yo he recorrido esas junglas muchas veces. —Aspiró el aire perfumado por las flores, la hierba húmeda y el aire apacible de la mañana, algo neblinosa en la distancia—. Allí nunca hay olores así, Garland.

Su estatismo ante las flores parecía enfermizo. Sin disimulos, quiso arrancar una del macizo, pero para ello era preciso pisotear la alfombra de hierba, o gozar de una gran flexibilidad para inclinarse sin pisar. Con su cojera, eso era imposible. Trastabilló y Paul hubo de sujetarle.

—Tenga cuidado, o caerá de bruces en el rosal —avisó—. Y los espinos arañan.

—¡Oh, sí! Soy muy torpe. No debía de intentarlo —suspiró—. Pero me encantan las rosas. Y Reinhard se enfurecería mucho más al ver pisoteada su hierba que si le quitara una docena de flores. ¿Quiere hacerme usted el favor de cortar una? Aquélla tan blanca, por favor.

Paul se encogió de hombros. Si Rosenberg era un chiflado, allá él con sus manías. No le costó nada estirar la mano y quebrar el tallo. Pero al hacerlo, sintió un agudo pinchazo en la palma de la mano. Cuando entregó la flor a Rosenberg, una gota de roja sangre se deslizó por entre sus dedos.

—Ya se ha pinchado —se lamentó el profesor, recogiendo la rosa —. No sabe cómo lamento…

—¡Oh! No tiene importancia —sonrió Paul, enjugando el pinchazo con su pañuelo—. Apenas ha sido un roce. Yo le previne y fui a ser yo quien se pinchara.

—Hasta eso puede ser trágico en la selva. Una planta espinosa puede tener ponzoña, y envenenar a quien araña. Por fortuna para usted, estamos en Inglaterra.

Sonrió, de un modo irritante. Luego, inclinó la cabeza y se alejó, oliendo la flor.

El arañazo ya no sangraba. Paul acabó de restañarlo, guardó el pañuelo, y siguió su paseo por los jardines. La neblina matinal se iba disipando y un tibio sol doraba las copas de los árboles y los muros del edificio.

Hasta bien entrada la mañana, no se fueron animando a aparecer los demás invitados del profesor Reinhard. Había un campo de *cricket* allí cerca, a espaldas de la residencia, y alguien propuso ir a jugar una partida. La idea, acogida con tibio entusiasmo, fue desechada al sugerir el joven Brian Lorimer una visita a la cercana abadía de Leighton-on-Lea.

Se aceptó la sugerencia con mayor entusiasmo, porque ello implicaba una excursión de casi quince millas por un terreno llano, apacible y lleno de sugestión. También, según Lorimer, se prestaba a establecer una pequeña carrera por la amplia pista de cemento, hasta la desviación de donde salía el camino vecinal hacia la abadía.

—¡El que antes llegue al cruce, será el campeón! —voceó Lorimer, lanzándose hacia su deportivo «Standard»—. ¡Y el último pagará una ronda de cervezas en la «*pub*-house» de Leighton-on-Lea! ¡En marcha, genios de la ciencia y del volante!

La carrera fue muy disputada, lo cual demostró que aquellos científicos tenían, como dijera burlonamente Lorimer, espíritu deportivo de buenos conductores. Pero ganó Paul, con su rojo «Austin» centelleante, en medio del júbilo infantil de Lori y la decepción de Lorimer, que hubo de conformarse con un tercer puesto, por la terquedad de la doctora Rander, que pudo situar su pequeño «Hillman» pegado a la cola del «Austin» vencedor.

Le tocó pagar en la taberna de Leighton al enjuto doctor Hayes, que aceptó su suerte con una inclinación de su blanca cabeza, riendo por su infortunio y torpeza.

La visita a la abadía llevó el resto de la mañana, aunque no tenía nada que ver. Era una de las muchas abadías británicas, ruinosa y gloriosamente histórica. El pueblecito vecino de Leighton-on-Lea no tenía nada de notable ni de amplio. Pero tuvo «*pub*» donde hacer pagar a Hayes, que era lo importante.

—La cerveza más grande para el campeón —dijo Hayes, apareciendo en la puerta de la taberna, donde Paul se había quedado charlando con Lori.

Traía en sus manos dos enormes vasos de cerveza, de diferente tamaño. Tendió el más grande a Garland.

—No, no —protestó Paul, riendo—. La cerveza no me entusiasma demasiado, doctor.

—Pues ha de tomarla. Es decisión general —dijo, con burlona severidad—. Si no, no haber vencido. El ser campeón tiene sus privilegios.

—Has de aceptar, Paul —le avisó Lori tomando su vaso de cerveza—. Está decidido.

—Si está decidido… —El joven tomó su propio vaso con gesto de horror. Comenzó a beber—. La próxima vez procuraré llegar el último.

Rieron todos. Paul tuvo que agotar su enorme dosis de cerveza antes de emprender el regreso a la finca de Reinhard. La excursión matinal había concluido. Aunque la doctora Rander insistió en competir también para la vuelta, los coches ya no pugnaron mucho

por correr.

Sin embargo, cuando Banbury Manor apareció a la vista, algunos aceleraron la marcha con el ánimo de llegar los primeros. Lori alentó a Paul a repetir su hazaña.

—¡Vamos, Paul, hay que darles otra lección a esos fantasmones! —Reía ella.

El joven aceleró, manejando diestramente el volante. La carretera no ofrecía peligro y sólo tenía ante sí el «Hillman» veloz, menudo, de Vera Rander. Quiso rebasarlo.

Y entonces se le nubló la vista, sintió un escalofrío intenso en todo su ser y las manos empapadas en sudor helado, resbalaron sobre la rueda del volante, al tiempo que todo se le borraba de delante.

—¡Cuidado, Paul! —chilló Lori, frenética—. ¡Nos matamos!

Tuvo consciencia vaga de que las manos de la joven tomaban con energía el volante, en el momento en que embistió de refilón al «Hillman» de la doctora, con un topetazo chirriante. Aun así, Lori no hubiera podido salvarles del desastre de no lograr el propio Paul, en aquel momento crucial, sobreponerse a su inesperado desfallecimiento, enmendar la marcha del «Austin» rojo, con una presión brutal de sus dedos sobre el volante y de sus pies en los frenos.

Patinando por la cuneta de la carretera, ante el estupor atemorizado de los demás, salvó el nuevo choque con el automóvil de la doctora, que frenaba ya, entre sorprendida y alarmada.

Por último, Paul detuvo su coche. Luego, sudoroso, abatido, dejó caer la cabeza sobre el volante, respirando fuerte.

—Pero, Paul, ¿qué te ocurre? —musitó Lori—. Pudimos habernos matado.

—¿Crees que no lo sé? —refunfuñó él, sin mirarla.

—Garland, a poco nos hacemos papilla ustedes y yo —avisó la doctora Rander, acercándose al automóvil rojo—. ¿Qué es lo que le ha pasado?

—No sé. —Alzó la cabeza, mirando a la doctora—. Algo falló y no del coche precisamente.

—Ya veo. —Ella entornó los ojos verdes, penetrantes, fijos en él —. Está lívido y suda copiosamente. No parece que sea de miedo. Señorita Byers, conduzca usted. Creo que el señor Garland no está

en condiciones de empuñar el volante.

Ya todos los demás se agolpaban allí, con sus coches respectivos frenados. A sus preguntas, la doctora Rander demostró su fría eficiencia, explicando con rapidez:

—No es nada, amigos. Al parecer, Garland ha sufrido un desvanecimiento. Algo nervioso o de tipo histérico, no sé. Pudo haber pasado mucho, pero no ha pasado nada. En marcha, sin jugar a carreras. Y usted, Garland, hará bien en descansar un rato cuando lleguemos. Luego, ya verá cómo se sentirá mejor.

Paul asintió. No sabía lo que le ocurría. Pero estaba cansado, muy cansado. Y tema frío. Tal vez la cerveza le sentó mal. Había demasiada, muy fría, y no demasiado buena. Seguramente era eso. La maldita cerveza de Leighton-on-Lea.

CAPÍTULO III

DUDA

El doctor Price mostró su extrañeza.

—¿Otra vez por aquí, Garland? ¿Qué es lo que le ocurre ahora?

—No lo sé. Por eso vengo a que me examine, doctor. Ayer pude haberme matado, conduciendo el coche. Algo que nunca me ha ocurrido. Me puse repentinamente enfermo, perdí la noción de todo.

—¿De veras? El sábado le dije que su salud era perfecta. No me equivoqué. Por lo tanto, alguna cosa debió sentarle mal. A ver, cuénteme lo ocurrido.

Paul le hizo un relato sucinto de lo acontecido aquella mañana. Price le escuchó, ceñudo. Al terminar el joven, el médico sonrió ampliamente.

—Bueno, según eso, parece deducirse que sufrió un espasmo al hacerle daño la cerveza, seguramente en malas condiciones. Podríamos unir a eso cierto desequilibrio nervioso por su parte, según le dije ya, y es muy posible que todo se reduzca a eso. Es usted un poco aprensivo, la verdad.

—¿Aprensivo dice? —Paul sopló—. Si hubiera estado donde estuve yo, entre virus, microbios e insectos mortíferos, enfermedades africanas embotelladas y todo eso…

—¿Virus y microbios? ¿Enfermedades embotelladas? Pero ¿qué está diciendo?

Paul se lo contó. Varió el gesto de Price. De un total escepticismo pasó a un profundo interés. Escuchó a Paul del principio al fin y después se dejó caer en el asiento, frente a su

paciente.

—¡Cielos, qué horrible museo! —exclamó—. Los científicos acaban volviéndose locos, es evidente. Jamás se me ocurriría a mí conservar tales cosas. Comprendo que eso le afectara y hasta le privase del descanso preciso para normalizar sus nervios. Hágame caso, Paul. Descanse y cuídese. Es la mejor terapéutica. Olvídese de Reinhard y su colección de botellas, sus reptiles, insectos y frascos azules, y se sentirá mejor.

Escribió rápidamente en un bloc y tendió un papel a Paul.

—Éste es un calmante eficaz. Tómelo por vía bucal, tres veces al día. Duerma lo más posible, y vuelva mañana. Le aplicaré una inyección de ese mismo preparado, de mayor eficacia, y quedará como nuevo.

—De acuerdo, doctor Price. —Garland sonrió al médico—. Confío más en su medicina normal y sencilla que en las chifladuras de todos esos grandes científicos.

—Yo no me puedo comparar con gente de esa talla —sonrió Price—. Aunque he estado en las zonas ecuatoriales y sé algo de enfermedades de ésas, al lado de Reinhard, Hayes o Rosenberg, soy un estudiante de tercer curso… Un momento. A propósito de Rosenberg.

¿Me deja que vea el arañazo que se hizo con los pinchos? Puede haber infección y provocarle esas molestias febriles. Veamos…

Garland extendió la mano. El puntito rojizo en su piel era apenas perceptible. Pero cuando Price lo rozó con la yema del dedo, lanzó un leve quejido. Price le miró fijamente.

—¿Le duele? —interrogó.

—Un poco —confesó Paul. Pero agitó su mano, quitándole importancia—. No se preocupe, doctor. Esto no es nada. No está infectado, y una rosa poco daño puede hacer.

—Eso es cierto. No hay señal de infección, por lo tanto no puede ser eso. Siga el tratamiento indicado y mañana vuelva, Garland.

—Sí, doctor Price.

* * *

—¿Ha pasado mejor la noche? —preguntó Cameron Price.

—Bastante bien. Hoy me encuentro mucho mejor.

—Bien, pues vamos a terminar el tratamiento. Con la inyección, todo listo. —Se la aplicó rápidamente en el brazo—. Espero que ya no vuelvan a darle mareos ni desvanecimientos peligrosos. ¿Y el pinchazo de la mano?

—Ya ni siquiera me duele. Solamente si aprieto algo fuerte.

—Es natural. Si continúa mejorando, no se preocupe más de él.

—Es lo que hago —rió Garland, jovialmente, bajándose la manga de la camisa y poniéndose luego la americana—. ¿He de volver, doctor Price?

—Solamente a título de comprobación final. Puede hacerlo dentro de dos o tres días.

Pero ya ni siquiera será necesario, ya lo verá. Adiós, Garland.

—Hasta otro día, doctor Price.

* * *

Los pronósticos optimistas del doctor Price parecían llevar buen camino durante aquellas setenta y dos horas que mediaron entre una y otra visita. Las alteraciones nerviosas y las leves neurosis aparecidas al principio, cedieron al reposo y la vida apacible. Los editores de Odhar's Press no pusieron inconvenientes en facilitarle aquella leve convalecencia a Paul Garland, uno de sus más eficaces e inquietos colaboradores de la sección literaria de la importante editorial londinense.

Cameron Price terminó su examen de Paul. Era el tercer día, tal y como quedaran. Paul se sentía mucho mejor. También parecía estarlo su médico.

—Bueno, parece que esos nervios se han calmado bastante —sonrió Cameron Price, al terminar—. ¿Qué ha hecho estos tres días?

—Reposar, reposar y reposar —rió Paul—. Corté la comunicación del teléfono, el zumbador de la puerta y todo lo demás. No he visto a nadie. Avisé a mí novia de que estaría ausente. Y no he escuchado la radio, no he leído los periódicos, ni he hecho absolutamente nada que pudiera alterar mi descanso.

—Caramba, Garland, a eso le llamo yo seguir a rajatabla el consejo clínico —soltó Price una carcajada—. Pero los resultados

han sido óptimos. Enfermo dado de alta, Paul, si alguna vez ha estado enfermo, lo cual dudo. Es usted un tipo de naturaleza admirablemente fuerte y resistente. Consérvese así, muchacho.

—Lo procuraré —dijo alegremente Paul, disponiéndose a salir.

Entonces se abrió la puerta del consultorio. El intruso se dispuso a retroceder.

—¡Oh, perdón! No creí que durase aún la consulta, Cam —dijo suavemente Ada Price, cargada de paquetes—. Esperaré fuera y… ¡Paul! Si eres tú.

—Hola, Ada. —Garland saludó a la mujer de Price—. ¿Y tú hermano?

—Bien. Como siempre, enfrascado en sus partidas de golf. Dice que pasa un momento de baja forma e intensifica sus entrenamientos —rió la joven—. No cambia nunca en sus manías. ¿Y tú?

—Dejé el golf. Es más importante el trabajo editorial. Yo no dispongo de fortuna, como tu hermano, para gastar las horas del día en el deporte.

—Pero vas a disponer pronto de muchos más millones que nosotros —rió Ada—. ¿Y tu enlace con una Byers? Eso no es ninguna tontería, Paul.

—Sí, es lo peor de Lori —suspiró Paul—. Que tenga millones. ¿A quién convenzo de que no es ésa la razón de mi boda?

—Solamente a los maliciosos no les convencerás, Paul —dijo ella —. Todos te conocemos bien. Cam, ¿te imaginas a Paul Garland casándose por dinero?

—No —confesó el médico—. Garland es un hombre íntegro, no un bribón. En su mismo caso estuve yo, al casarme con Ada. Algunos lo pensaron y no me preocupó. Mi conciencia estaba limpia como la suya en estos momentos, Paul.

—Sí, pero la conciencia no la ven muchos —dijo Garland—. Puede ser blanca como el papel y pensar los demás que es negra como la tinta.

—O viceversa —apuntó Price—. No se preocupe de nadie, Paul. Lori Byers es una bonita muchacha. Y usted un chico de porvenir. ¿Quién va a pensar mal en eso?

Cuando Paul abandonó la casa de Harley Street, se sentía mejor. Incluso de sus temores sobre la opinión pública. Era cierto que los

Byers eran ricos. Pero él no necesitaba a nadie para vivir. Su sueldo era bueno, su porvenir excelente. Y jamás tuvo fama de interesado en cuestiones económicas.

Al pasar frente a un puesto de periódicos, no pudo resistir más la tentación. Tres días sin noticias ni contacto con el mundo exterior, era demasiado. Adquirió el «Daily Mirror». Su primera página, sensacionalista como siempre, aparecía totalmente cubierta con los peculiares caracteres negros y desorbitados de un titular impresionante.

Le echó una ojeada con indiferencia. En el acto sintió un frío terrible a lo largo de su espina dorsal, y los dedos se agarrotaron sobre el papel impreso, con una enorme sensación de angustia y estupor.

Por una vez, el titular del «Daily Mirror» le salpicaba indirectamente a él:

> «*Aún se ignoran las causas de la muerte repentina del doctor Otto Reinhard, en su finca de High Wycombe, ocurrida el lunes por la noche*».

Y otro titular, más breve, añadía:

> «*¿Enfermedad desconocida… o veneno? La autopsia dirá hoy la última palabra*».

* * *

—He tratado de establecer contacto contigo todos estos días, Paul. Ha sido inútil. —Una Lori Byers preocupada se retorció las manos, mirando con inquietud a Garland—. El doctor Reinhard sufrió un ataque o algo así, que en principio parecía normal. De pronto, su médico particular, el doctor Hamilton, se negó a certificar su defunción. Esto originó un revuelo terrible. Ha intervenido la policía y hoy están procediendo a su autopsia. Entretanto, un policía muy amable pero más duro que una roca, un

tal inspector Sawtell, está haciéndonos preguntas. Todas intrascendentes, según él. Pero a mí no me lo parecen tanto.

—¿Un inspector de policía? —Se asombró Paul.

—De Scotland Yard, para ser más precisos. Reinhard era importante. Y lo está demostrando después de muerto. La policía provinciana de High Wycombe ha pasado a último término, después de cuatro o cinco diligencias de rutina.

—Pero ¿qué es lo que sospechan, Lori?

Paul se puso a dar paseos nerviosos por la salita de la lujosa residencia de los Byers, en Mayfair.

—No lo sé. Unos dicen que fue un ataque cardíaco complicado con alguna dolencia tropical a la que Reinhard no dio la debida importancia durante sus viajes al África.

—Eso suena un poco a incongruente, en una persona especializada en enfermedades africanas, ¿no crees? —juzgó Paul, deteniéndose con las manos en los bolsillos.

—Claro. Es lo que la policía y ciertos compañeros de Reinhard opinan. Entonces, alguien ha vertido la especie malévola de que pudo ser envenenado. No se sabe quién ha sido el primero en decirlo, ya sabes cómo son esas cosas. Lo cierto es que el rumor ha corrido, la Prensa se ha hecho eco y solamente la autopsia dirá la verdad, aunque esto se ha visto demorado por las protestas de la Real Sociedad Científica Británica, que considera inadmisible el escándalo en torno a un notable miembro suyo.

—Pero, veamos, Lori, si podemos entender algo.

—Paul agitó una mano. —¿Cómo sucedió todo? ¿Cuándo y en qué forma murió Reinhard? El domingo parecía lleno de vida.

—Para eso sólo contamos con la versión de Brett Edwards, su secretario. Según él, el lunes recibió una llamada de Londres urgente Al parecer, Reinhard mostróse profundamente asombrado por algo que le refirió su comunicante, y aunque no hizo partícipe a Edwards de lo que hablara ni con quién fuese, éste le vio agitado, nervioso. Hizo dos o tres excursiones a su museo, lo cual no era habitual en él, y luego se encerró y no quiso conversar con Edwards. Finalmente le dijo que se retirase a dormir, que él tenía que trabajar hasta bien avanzada la madrugada. Edwards dice que le pareció un modo tajante de deshacerse de él esa noche, y como está habituado a rarezas así, se acostó sin más preguntas.

—¿Y después?

—Después, el propio Edwards dice que se durmió pronto, porque había madrugado mucho para despedirnos a los miembros del fin de semana, pero que algún tiempo después, acaso una hora o dos, eso no puede concretarlo, el doctor Reinhard recibió una visita.

—¿Una visita? —Paul se quedó clavado, mirando a Lori—. Sigue.

—Por desgracia, no se levantó a comprobarlo. Oyó detenerse un coche en el sendero, y aunque no hubo campanilleo alguno en el exterior, lo cierto es que alguien entró. Para ello, Reinhard tuvo que abrirle porque ya le esperaba. Eso le tranquilizó y volvió a dormirse. No despertó hasta el día siguiente.

—¿Y entonces?

—Bajó a desayunar y a disponer las cosas, como siempre. La servidumbre ya sabes que ocupa el ala opuesta de la casa y no se entera de nada. Cuando Edwards entró en el despacho particular de su jefe, lo vio todo en orden, pero sin que estuviera Reinhard. Eso era inusitado, porque el doctor siempre se levantaba mucho antes que él.

—¿Qué hizo Edwards, entonces?

—Subió a la alcoba del doctor. Llamó, sin obtener respuesta. Entonces abrió la puerta de comunicación con el cuarto de baño que da a otra alcoba, ya que Reinhard siempre se cerraba por dentro. Le encontró en el lecho. Rígido y bastante frío. Debía llevar cuatro o cinco horas muerto. Parecía normal, con gesto apacible, pero muerto, sin lugar a dudas.

Paul respiró hondo. Resultaba extraño que personas conocidas, gente a quien uno ha tratado poco antes, pudiesen morir en forma tan repentina e imprevista.

—Dios mío, pobre Reinhard —suspiró, al fin—. ¿Quién iba a imaginarlo?

—Sí, Paul. Era difícil de suponer, cuando abandonamos el lunes a primera hora Banbury Manor. Por cierto, el inspector Sawtell quería verte.

—¿A mí? —Se sorprendió Paul—. ¿Para qué?

—Ha visitado ya a todos los que estuvimos el fin de semana en casa del doctor. Pura fórmula, dice él. Hace preguntas suaves pero agudas. Tiene interés en hablar contigo. Después de todo, también

estuviste allí, ¿no te parece?

—Sí, claro. Si hay sospechas de alguna violencia, es lo de rigor. Interrogar a los relacionados más o menos directamente con el muerto.

—Paul, ¿por qué has tenido que esconderte estos días? —preguntó ella, de repente.

—No me he escondido, Lori. Tienes un modo muy desagradable de decir las cosas… Buscaba reposo para mis nervios. El médico me recomendó total alejamiento del bullicio. Ni trabajo, ni relaciones ni excitación alguna durante dos o tres días. Y he obedecido.

—Está bien, no te enfades. —Lori se puso en pie—. ¿Puedo confiar en ver a mí prometido esta tarde, o habré de esperar al día de la boda para ello, suponiendo que ese día no te de por reposar los nervios y dejarme en la iglesia con un palmo de narices?

—No vengas con sarcasmos, Lori —se irritó Paul, avanzando hacia la puerta—. Nos veremos luego en el club, como siempre. Adiós, querida.

Y salió del piso. Lori se quedó perpleja, viéndole partir.

—¡Ni siquiera me ha dado un beso! —Se enfureció.

* * *

El «Austin» rojo se detuvo frente a la verja metálica. Banbury Manor seguía igual que aquel sábado y domingo tan recientes y tan lejanos a la vez, si se pensaba en el desdichado doctor Reinhard, tan cordial y lleno de vida. Eso era tres días antes. Ahora, le estarían abriendo para saber lo que causó su muerte.

Paul Garland bajó del coche y cruzó el trozo de carretera hasta la puerta. No sabía por qué estaba allí. Solamente que un impulso superior a su propia voluntad le había llevado hasta High Wycombe aquella tarde del jueves.

—No puede entrar, señor —avisó un policía uniformado, alzando una mano cuando se aproximó a la verja—. Está prohibido el paso a los curiosos. Y a la Prensa.

—No soy curioso ni periodista —dijo Paul—. Busco al inspector Sawtell.

—No está para nadie, excepto para alguien que tenga algo que decirle. Importante, claro está, señor. ¿Es ése su caso?

—No sé si es mi caso. Sé que el inspector me busca. Me llamo Paul Garland.

—¿Garland? —Paul dio un respingo al oír la voz, casi a su lado. De detrás de unos setos, asomó un rostro ancho y fuerte, con una nariz aguileña y ojos penetrantes, bajo el sombrero flexible, echado hacia atrás—. Pase, pase. Yo soy Sawtell. John R. Sawtell, de Scotland Yard, señor Garland.

Sonrió ampliamente, curvando su boca grande y enérgica. Le abrió la puerta el policía, y el inspector le tendió una manaza fuerte y ruda, que oprimió la suya.

—Ha sido usted el hombre más buscado por la policía londinense a lo largo de dos días enteros, sin tener nada contra usted —rió Sawtell, estudiando a su hombre—. ¿Dónde andaba metido?

—En mi casa —sonrió Paul. Le explicó las razones y añadió—: Puede preguntar a mí médico, el doctor Price.

—Le creo, le creo. —Alzó una mano, en son de protesta—. No soy desconfiado, y mucho menos de usted. No es ningún sospechoso. En primer lugar, porque no hay nada ni nadie de que sospechar. Todavía no sabemos si el doctor Hamilton ha escandalizado sin necesidad, aunque su prestigio profesional es el que nos ha forzado a entrar en acción.

¿Conocía usted al profesor Reinhard?

—Poco. —Estaban caminando. Cruzaron frente a los rosales, camino de la casa—. Lo cierto es que le conocí el sábado y dejé de verle la mañana del lunes. Vine a un fin de semana con mi prometida y mi futuro suegro.

—Todo eso lo sé, señor Garland. Sólo quiero saber sus impresiones. ¿Le pareció un hombre enfermo el doctor?

—En absoluto.

—¿Y temeroso, preocupado o desconfiado?

—No. —Miró abiertamente al inspector—. Nada de eso. Al parecer, sólo le preocupaban sus enfermedades tropicales y sus expediciones científicas al África. Iba a hacer otra en breve, según creo.

—Se hará —suspiró Sawtell—. A la muerte de Reinhard, el doctor Bruce Hayes, de Kenya, dirigirá el grupo científico. La Real Sociedad Británica de Ciencias no desmaya. Si no, que me lo digan

a mí. Hacer la autopsia a Reinhard ha sido una auténtica hazaña.

—He oído hablar de eso. —Paul sonrió—. ¿Usted qué cree? ¿Muerte normal o algo raro?

—Parece normal. Pero hay también algo raro en —todo. No sé el qué, pero algo—. Miró de hito en hito a Paul. —No es usted quien pregunta, amigo, sino yo. Dígame, ¿le mostró el doctor su «museo» de virus, insectos y todo eso?

—Sí, me lo enseñó. Un lugar horrible y repelente, la verdad. Sufrí pesadillas.

—Lo creo. —Sawtell se estremeció—. ¿Quiere acompañarme ahora, por favor? Quiero saber si todo está en orden.

—¿En orden? ¿Qué quiere decir?

—Nada. Si fue un crimen, pudo ser por motivos científicos. Alguien, interesado en robar una especie valiosa, determinada, de su colección. Edwards dice que no falta nada, pero puede mentir. Igual que pudo mentir en la referencia de los hechos. Los demás no han visto aún la colección porque no han venido hasta aquí. Ya que usted está, y es profano en la materia, puede ver más que otros. ¿Me acompaña, por favor?

—Sí. —Paul habló tras una vacilación.

—Gracias. Sé lo que le cuesta a usted asentir, porque yo sé lo que me cuesta llevarle. —Buscó en su bolsillo. Paul vio la llave de extraña y peculiar dentadura—. Vamos.

—¿No está Brett Edwards?

—No. Ni la servidumbre. He preferido dejar todo esto despejado. Solamente quedan en la casa los agentes de guardia. Es mejor así.

De nuevo la puerta del museo se abrió ante Paul.

Sawtell y él entraron. La cruda luz azulada lo inundó todo. Todo parecía igual. Una mosca había muerto en su campana, sin duda al faltarle los cuidados de Reinhard. Más allá, una araña repulsiva se revolcaba, agonizando también. No le causó ningún pesar. Valía más así, con bichos semejantes, fuera cual fuese su utilidad.

—Todo está lo mismo —dijo finalmente, al acabar el recorrido —. Insectos, frascos, tubos, todo tal como aquel día.

—Bien —suspiró el hombre de Scotland Yard—. Gracias de todos modos. Podemos irnos.

Paul asintió. Regresaron hacia la salida. Los ojos del joven iban recorriendo las hileras de frascos bajo la luz azul. De repente, se

paró. Sus ojos volvieron a recorrer las estanterías repletas. Un lado, otro… y volvió a recorrerlas.

Sawtell le miraba, profundamente intrigado.

—¿Ocurre algo, señor Garland? —preguntó, con voz tensa—. ¿Qué es lo que mira?

—Un momento, inspector. —Tras un tercer examen, fijó la mirada en el policía—. ¿Han quitado ustedes algún objeto de aquí?

—En absoluto. Ya le he dicho que todo está como lo dejó Reinhard. ¿Qué ve usted?

—Veo que falta algo. —Paul estiró el brazo, y su dedo señaló a un punto de las hileras de frascos, donde éstos habían sido movidos para ocultar un hueco. Hueco que él recordaba bien—. *Un frasco de color azul* con el virus de una enfermedad incurable dentro. El «Mbagana» o «enfermedad de Scholtz». También le llaman «Mal Azul», inspector.

CAPÍTULO IV

«MUERTE AZUL»

Mientras el «Austin» rojo devoraba las millas, de regreso a Londres, la mente de su conductor iba sumida en profundas reflexiones. A su lado, el inspector Sawtell, que había solicitado ser conducido a la capital, tampoco parecía excesivamente despreocupado. Su ancha frente mostraba toda una tupida red de arrugas.

—El «Mal Azul» —dijo de pronto, como dando forma a sus preocupaciones y haciendo que Paul casi diera un respingo desviando el coche de su rata—. ¿Qué mil diablos será eso?

—Según Reinhard, algo horrible. Una epidemia que no es contagiosa, pero que debe transmitir el virus de alguna forma, azulando lentamente el cuerpo humano hasta la muerte. Según el doctor, empezaba a manifestarse en una coloración azul de las uñas.

—¡Infiernos, no recuerdo que Reinhard tuviera uñas azules cuando vi su cadáver! —rezongó Sawtell.

—Tampoco es probable que pudiera morir súbitamente de esa dolencia. Él mismo citó el hecho de que progresa con cierta lentitud, aunque el enfermo más físicamente fuerte no pasa de los treinta días de proceso infeccioso.

—Diablo, entonces, ¿por qué falta el frasco azul? —estalló el inspector—. Tendré que preguntar a Edwards.

Si usted ha notado su falta, tuvo que notarla él.

—Eso es cierto. Algo oculta el secretario de Reinhard, si realmente lo ocultó a sabiendas. Aunque también pudo pasarle inadvertido en los nervios del momento.

—Lo cual no es muy probable en un hombre habituado a ver

todas esas cosas horribles que coleccionaba su jefe. Diablo, ¿por qué habrá tipos tan chiflados?

—Él decía que buscaba el remedio a todas esas dolencias del Continente Negro —apuntó Paul, enfilando la carretera general hacia Londres.

—Pues pudo haberse quedado allí, con todos sus queridos microbios —rezongó el policía, acurrucándose irritadamente en el asiento.

* * *

Era todavía pronto cuando llegó al club. Lori no había llegado. Paul se encaminó al bar, pidiendo un combinado. Encendió un cigarrillo y fumó lentamente.

Fue a la cabina telefónica y llamó a la editorial, avisando que iría al día siguiente a reanudar normalmente su trabajo. Su jefe de redacción se mostró tolerante como siempre, y se interesó por la marcha de sus nervios. Paul le informó con optimismo y regresó a la barra.

—Hola, Garland —le saludó el doctor Price, volviéndose hacia él.

—¡Doctor Price! —le saludó con simpatía—. ¿Qué hace por aquí?

—A veces dispongo de un momento libre yo también —rió el médico. Pero su gesto era grave—. ¿Ha leído lo ocurrido a Reinhard?

—Sí. Cuando estuve esta mañana en su casa, no lo sabía.

—Ya lo imaginé. Su anfitrión del fin de semana ha terminado mal. ¿Estaba enfermo?

—Que yo sepa, no —denegó Paul—. Esperemos lo que dice la autopsia.

—He hablado ya con la policía. También andan en tinieblas. Espero que ahora el inspector Sawtell cace a Edwards, el secretario de Reinhard.

—¿Por qué? ¿Sospechan de él, tal vez?

—Saben que ha mentido en algo. Lo importante es saber en qué. Y es lo que buscan.

—Bueno, si quiere hacerme caso, manténgase todo lo posible

aparte de esos jaleos, Paul —le aconsejó el doctor Price—. No irá demasiado bien a sus nervios.

—Hay cosas que uno no busca sino que vienen a uno —rió Paul —. Pero no tema.

Espero dominar mis nervios.

Tomó el combinado y comenzó a beber despacio. Observó que Price tenía la mirada fija en su vaso, y se intrigó.

—¿Qué pasa, doctor? —interrogó, sorprendido.

El médico alzó muy lentamente los ojos hacia él. Cruzáronse sus miradas. La voz de Price sonó grave:

—Paul, no había visto antes eso. ¿Qué le ocurre a su mano?

Garland enarcó las cejas. No era su vaso lo que miraba, sino su mano. También la miró él.

Cayó el vaso a tierra, quebrándose en pedazos sobre el suelo de linóleo del club. Estiró su otra mano, temblorosa. Cameron Price lanzó una ronca interjección de horror.

—¡Dios mío! —musitó—. ¡También esa mano, Paul!

Paul Garland sintió vacilar todo en torno suyo. En ambas manos igual. Las contemplaba fascinado, no podía apartar de ellas los ojos.

—¡Mis uñas! —Silabeó, con voz rota—. *¡Mis uñas se están volviendo azules!*

* * *

Las palabras de Cameron Price fueron rotundas, claras:

—El análisis no deja lugar a dudas, Paul. Es *Moa —gana*.

—¡No! —Paul Garland se cubrió el rostro con ambas manos frenéticas, crispadas. Su grito fue de negación, de rebeldía. La piel le transpiraba bajo el crudo foco del consultorio de Price, el resto del cual se hallaba en sombras—. ¡No, doctor Price! ¡No es posible!

¡Usted no puede saberlo!

—No soy un especialista de la talla de Reinhard y todos ellos, Paul. Pero soy médico. Y he analizado su sangre. En ella está el virus. Eso es evidente. Hay microbios azulados. He consultado mis libros. En ellos figura el «Mbagana» o «enfermedad de Scholtz», como algo muy raro y difícil de hallar, incluso en el corazón de África. Creen que procede de ciertas secreciones vegetales que pueden mezclarse en la sangre de cualquier forma. Un simple roce,

una herida, un pinchazo… Cosas así, Paul. Las reacciones químicas son exactas a las producidas en su sangre ahora. Lo siento, amigo mío, pero tiene usted el «Mbagana».

—Y es mortal —jadeó Paul.

—Eso nunca se sabe.

—¡Es mortal! —aulló el joven. Se alzó frenético, aferrando a Price por la solapa—. ¡Dígamelo! ¡Dígalo, doctor! ¿Dice su libro si es mortal? ¡Quiero la verdad!

Cameron Price suspiró. Inclinó la cabeza.

—Es mortal, Paul. Usted lo sabía ya antes. ¿A qué negárselo?

—No, no… —retrocedió, lívido. Bajo la luz de la lámpara, su faz era una máscara lívida, sudorosa. Le temblaban las manos, manos con uñas de pigmentación azul. Se las contempló, desencajado—. Pero ¿por qué? ¿Por qué, Dios mío? ¿Por qué yo?

—Eso nadie puede saberlo, sino usted mismo, Paul —declaró roncamente Cameron—. Tengo que telefonear a las autoridades sanitarias, internarle en una clínica, intentarlo todo contra ese mal, tratar de curarlo por todos los medios, Paul.

—¡No! ¡No hay curación y usted lo sabe! ¡No tiene remedio, no tiene remedio! ¡¡Estoy condenado a muerte, Price!! ¡Ahora, cuando todo me sonreía! ¡Felicidad, porvenir, juventud, y todo se hunde por culpa de este color azul, de esta muerte segura, a plazo fijo!

—Paul, cálmese. Tiene que dominarse. Tal vez aquellos desórdenes nerviosos del lunes, cuando vino a Verme de nuevo, eran ya el principio de esto. El «Mbagana» produce una terrible excitación nerviosa en sus comienzos, que luego cede sensiblemente.

—Price, usted no puede avisar a las autoridades sanitarias —jadeó Paul—. No debe hacerlo. Me internarán, me recluirán y jamás sabré por qué muero. La enfermedad me aniquilará, sin que haya llegado siquiera a averiguar la forma, el porqué de ella.

—Eso no es cosa suya, Paul. La Medicina…

—¡La Medicina! ¡Nadie sabe en qué consiste la dolencia! ¡El doctor Reinhard llegó al máximo: aislar el virus! ¿Y la forma de combatirlo? ¡No existe! ¡No tiene cura!

Se lanzó hacia la puerta. Price trató de impedir que se marchase, sin emplear la violencia. Pero Paul le frenó, estirando las manos.

—¡Un momento, por favor! —suplicó—. No haga nada. Déjeme

marchar, deje que indague yo. Conozco a los amigos y colaboradores de Reinhard. Lo intentaré todo yo mismo.

—Paul, eso no puedo hacerlo.

—Por lo que más quiera, Price. —Su gesto era patético—. Tengo razones para pensar que algo anormal ha ocurrido en mí. Y quiero saber. Internado, jamás lo sabría y nada ni nadie detendrá la marcha de esta enfermedad. Concédame su silencio. No hable a nadie de esto.

—Pero, Paul, dese cuenta de mi posición. Reinhard ha muerto en circunstancias extrañas. Usted está ahora enfermo de «Mbagana». No puedo callarlo. Me culparían de…

—Deme un plazo. Diré que usted no me ha analizado hasta entonces. Será como si no supiera nada, Price.

El médico estudió largo rato a su paciente en silencio. Advirtió su patetismo, su afán de ser libre, siquiera por unas horas. Asintió, suspirando.

—Está bien, Paul. Le concedo dos días de libertad. Ni uno más. El sábado ha de venir a mí consultorio. Y ya no saldrá de él, sino hacia una clínica. De momento, sólo puedo darle dos indicaciones: no fume, podría serle fatal… Bueno, quiero decir que precipitaría las cosas, y evite alcoholes, bebidas o comidas irritantes, no excite sus nervios.

—Mis nervios… —Crispó los dedos en el vacío, como si quisiera aferrar algo—. Mis nervios, ¿qué importan ya? ¿Qué importa nada, si he de morir? Gracias, doctor, por esas cuarenta y ocho horas. Las utilizaré bien.

—Y recuerde, el sábado aquí o tendría que denunciarle a la policía.

—El sábado… —sonrió amargamente—. Tenía que estar en la iglesia. Pero estaré aquí, no tema. En vez de una boda, las vísperas de un funeral. Gracioso, ¿no?

Apretó los labios con coraje y salió como una exhalación del consultorio.

* * *

La mano enjuta, larga, del doctor Bruce Hayes, dejó sobre la mesa el tubo de análisis. Sus ojos se alzaron hacia el visitante,

nervioso y empapado de sudor, que le contemplaba con mirada de angustia tensa, esperanzada.

Suspiró Hayes. El eminente doctor británico establecido en Kenya, se oprimió con los dedos pulgar e índice el puente de la nariz. Luego, meneó la cabeza de un lado a otro.

—Es «Mbagana», Garland. Ese médico suyo, sabía lo que se decía, por desgracia.

Paul no dijo nada. Cayó en el asiento del laboratorio. Anonadado, roto. Hasta entonces, había quedado la esperanza. Price era buen médico, pero no un especialista en tales dolencias. Podía haberse equivocado. Ahora no había error. Hayes no podía equivocarse. Él mismo se lo confirmó poco después, apoyando una mano en su hombro.

—Lo siento, Garland. Es terrible e inexplicable a la vez. Pero no hay error. Yo he visto algunos casos en Nairobi.

—¿Negros todos?

—No. Tres eran negros. Uno, blanco. Vivieron más los negros. El blanco era un borrachín. La enfermedad le devoró en una semana. Uno de los negros llegó a los veintiocho días. Todo un récord.

—¿Así que no hay solución? —le preguntó, patético.

—No —denegó lentamente Bruce Hayes, con un movimiento de su blanca cabeza leonina—. No hay solución, Garland.

Reinó el silencio. Paul se levantó, despacio. Abotonó su camisa, enjugóse el sudor y estiró la mano, recuperando su chaqueta, colgada de una percha. Hayes le miraba.

—¿Qué piensa hacer? —interrogó el especialista.

—No sé. Morir, supongo —dijo con amarga ironía Paul. Hayes no dijo nada. Inclinó la cabeza, comprensivo.

—¿Cómo he podido adquirir la enfermedad? —preguntó de pronto Paul.

—Es difícil de decir. Pudo serle transmitida por algo que tuviese el virus. Lo extraño es eso. ¿De dónde pudo llegar ese virus?

—El frasco azul del doctor Reinhard no está en su sitio —dijo, abruptamente, Garland.

—¿Eh? —El científico parpadeó, atónito—. ¿Qué es lo que dice?

—Hoy he estado allí con la policía. Entonces ignoraba yo lo mío. Ha desaparecido el frasco con el virus aislado del «Mbagana».

—Pero eso carece de sentido, Garland. ¿Quién pudo, y por

qué…?

—Es lo que yo pregunto: ¿Quién? ¿Por qué? Pero ¿se da cuenta de una cosa, doctor? Quienquiera que lo hiciese, si me inoculó ese microbio, lo que hizo realmente fue *asesinarme*.

Sin añadir más, caminó cabizbajo hacia la salida. Hayes ni siquiera trató de retenerle.

* * *

—¡Paul! Ya era hora de que te viese, ¿no crees?

—Había sarcasmo en la voz de Lori, cuando apareció en el saloncito donde aguardaba él. ¿Cómo te has decidido a venir, después del plantón en el club? Te he esperado dos horas y…

—Sé todo lo que vas a decirme, Lori. Perdóname, pero no tuve la culpa. —Avanzó hacia ella. Bruscamente, se detuvo—. Hay dos personas que saben por qué me retrasé: mi médico y el doctor Hayes.

—Vaya. ¿Te has aficionado a la ciencia desde la visita a Banbury Manor? Y la prefieres a tu prometida, ¿no es eso?

—Lori, lo que ocurre es algo mucho más terrible. No querría decírtelo, pero no es justo que tú te veas el sábado sin matrimonio y no sepas por qué.

—¿Sin matrimonio, dices? —Lori abrió enormemente los ojos—. ¿Qué estás diciendo, Paul? ¿Qué nueva tontería es ésa?

—No es una tontería. No vamos a casarnos, Lori. Y respiró, al decirlo.

—¡Paul! —retrocedió, palideciendo, y mirándole sin comprender.

—Lori, mira mis manos. —Las extendió—. Ellas te dirán la razón de que no pueda casarme contigo.

—¿Tus manos? ¿Qué les pasa a tus manos? ¿Qué nueva comedia estás inventando?

—¿No ves nada en mis uñas, Lori?

—¿En tus uñas? Pues, no… Espera. Sí, las tienes azuladas. —La idea se abrió paso en su mente, porque permaneció callada, con los ojos desorbitados, fijos en él.

—Luego, gritó. —¡Paul, no me gastes bromas de ésas! ¡Dios mío, Paul, quítate esa pintura y…!

—No es pintura. Están azulándose. Tengo el «Mbagana», Lori. Voy a morir, todo lo más dentro de un mes. Estoy condenado a muerte… ¡y sin remedio! Tú lo oíste, ¿recuerdas? No tiene cura. No hay antídoto. No hay nada contra el «Mal Azul de Scholtz».

—¡Paul, tú no! —retrocedió, lívida. Descubrió el gesto contraído del joven, su temblor excitado, el rictus duro y amargo de su boca —. ¡No es posible que tú…!

—Lo es, Lori. ¿Comprendes ahora? No puedes casarte con un muerto. Di lo que quieras. Que has roto conmigo, que no quieres casarte con un tipo como yo. Quedas en buen lugar. A mí no me podrás hacer ningún daño, aunque me tires por tierra. Hazlo, Lori, te lo pido. Será mejor para los dos. Y cuando me llegue la hora…

Se acercó a ella, trató de tomarla por los hombros.

Lori Byers retrocedió con tal presteza, que derribó una silla.

—¡No! —musitó, aterrada—. ¡No me toques, Paul! ¡No te acerques con *eso* encima!

—Pero, Lori, si no es contagioso. Reinhard lo dijo. Hace falta inocularlo. Un simple contacto no puede…

—¡No! ¡No quiero que me toques! ¿Qué sabía Reinhard? ¡Nada! Ya lo ves, no tiene solución. ¿Cómo pueden saber si contagia o no? No seas desalmado, Paul, y si estás realmente enfermo, ve a un hospital, intérnate, deja de ser un peligro para todos.

Algo ocurrió entonces. En la faz de Paul Garland se operó un cambio brusco. Achicó los ojos, clavados en Lori Byers. Endurecióse su gesto asombrado.

—¡Vaya! —musitó, ronca la voz—. El «Mbagana» ha servido al menos de algo. Tal vez sea mejor llevar la muerte encima que haber llegado a ser tu marido, Lori. Eres egoísta, caprichosa y cruel. Tú eres antes que nadie. El mundo es tuyo, y no toleras riesgos. Soy un apestado, ¿verdad? Hay que apartarme de ti. Yo no te hubiera tocado apenas. Sólo un contacto leve, el último. No te hubiera puesto en peligro, Lori. Y tú has demostrado la que realmente eres, al apartarme de ti. ¿Eso es amor? Yo no sé si te amo, pero te hubiera atraído hacia mí, de estar tú en mi piel, te hubiese atendido, alentado…

—No puedes exigirme ese sacrificio, Paul —silabeó ella—. Sería terrible.

—Sí. Sería terrible para Lori Byers, de los poderosos Byers. —

Avanzó hacia la salida de la estancia, sin quitar de ella los ojos—. Adiós, Lori. Te deseo suerte y que encuentres pronto a un imbécil con quien casarte, para fingir que le amas más que a tus millones y que a ti misma. ¡Adiós para siempre!

—¡Paul! —gritó ella.

Pero la puerta ya se había cerrado tras Paul Garland. Y ella no se sintió capaz de correr tras él. Sabía que no podría abrazarle, y mucho menos besarle, sin dejar de pensar en que el aliento, el contacto de Paul, podía ser mortífero.

Lo único que fue capaz de hacer fue echarse a llorar desoladamente.

CAPÍTULO V

SIN ESPERANZAS

El zumbador sonó una, dos, tres veces… Por fin, la puerta se movió. Tras la cadena que la aseguraba contra cualquier intruso, asomó el rostro somnoliento, sobre las grandes solapas de una bata rojo oscura de raso, anudada a la cintura, con tal descuido, que permitía ver las bronceadas piernas y un descote en y profunda sobre el seno.

—¿Quién llama? —Ella reconoció a su visitante—. ¡Señor Garland! ¿Qué desea a estas horas?

—Unos minutos, doctora Rander —pidió Paul, con voz ronca—. Solamente unos minutos de atención por su parte, si no es pedir demasiado.

—Está bien. Espere. —Cerró, para desenganchar la cadena. Luego, abrió por completo y se hizo a un lado. Sus rubias ondas estaban prendidas con graciosas pinzas metálicas, pero ello no empañaba en nada su belleza femenina esplendorosa—. Entre, por favor.

—Gracias. —Paul se detuvo en el recibidor, apoyando sus anchas espaldas en el muro. La tenue luz indirecta, de coloración rosácea, hizo brillar su tez sudorosa—. Mil gracias, doctora Rander.

Ella no respondió, de momento. Cerró, pasando el pestillo. Hizo una indicación muda, señalando un pequeño corredor. Paul lo siguió. Ella detrás. Ante una puerta iluminada, se detuvo.

—Entre y siéntese —pidió ella—. Es mi gabinete de trabajo. ¿Quiere un poco de *brandy*?

Iba a negar, recordando el consejo de Price. Pero había algo más importante ya que su salud o su vida: su momentánea firmeza, su

espíritu. Necesitaba reforzarlo. Asintió, ocupando una butaca funcional, de tapizado azul brillante, frente a una mesa de trabajo repleta de papeles, libros y gráficos.

—Sí, por favor —aceptó—. Creo que lo necesito.

—Yo también lo creo —sonrió ella—. Volvió poco después con una copa panzuda mediada de *brandy*. Lo apuró Paul, bajo su atenta mirada verde, inquietante, despejada. Al sentarse, habíase cruzado de piernas con descuido. No subió su bata. Pero Paul tampoco se fijó demasiado. Había pasado el momento de esas ilusiones fugaces. —Y bien, señor Garland, ¿quiere decirme ahora lo que ha venido a buscar? ¿Cómo supo dónde vivo?

—Su nombre figura en el Anuario Científico —sonrió Paul, amargamente—. Y su dirección también.

—¡Oh! ¿Se ha preocupado tanto por localizarme? —entornó los ojos—. ¿Por qué?

—Tenía que verlas Ver a alguien amigo y a la vez capaz de orientarme. —Respiró con fuerza, miró a la doctora. Extendió sus manos, con las palmas hacia abajo—. Mire mis uñas. ¿Sabe lo que tengo?

Ella solamente dijo una palabra, tras un silencio breve y dramático:

—«Mbagana».

* * *

—De modo que no ha querido ser internado en un hospital y ha tenido el valor de revelarle la verdad a su prometida. —La doctora Rander habló, una vez terminado el relato impresionante de Paul—. Hace falta ser un hombre muy valeroso, Garland.

—¿Valeroso? El valor no representa nada cuando nada se teme ya —dijo Paul.

—Tal vez. —Frunció sus carnosos labios, sin apartar la mirada de Garland—. ¿Por qué ha venido a mí?

—Ya se lo dije. Busco ayuda, amistad…

—Ya ha visto a dos médicos. El suyo propio y el doctor Hayes. ¿Esperaba algo diferente de mí?

—No. No hay esperanza, y lo sé. Mi médico podría equivocarse. Hayes, no.

—En efecto. Pero insisto. Si no esperaba nada, ¿por qué ha venido?

—Usted me inspira confianza.

—Pues deséchela inmediatamente. No confíe en nada, Garland. Hay que ser realistas. Si yo le doy esperanzas y sé que éstas son falsas, solamente lograré atormentarle más al final. No puedo ayudarle. No me veo capaz de salvar su vida, amigo mío. Es terrible, pero es así.

—No me refería a esa clase de confianza. Mi vida está liquidada ya. Lo sé. Soy un cadáver andando por el mundo. Cualquier día caeré definitivamente. Es curioso, pero casi ha dejado de asustarme esa idea, en las pocas horas que llevo condenado a muerte. Lo que quiero, doctora Rander, es encontrar al que me inoculó la enfermedad. Saber por qué lo hizo y vengarme. Llevármelo conmigo a la Eternidad.

Ella se estremeció. Púsose en pie, ligeramente pálida, tomó un cigarrillo y lo encendió, dándole rápidas chupadas. Al ver la ávida expresión de Paul, aplastó el cigarrillo en un cenicero.

—No debe de fumar usted —dijo, roncamente—. Perdone si lo hice yo. Escuche, Garland. Podría decirle que está loco si piensa eso. Pero mentiría. El «Mbagana» no llega solo, no existe esa enfermedad en Inglaterra, ni en ningún país de Europa. El frasco azul del profesor Reinhard ha desaparecido. El profesor ha muerto, después de recibir una visita desconocida, a avanzadas horas de la noche. Sé lo que ha imaginado: todo eso no puede ser casual. Y no lo es, estoy segura. *Alguien* tiene el virus en su poder y se lo ha inoculado a usted, Paul.

—Pero ¿por qué a mí? —El gemido de Garland era casi un grito de rebeldía feroz.

—No podemos saberlo, amigo mío. No, mientras no sepamos otras cosas. Acaso por error, tal vez porque eligieron al azar. Sabe Dios qué siniestro designio mueve a nuestro extraño criminal o qué locura terrible le ha lanzado a matar con esa arma inaudita. Trate de recordar, Paul. ¿Cómo cree que pudieron inocularle la dolencia?

—No sé —suspiró Paul—. No recuerdo nada. En casa de Reinhard bebí combinados, hice comidas, tomé agua. ¡Espere! También tabletas para el insomnio. Me las dio el profesor Webster. Pero no creo que en unas tabletas…

—En cualquier cosa puede introducirse un bacilo, un virus vivo. —Vera Rander frunció el ceño—. Recuerdo que usted sufrió un accidente al regreso de la abadía, en su coche.

—Sí. Aquella cerveza de la taberna debió sentarme mal.

—¿Quién le dio la cerveza?

—No sé. Espere que recuerde… Sí, fue el doctor Hayes quien me la dio.

—Hayes. Eso parece acabar con toda teoría. Hayes no haría una cosa así jamás Dios mío, Paul, temo no serle de gran ayuda en nada.

—No diga eso —sonrió él—. Solamente con tratar de ayudarme, con aceptar mi presencia, ya me ayuda usted mucho. No me arroja de su casa, como ha hecho mi propia novia.

—Ella ignora lo que usted padece. No debe culparla. Yo, en cambio, sé que no puede contagiarme.

—¿Y si pudiera contagiarla? ¿Si Reinhard estuviera equivocado y fuese posible el contagio?

—Soy doctora, Paul —dijo ella, con firmeza—. Tengo el deber de ayudarle.

—¿Lo ve? ¿Y aún dice que no me ayuda? Gracias, señorita Rander.

—Señorita Rander… Me gusta esa forma de llamarme. No vuelva a decirme doctora.

—Trataré de hacerlo. ¿Cree que en cuarenta y ocho horas puedo hacer algo positivo? Es todo el tiempo de que dispongo, señorita Rander. Al final de ese plazo, Price tendrá que cumplir con su deber de médico y avisar a las autoridades.

—Es difícil, pero lo intentaremos. Por todos los medios, Paul. Si supiéramos en qué forma le inocularon el virus, tendríamos una pista para hallar al que lo hizo. ¿No recuerda si las tabletas, la cerveza, los combinados o algún licor o alimento, en Banbury Manor, tuvo para usted un sabor especial, dudoso?

—No, no lo recuerdo.

—¿Ni cree que nadie le haya inyectado mientras dormía o cosa parecida?

—Tampoco es fácil. Mi sueño es ligero. —Se miró las uñas, amargamente—. Pero de algún modo llegó *esto* a mí y se fundió con mi sangre, como una maldición. ¡Oh, Dios, no sé qué culpa puede ser la mía, para que me castigue así!

Agitó sus manos crispadas. Súbitamente, una de la doctora Rander, suave pero rápida y firme, le aferró la mano derecha. Su voz sonó tensa:

—¿Qué es *eso*? —Y sujetando la mano con la palma hacia arriba, señalaba un leve puntito rosado.

—¡Oh, eso! Un pinchazo con una rosa de Banbury Manor, cuando el profesor Rosenberg me pidió una…

—Se detuvo bruscamente, como iluminado por la misma luz interior que ahora asomaba a las pupilas fulgurantes de Vera Rander. —*¡Cielos, no!* El pinchazo, la rosa…

—¿Cuándo fue eso? —Agitadamente, Vera se puso en pie, soltando la mano de Paul.

—El mismo domingo, antes de salir para la abadía. ¡Sé lo que piensa, pero no es posible!

—¿Y por qué no? Es el camino ideal del contagio, de la difusión del virus. Directo a la sangre. Y la primera reacción la advirtió en el coche, al regreso. No fue la cerveza, Paul.

—¡Dios mío! Pero ¿por qué? Nadie sabía que yo iba a tocar allí.

—Excepto el profesor Rosenberg —acabó ella, con calma.

—Sí, claro. Pero él no podía saber que sería yo quien cortara la rosa. Pudo ser otro cualquiera.

—Posiblemente. Y posiblemente también, a él le daba lo mismo uno que otro, si era él, claro está.

—Las rosas… Ocultaron la muerte en algo tan hermoso. —Se miró el pinchazo leve, insignificante, al parecer. Alzó luego los ojos —. Sería preciso comprobarlo, señorita Rander.

—Sí, Paul. Entonces estaríamos seguros, plenamente seguros. Tengo una idea. Usted debe irse a dormir, pero no, mejor será que se quede aquí. Duerma en mi casa. Me sobra una alcoba para invitados.

—¿Vive usted sola?

—Sí. —Ella sonrió, adivinando por dónde iba—. Me sé guardar bien y si teme a las murmuraciones, sepa que yo no. Me es indiferente lo que digan los demás. Dormirá aquí. Ya que, en cierto modo, se ha convertido en paciente mío, quiero vigilarle de cerca para que no haga ninguna tontería. Y mañana…

Siguió hablando. Paul, sorprendido, escuchó. Y asintió.

* * *

—He aquí la rosa. —Vera Rander dejó una hermosa flor, húmeda de rocío, sobre su mesa de trabajo. La mano enguantada soltó los pinchos de su tallo-Ahora, a la tarea, Paul.

Garland la miró con auténtica sorpresa y admiración. El sol entraba ya por los ventanales. Había pasado la noche. Era un nuevo día. Uno menos para él.

—¿Cómo lo ha logrado? —quiso saber.

—No fue difícil. Llegué a Banbury Manor pidiendo por el inspector. Naturalmente, no está aún. Es demasiado pronto para ello. El policía me atendió solícito, y quedé en volver. Pero antes me enamoré locamente de las rosas. Pedí una. Me permitió cortarla. Yo cogí una, exactamente junto a otro tallo partido. Veamos si hay suerte.

Se puso una bata blanca que realzaba todavía más sus encantos, y comenzó a trabajar, con unos guantes de goma, en el análisis de la flor. Paul, nervioso, salió de la estancia. Se sentó en el gabinete. Encendió un cigarrillo pero pronto lo aplastó. No podía olvidar la advertencia de Price. No porque el final le preocupara mucho ya, sino porque necesitaba ese tiempo hasta el máximo. Era preciso vivir, para intentar su venganza, si había un auténtico responsable de aquel horror.

Puso la radio, a tono moderado para no molestar a Vera Rander en sus análisis. Escuchó música variada durante unos minutos. La interrumpieron para dar el boletín de noticias matinal. Robos, atracos, el éxito de un estreno de revista en el Strand, la buena marcha de las elecciones locales en los Midlands… Y, de pronto, una noticia más:

—La autopsia llevaba a cabo en el cadáver del ilustre sabio austríaco, doctor Otto Reinhard, nacionalizado británico durante la Guerra Mundial y miembro destacado de la Real Sociedad Británica de Ciencias, nos informa Scotland Yard que ha dado un resultado positivo. Según los forenses, el doctor Reinhard halló la muerte por inyección de aire en las venas. Se trata, pues, de un asesinato. La policía busca activamente la verdad que se oculta tras este extraño suceso y…

Paul apagó la radio, con los cabellos erizados. Se dejó caer en el

asiento, anonadado. La puerta del gabinete de trabajo de la doctora, se abrió. Vera Rander apareció en ella, despojándose despacio de sus guantes de goma.

—¡Señorita Rander! —exclamó Paul—. ¿Ha oído eso?

A Reinhard le han matado.

—Lo he oído, sí —suspiró ella. Y muy lenta, añadió—: También a usted le han matado, Paul. Igual que si le hubieran inyectado aire en las venas. Esa rosa tiene las espinas de su tallo saturadas de microbios del «Mbagana». Un simple pinchazo basta para inocular el virus sin solución posible. Lo siento, Paul. Ahora ya sabe usted lo que ocurrió realmente. Sólo le queda encontrar a quien lo hizo. Entonces tendrá a su asesino.

Paul asintió lentamente.

—Y ese asesino —dijo, con voz sorda— tiene que ser forzosamente *uno de los que estaban en Banbury Manor el fin de semana*.

Ahora, aunque con cierta repugnancia, fue Vera la que asintió con la cabeza. En ese momento rumbó el teléfono.

* * *

—¿Diga? —preguntó serenamente ella, al ponerse al receptor. Hizo una seña de silencio a Paul y añadió—: ¡Oh! ¿Es usted, inspector? Sí, claro, encantada. Ciertamente. Esta mañana he estado en Banbury a buscarle. Quería saber lo de la autopsia. Curiosidad femenina y profesional, supongo… Sí, gracias. Lo he oído por la radio. Es terrible y sin aparente sentido… ¿Cómo? No, no sé nada. Sí, le avisaré si sé algo. Hasta luego, inspector.

Colgó, pensativa Miró a Paul, que la estudiaba con fijeza. Dijo, simplemente:

—Era Sawtell, ya lo sabe. Parece que anda con prisas. Y muy preocupado.

—¿Qué quería ahora?

—Le quiere *a usted*, Paul.

—¿Eh? —Garland dio un respingo—. ¿Qué dice?

—Al parecer, la noticia de lo de Reinhard ya circuló ayer noche oficiosamente, por los círculos médicos. Su doctor, Cameron Price, ha cogido miedo. Habló a Sawtell de su caso.

—Dios mío —se mesó los cabellos—. Disculpo a Price. Yo hubiera hecho igual. Es por mi bien, lo sé. Pero se esfuerzan en vano.

—Sawtell quiere internarle y luchar por salvar su vida, sea como sea. También quiere saber si es casual que nada más morir Reinhard y desaparecer su frasco azul, sufra usted la enfermedad de Scholtz. Sawtell no es ningún tonto, debíamos suponerlo.

—¿Y usted qué le ha dicho?

—Ya me ha oído. Que no sabía nada de usted. Y que le avisaría en cuanto le echara la vista encima —rió—. Miento muy bien a veces. Lo peor es cuando lo descubran. Paul, ¿sigue sin querer luchar, sin admitir el internamiento y las atenciones sanitarias, para intentar…?

—¿Intentar el qué? Sabe que no hay esperanzas. ¡Y no quiero morir encerrado, tendido en una cama y rodeado de enfermeros, Vera! —No se dio cuenta de que la llamaba por su nombre de pila —. ¡Prefiero luchar a mí modo! ¡Libre, con todas mis fuerzas, hasta dar con el monstruo que ha hecho todo esto! Estoy seguro ahora de que el asesino de Reinhard es el que impregnó de virus mortal esos tallos de rosas. No sé por qué ni para quién, pero lo hizo. Y yo soy la víctima. ¡Será bonito llevármelo por delante al infierno!

—No irá lejos, Paul. Le cazará la policía, la Sanidad o el propio asesino. Dentro de poco, toda la Prensa lanzará la voz de alerta para que le capturen. Dirán que hay esperanzas de salvarlo, y muchos tratarán de cogerle, simplemente por humanidad.

—Es una situación divertida y original la mía —rió Paul, duramente—. Todo Londres en pos mío, para salvarme la vida. Y yo luchando por no ser cazado. Curioso fugitivo.

Vera meditaba intensamente, mordiéndose el labio inferior. De repente, dio un chasquido en el aire con sus dedos.

—¡Ya lo tengo! —exclamó. Miró a Paul—. Pero ha de ser muy rápido y jugándoselo todo a una sola carta.

—Adelante, Vera. Diga lo que sea, y deprisa.

—Usted sospecha que el culpable es uno de nuestro grupo, ¿no es eso?

—Sí, alguien que estaba en Banbury Manor aquellos días. Tuvo que serlo, para mojar de viras las rosas *antes* del domingo. Volvió la noche del lunes y mató a Reinhard.

—Bien. En Inglaterra tardará horas o días en caer. Pero caerá y será llevado a un hospital, de donde ya no saldrá jamás. —Se le quebró la voz al decir esto, pero ante la sonrisa animosa de Paul, siguió—: La policía intentará ahora impedir que salgamos hacia el África dentro de dos semanas, en la nueva expedición. Muerto Reinhard, se hace cargo del mando Hayes. Sé que logrará el apoyo de la Real Sociedad Científica y del Instituto Británico de Ciencias en Kenia. Y la policía nos dejará salir de viaje, aunque no se haya esclarecido lo de Reinhard y lo suyo.

—¿A dónde va a parar?

—Paul. —La mirada de Vera Rander brilló con viveza, fija en él —. ¿Por qué no espera dos semanas?

—¿Yo? ¿Esperará mi enfermedad?

—Sí. Creo que sí. Es fuerte. Muy fuerte. Acaso resista el doble. Espere dos semanas y entonces vigílenos de cerca a todos, asuste de un modo u otro a *alguien* y llegue al final.

—Entonces estarán ustedes, en África, Vera. Acaba de decirlo.

—Eso es. Y usted también.

—¿Yo? ¿En África yo? ¡No podré andar libre hasta entonces! Ni salir del país.

—Eso es cuenta mía, Paul. Voy a hacer por usted lo máximo posible. Irá a África, si todo sale bien, *hoy mismo*.

—¿Eh? —Garland dio un respingo.

—Y allí nos esperará. En Nairobi, y con nombre supuesto, aguardará esos días. No dirá a nadie la enfermedad que padece. La ocultará celosamente por todos los medios. Y evitará que nadie le pueda reconocer. ¿Entendido?

—Sí, pero ¿cómo voy a poder salir del país, si Scotland Yard me busca?

—Eso es cuenta mía, Paul Garland.

Segunda Parte

«El Fin»

CAPÍTULO I

NAIROBI

Con sus ciento trece o ciento quince mil habitantes, Nairobi es algo más que la capital de Kenia. Le separan doscientas ochenta millas de Mombasa, el puerto del territorio. La alta planicie en que se halla, con el monte Kenia en la distancia, alzando sus diecisiete mil y pico de pies de altura contra el azul crudo, violento, que forma la cúpula africana, es una curiosa, sorprendente mezcla de jungla y desierto, de verde y amarillo, salpicada por las manchas marrón de los pueblos y poblados, surcada por las estrías de metal de las vías ferroviarias que van a Mombasa, a Uganda, Nakuru, Soroti y a Port Victoria.

El centro europeo de Nairobi, con su comercio, sus oficinas, edificios burocráticos y oficiales, sus anchas avenidas cruzadas por modernos automóviles, y el aire cosmopolita de cualquier otra ciudad clave de la geografía mundial, era un vivo contraste con el cinturón de sus suburbios, negroides en su mayoría. Edificaciones toscas, rodeando el núcleo urbanizado y moderno. Callejas angostas, dédalos tortuosos, cafetuchos, cantinas y tenderetes donde el olor de la mercancía se mezclaba al de las morenas pieles sudorosas y las ropas polvorientas.

Aquel Nairobi abigarrado y africano, distante del bloque europeo como si estuviera a mil millas de él, era el que mejor conocía al «blanco taciturno».

El «blanco taciturno» apenas si llevaba por allí una semana. Tal vez fueran dos, los habitantes del bajo Nairobi no calculaban mucho de tiempo ni fechas, acaso porque les importaba poco esa cuestión.

Lo cierto es que en todos los rincones de aquellos laberintos poco frecuentados por los europeos, excepto los borrachos o los traficantes, podía encontrarse al «blanco taciturno», como habían dado en llamarle.

No bebía y apenas fumaba. Leía libros o periódicos, se perdía su vista en el horizonte y parecía pensar. Pensar en algo ajeno, remoto, inaccesible para él.

El comisario Shemba, de la policía indígena, había tratado de averiguar algo. Pero el blanco tenía documentación en regla, como el súbdito irlandés Daniel
O'Malley,
de Belfast. También disponía de dinero, no cometía actos delictivos ni inmorales, y era muy dueño, por tanto, de mostrarse todo lo taciturno que le diese la gana. El comisario indígena Shemba optó por dejarlo en paz.

El blanco irlandés vestía pulcramente. Traje blanco de hilo, sombrero de paja color crema, gafas oscuras para el sol y llevaba guantes. Esto era lo único realmente extraño. A su pregunta, el comisario Shemba había recibido una respuesta precisa:

—Estuve en la guerra, señor. Las cicatrices que me dejó la metralla no son bonitas de ver. Prefiero ir así, aunque pase calor. ¿Quebranto alguna Ley con ello?

Shemba se vio obligado a reconocer que no. En dos ocasiones, el europeo le pagó una consumición y le invitó a cigarrillos, buenos cigarrillos ingleses. Casi le consideró con simpatía. Al menos aquel blanco no parecía hacerle ascos al trato con los hombres de piel oscura. Sin embargo, no frecuentaba los locales donde las mujeres de color eran fácil conquista. Lo cierto es que tampoco rondaba a ninguna blanca.

Tipo raro el «blanco taciturno». Es lo que decían todos…

* * *

«Hoy, procedente de Londres, llegará por vía aérea a nuestra ciudad, la expedición científica de los doctores Bruce Hayes y Vera Rander, que dirigen los

> trabajos que el doctor Otto Reinhard dejara incompletos con su muerte. Del aeropuerto de Nairobi se trasladarán al "África Palace" para descansar, y disponer sus preparativos finales para la segunda etapa de su viaje al interior de Kenya, Uganda y Tanganika. A su salida de Londres, el doctor Hayes manifestó que hará por ferrocarril el viaje hasta Mombasa, desde donde describirá una trayectoria hacia Tanga, Tabora, Mwanza y Bukoba, en Tanganika, para pasar a Uganda bordeando el Lago Victoria, con regreso a Nairobi por Kisumu y Nakuru. Una ruta peligrosa y sugestiva para las investigaciones médico —científicas de esta eminente expedición».

Las manos enguantadas cerraron el periódico. Echó a un lado el «Nairobi News», y el hombre se incorporó. Bebía pocas veces, cierto. Pero ésta era una de ellas y valía la pena. Pidió al camarero de rojo fez:

—Sírveme una ginebra, Kwango.

—¿Ginebra, «Bwana»? —preguntó sorprendido el muchacho.

—Claro. ¿No me has oído?

Kwango le sirvió lo pedido, con ojos dilatados por la sorpresa. El «blanco taciturno» la apuró de un trago. Enjugó sus labios y abandonó el local, después de echar mía moneda en las tablas del mostrador.

El aeropuerto de Nairobi quedaba algo distante de allí. Pero unos autobuses que apestaban a sudor y a piel negroide sometida al implacable rigor del sol africano y del polvo del desierto, dejaban cerca de allí. Viajó sin ascos en el angosto coche, entre una negra cimbreante y espigada, que no ocultaba mucho de su anatomía, y un obeso moreno, cargado de gallinas en una cesta. Un blanco que le distinguió, en una parada del autobús, le miró con desprecio. Se diría si no sentía náuseas de viajar allí.

¿Náuseas?, pensó él, riendo para sí. Si acaso, sus compañeros de viaje, los pobres negros, serian quienes podrían sentirla de él. Si ellos supieran…

Pero, no. No podían saber. Nadie lo sabía en Kenya, o hubiera

sido internado. Ni en Inglaterra se acordarían ya. La vida de un hombre en nuestro tiempo, vale poco. Ocurren demasiadas cosas. ¿Quién iba a acordarse de Paul Garland, el sentenciado a muerte?

Daniel O'Malley miró sus manos, apoyadas en el respaldo de un asiento. Los guantes ocultaban el color azulado de su piel y el intenso añil de sus uñas. También el cuerpo, bajo la liviana tela de hilo blanco, mostraba ya placas azulinas. Cuando brotaran en el rostro, habría terminado la ficción. No podría seguir ocultando el terrible «Mbagana».

El autobús paró frente al polvoriento sendero que caminaba paralelo a la ancha, asfaltada carretera del aeropuerto. Nairobi, como toda ciudad africana, ofrecía el contraste vivo, curioso, pintoresco. El polvo y el asfalto, el animal de tracción y el lujoso coche, la belleza de sus edificios modernos y el feo tipismo de sus edificaciones indígenas. Al hombre del traje blanco le gustaba Nairobi. Acaso porque había encontrado en él un olvido, un alivio, un sedante, incluso una esperanza.

No en vivir. No en salvar la existencia ni prolongar lo que no tenía salvación. Una esperanza morbosa pero humana: la venganza, el deseo de revancha.

En las oficinas del aeropuerto le comunicaron que el avión de Londres tardaría aún un par de horas. Se metió en un local de bebidas del mismo campo de aterrizaje. Pidió un té con leche.

El avión llegó puntual. Un ave metálica, centelleando al sol del África oriental, que se posó suavemente sobre las pistas de cemento. Desde la vidriera del bar vio el hombre de traje blanco descender a los pasajeros. Les fue reconociendo fácilmente: Bruce Hayes, director de la expedición. Vera Rander, co-directora con Hayes, inmediatamente detrás, con pantalones blancos, ceñidos, blusa azul y una chaqueta también blanca. Llevaba gafas de sol muy estilizadas. Detrás, el cojear inconfundible de Waldo Rosenberg, con su bastón de Malaca, la obesidad de Douglas Webster y la arrogancia varonil del moreno y atlético Brian Lorimer. Se sorprendió, asimismo, de ver en último lugar, a Brett Edwards, el secretario de Reinhard, con un par de maletines de contenido evidentemente frágil. El grupo de los seis científicos se dirigió adonde esperaban los coches de hoteles y residencias.

El llamado «blanco taciturno» les vio pasar de largo junto a todos ellos. Un par de coches se habían detenido durante el aterrizaje, tras las verjas alambradas del campo. Leyó su rótulo: «Cuerpo Diplomático Británico». Montaron tres en cada automóvil y partieron apresuradamente hacia el centro urbano de Nairobi.

Muy despacio, salió el espía del establecimiento. Miró su reloj de pulsera. Era un cronómetro-calendario. Sabía de memoria la fecha, pero la estaba comprobando. Vera Rander había sido puntual. Justamente catorce días, desde que aquel notable falsificador apareciera con los documentos de Daniel
O'Malley
en toda regla, incluido el pasaje en avión a Lisboa, y la reserva de Lisboa a El Cairo. Un individuo curioso aquel falsificador. Según Vera Rander, su amistad databa de finales de la Guerra Mundial. Era un húngaro especializado en dotar de pasaportes falsos a los ingleses y americanos aislados en la neutralidad de Casablanca. No había olvidado sus viejas artes, si un amigo se lo pedía. Y consideraba a Vera como amiga, porque fue amigo también de su padre, el doctor Rander, enemigo integral del nacismo.

—Buenos días, señor
O'Balley
—dijo una voz junto a él.

Se volvió despacio, alerta, clavando los ojos en el hombre que hablaba. Era rubio, alto y vestido de color beige. Fumaba un cigarrillo, apoyado en la puerta del aeropuerto.

—¿Me conoce? —dijo lentamente el «blanco taciturno».

—No. Pero una común amistad me lo describió bastante bien —sonrió el otro—. La doctora Vera Rander.

Podía ser una añagaza. Esperó, silencioso, sin apartar su mirada del otro.

—Me añadió que desconfiaría usted de todos. —Buscó en su bolsillo y extrajo algo. Se lo tendió—. Lea eso, por favor.

Era la letra de Vera Rander. Había aprendido a conocerla antes de apartarse ambos, conforme a lo previsto. Y su texto, breve, dirigido a un tal Nelson Lederer, Nairobi.

«Amigo Nelson:

»O'Malley

esperará seguramente en el aeropuerto, cuando sepa de nuestra llegada. Le reconocerás por la descripción que te di de él en otra carta. Si recela de ti, muéstrale ésta. Ambos iréis a verme a "Las Armas Reales", en Mombasa Road. Será menos sospechoso que seáis dos. Yo me habré deshecho ya de mis compañeros. Mucha prudencia, Nelson. Y gracias. Tu amiga,

«*Vera*».

—Bueno —se la devolvió, estrechándole la mano—. Ahora sí, Nelson. Usted me guía.

—Vamos de aquí. Tengo un coche en la carretera. Le he vigilado estos últimos días. De no haberse enterado tan a tiempo de la llegada de Vera y los demás, le hubiese telefoneado al bar de Kwango.

—Vaya, no pierde detalle —rió Paul Garland, el «blanco taciturno»—. Siempre leo el periódico a esas horas. Pero esperaba más publicidad a la llegada de los científicos.

—Dice Vera que la muerte extraña de Reinhard ha aconsejado reducir estruendo. La policía británica vigilará a la expedición hasta que abandone Mombasa, por lo menos. No querían dejarles salir del país. Hayes y Vera han garantizado el regreso de todos dentro de un mes.

—Un mes… —Paul se estremeció. Un mes solamente. Y para entonces, él ya no viviría. Si al menos uno de los seis no regresara. Su asesino, el que infectó los espinos de las rosas… Y se quedara para siempre con él en la tierra que había de ser su tumba: África—. Nelson, ¿quién es usted, concretamente?

—Soy guía de profesión —sonrió el rubio desconocido—. Serviré de acompañante a la expedición. Y espero que también a usted.

* * *

—¿Yo en la expedición?

—Sí, Paul. —Era Vera Rander la que hablaba. Paul la encontraba más delgada y con más profundas ojeras en torno a los verdes ojos fascinadores. Estaba sentada en aquel reservado de «Las

Armas Reales», en la carretera de Nairobi a Mombasa—. Usted en la expedición.

—Mc reconocerán todos ellos, Vera. Sobre todo Hayes, Rosenberg…

—Nadie sabe que usted está en África. Se ha bronceado mucho en estas semanas. El bigote y los lentes le alteran también. Tíñase el cabello y hágase arreglar alguna cicatriz por artistas indígenas especializados en esos trabajos. Nelson le ayudará en todo. Confíe plenamente en él, Paul.

—¿Cree que con eso resolveré algo? El asesino puede identificarme, de todos modos. O cualquiera de los otros.

—Jugaremos a esa carta —sonrió ella—. No tenemos otra. ¿Sabe algún idioma?

—Francés y español.

—Magnífico. Dirá que es sudamericano. Colombiano o venezolano, por ejemplo. Se incorporará a nosotros en Tanga, como ayudante de Nelson. No tendrá contacto directo conmigo, salvo cuando Nelson se lo advierta. Él será nuestro enlace. Y también mi sanitario —sonrió, extrayendo algo del bolsillo de su blusa azul, ceñida al inquietante cuerpo turgente de mujer en plenitud—. Ahora yo le aplicaré la primera, Paul.

—La primera, ¿qué? —interrogó, asombrado, Garland.

—La primera vacuna contra el «Mbagana» —cortó con gesto rápido el brillo esperanzado de los ojos de Paul—. Sin esperanzas, amigo mío. No ha dado sino un resultado casi imperceptible en mis experimentos de estas dos semanas. No creo en ella, ni usted debe creer en milagros. Si Reinhard no lo logró, no creo que lo logre yo. Pero es lo máximo que he obtenido. Vale más luchar que esperar cruzado de brazos. Por eso lo intento. He traído conmigo diez vacunas. Se las ha de aplicar todas. Nelson irá haciéndolo con las demás. Vamos, remánguese el brazo. Va la primera.

De un tubo metálico extrajo una ampolla reducida, de contenido grisáceo, en polvo. Lo mezcló rápidamente con otra ampolla de agua destilada e inyectó en la vena de Paul.

Éste cerró los ojos al sentir entrar el líquido, impulsado por el émbolo.

—Dios mío —pidió entre dientes—. A Ti me encomiendo. Gracias por esto, Vera. Ha luchado por mí.

—Por la ciencia también, Paul —dijo ella, roncamente, retirando la jeringuilla.

—Para mí significa luchar por mi vida. No tendrá éxito, pero gracias de todos modos. Podría decirle que nunca lo olvidaré, pero no significaría nada. Dispongo de tan poco tiempo, que carece de mérito recordarlo hasta el fin.

—No se amargue más la vida, Paul. Vaya con Nelson y trate de deformarse lo más posible. Él le dará su itinerario e instrucciones. Y hasta la vista. Hasta Tanga, Paul.

—Hasta Tanga. —Le estrechó la mano con fuerza, mirándola directamente a los ojos—. Me asombra usted, Vera. Me hace sentir como un comparsa, cuando soy el protagonista de todo el drama. Su vitalidad e imaginación me aplanan.

—Mi papel toca a su fin, Paul —sonrió ella—. Desde Tanga en adelante, usted será el auténtico, el único héroe.

—Y como héroe, espero tener una muerte impresionante y heroica —rió burlona, duramente, Paul, dirigiéndose con Nelson Lederer hacia la salida del reservado.

Ella le vio salir. Después, suspiró, con la mirada fija de repente en las ampollas rotas. Apoyó su mano sobre los vidrios y cerró los ojos, como si pidiera algo imposible, en una muda plegaria.

CAPÍTULO II

DESPUES DE TANGA

Los dos «*jeeps*» avanzaban ahora por terreno llano, pelado y árido, cruzándose a veces con huidizas manadas de cebras, jirafas de extraño correr y fugaces antílopes que desaparecían en los macizos de floresta que salpicaban el llano.

Las vías férreas que unían Tanga con Mombasa y Kilimanjaro, habían quedado atrás. La expedición cruzaba el terreno llano, en busca de las zonas selváticas de Tanganika, hacia el Oeste.

En el primer «*jeep*» cubierto iban Hayes, Rosenberg, el guía Nelson Lederer y el taciturno, callado ayudante que éste tomara en Tanga, aquel moreno y colombiano llamado Oscar Martínez, cuyo pelo era de un negro azulado, lo mismo que sus cejas y bigote, y en cuyo rostro había una desagradable, lívida cicatriz, contrayendo su labio superior y llegándole al extremo del ojo. Éstos iban siempre escondidos tras las gafas negras, y las manos del colombiano, heridas en el mismo accidente que le causara la cicatriz, según refirió Nelson a sus compañeros de expedición, siempre estaban enguantadas.

Una sola vez se quitó los guantes con descuido, en una parada, horas después de dejar Tanga atrás. La doctora Rander contuvo el aliento. Y luego casi sonrió, al advertir los vendajes que cubrían sus dedos.

—¿Qué mil diablos le ocurrió a ese chico para sufrir tales heridas? —interrogó el doctor Lorimer, curiosamente, desde el volante del «*jeep*» que compartía con la doctora Rander, Brett Edwards y Douglas Webster.

—Las tribus del interior de Uganda no perdonan cuando cogen a un hombre blanco. Martínez escapó por puro milagro al fuego y a los lanzazos de los guerreros de la tribu. Pero aunque salvó la vida, no así el rostro y las manos, sino en parte.

—El resultado es francamente repulsivo —comentó Rosenberg, ceñudo—. Amigo Nelson, ha elegido usted un compañero de viaje que inspira auténticas náuseas.

—Lo siento, profesor —sonrió Nelson—. Pero Oscar conoce bien estas tierras.

Y mentalmente, pidió al cielo que no fuera preciso poner a prueba los conocimientos geográficos de Oscar en África.

—¿Dónde dejaremos los «*jeeps*», Nelson? —interrogó Hayes durante el viaje por la planicie cruzada por mil diversas especies de animales salvajes, que huían al paso de los vehículos precipitadamente.

—En Dodoma, señor —saltó vivamente Oscar Martínez, antes de que Nelson pudiera hablar—. Allí empieza la zona de vegetación espesa, habitada por varias tribus de raza Bantú, pero poco amigas del blanco. Será preciso tomar porteadores indígenas y seguir a través de la selva, abriéndose paso entre la vegetación. Son casi cien millas a través de jungla, torrentes y montañas muy difíciles de cruzar.

Hayes asintió, pensativo. Nelson miró con auténtica admiración al supuesto colombiano. No había esperado tal alarde en él. Se había estudiado bien todas las características de la región para interpretar su papel. Empezaba a sentirse más tranquilo. En los tres días que mediaran desde la llegada de la expedición a Nairobi, hasta la salida de Tanga, donde se incorporara el falso Oscar Martínez, Paul Garland había dado a su apariencia un aspecto nuevo y desconcertante. Y parecía saber de África tanto como el propio Nelson.

De momento, nadie sospechaba. Lo que pudiese durar esa suerte, no lo sabía el guía.

Ni la doctora Rander, que, ocultando su nerviosismo, viajaba en el «*jeep*» posterior.

—¡Cuidado! —voceó de pronto alguien en el «*jeep*»—. ¡Miren aquel rinoceronte!

Nelson volvió la cabeza hacia el punto señalado. Era cierto. Un

temible animal de doble cornamenta entre los estrechos ojos y durísima piel sobre el corpachón, no demasiado grande pero sí sólido y duro como una roca, les miraba malévolamente desde el borde de la senda marcada en la tierra árida y amarilla por las ruedas de otros miles de «*jeeps*».

—No hagan nada. Pasemos de largo —dijo Nelson Lederer, suavemente—. No creo que nos ataque si no le provocamos nosotros.

El «*jeep*» redujo algo su marcha y el ruido de su motor para no alarmar al mamífero. Escarbó éste en la tierra, inquieto. Detrás, el segundo «*jeep*» también redujo la velocidad. Evidentemente, la doctora debió de dar órdenes similares.

Pasaban ya tan cerca del rinoceronte, que podían verle con toda claridad la coraza de su epidermis, el temblor de sus carnes potentes y duras, el brillo maligno de los ojillos, a los lados del afilado, temible cuerno central.

Los cuatro hombres, sudorosos pero manteniéndose quietos en sus asientos, siguieron con la mirada los movimientos del animal.

Éste, de pronto, hizo un gesto, un movimiento brusco. El doctor Rosenberg perdió la serenidad por completo. Lanzó un chillido de terror, aferró su rifle y disparó sobre el animal.

—¡No haga eso! —aulló Nelson, arrancándole de un manotazo el arma de las manos.

El rinoceronte había sido ligeramente rozado por el balazo, sin resultar herido. Rugió, enfurecido, clavó la aviesa mirada en el «*jeep*» y se lanzó a la carrera sobre él, en diagonal para cortar astutamente su carrera. El suelo tembló bajo sus patas.

—¿Estás loco, Rosenberg? —le reprochó Hayes, muy pálido—. ¡Puede volcamos y matarnos a todos! ¡Le ha enfurecido y es capaz de todo!

—Yo perdí la serenidad —gimoteó el cojo de lentes negros, tragando saliva.

—Pues consérvela durante el resto del viaje, si quiere vivir y que vivan los demás —dijo Oscar.

Tomó su propio rifle. Las manos enguantadas alzaron el arma fríamente.

Nelson respiró hondo. Iba a gritar a Oscar que no hiciera eso. Pero hubiese sido un error, porque ello revelaría a todos que el

colombiano no era buen conocedor de África. Apretó los dientes, pidiendo que no cometiera ahora Paul una barbaridad.

El colombiano se echó el rifle a la cara. Esperó el viraje chirriante del «*jeep*» sobre la tierra calcinada. Y entonces, cuando el rinoceronte se situó frente a ellos, disparó.

Fue un solo balazo. Una seca detonación que sacudió los nervios de todos y casi hizo brincar al vehículo. Pero el rinoceronte se detuvo en seco, con un mugido extraño, agónico. Se tiñó de rojo su ojo derecho, chorreando un líquido escarlata, denso y brillante.

¡La bala había penetrado justamente por su ojo! Osciló, ya parado. Luego, inclinó la cabeza, hincando rabiosamente el cuerno en tierra. Otro mugido largo y ululante, acompañó a su caída de costado.

—Cielos, Oscar. —Nelson Lederer le miró con franco estupor—. ¡Qué gran disparo!

—Sí, amigo. —Era Hayes quien hablaba, admirado—. Jamás vi disparo más soberbio.

Paul Garland sonrió bajo su apariencia. Podía haberles dicho que fue durante muchos años campeón de tiro en su club, en la Universidad, en muchos centros deportivos. Pero no podía decir eso. Por el contrario, se encogió de hombros, con otra excusa:

—No es la primera vez que mi vida depende de un tiro afortunado, señor. Tampoco es la primera fiera de esa especie que cae bajo mis balas. Pero en lo sucesivo, señor —y señaló duramente a Rosenberg, que aún temblaba, sudoroso —procure mantenerse sereno o nos ocasionará nuevos disgustos.

Rosenberg asintió, cohibido. El francés que utilizaba Paul era bueno y lo comprendían perfectamente Hayes y Rosenberg. En cambio, con Nelson hablaba en español. Lo que procuraba no utilizar era el inglés. Alegaba conocer sólo frases sueltas. Su voz, así, se disfrazaba mucho mejor.

Después del incidente con el rinoceronte, no sucedió nada más de particular. A las orillas de un arroyuelo seco y sombreados por árboles de curiosa copa plana, poco poblada y flotante en el aire como una extraña nube de hojas y ramas, acamparon para pasar la noche.

—Oscar, no se olvide de que esta noche le toca vacuna —avisó Nelson en un susurro, en puro español, al oído de su ayudante—.

Cuando todos duerman y yo haga la primera guardia…

Asintió Paul. No les había escuchado nadie. Ayudó a instalar las dos únicas tiendas de campaña que llevaban. Pronto, en el centro del claro, ardía una fogata donde Nelson, auxiliado por Oscar Martínez y por la propia doctora Rander, comenzó a preparar la cena.

Mientras trabajaba junto al fuego, los ojos agudos de Paul, tras los lentes, no perdían de vista a los demás. Rosenberg, con su cojera, pálido aún, tal vez por el miedo pasado ante el rinoceronte, daba vueltas nerviosas en torno a los «*jeeps*» y las tiendas. Más allá, Hayes y Webster discutían, ante un mapa extendido sobre la tierra, detalles de su expedición al interior de Tanganika y Uganda. Lorimer rondaba como un moscón a la hermosa Vera y ésta le sonreía, con palabras triviales. Sin saber por qué, Paul sintió de repente una profunda irritación contra Lorimer. El joven y guapo profesor siempre andaba asediando a Vera Rander, convencido de su atractivo. Le hubiera aplastado de buen grado la nariz.

Edwards, el secretario del difunto Reinhard, limpiaba cuidadosamente su rifle y el revólver que había extraído de la pistolera. Parecía distante, ajeno a todo aquello, como si la muerte de su jefe le hubiera hecho desplazarse de toda inquietud científica. Se preguntó Paul para qué vendría en la expedición.

¿Sería posible? ¿Alguno de aquellos hombres pudo robar el virus de la enfermedad en el museo de Reinhard? ¿Inyectó aire en las venas del profesor, mojó los tallos de las rosas con virus del «Mbagana», precisamente uno de aquellos hombres que tenía ahora ante sus ojos?

Tenía que hacerlo, averiguar la verdad antes de que su plazo terminara. Ya había advertido coloración azulada en su globo ocular, mientras esperaba en Nairobi a los expedicionarios. Implacable, la dolencia mortífera avanzaba, minando su organismo.

Ya apenas si quedaban diez o doce días, suponiendo que pudiera resistir el máximo señalado por la ciencia a los enfermos de «Mbagana». Una semana y un poco más, y aún no sabía nada. Absolutamente nada. Ni quién, ni por qué, nada de nada. Solamente que moría. Lenta pero progresivamente. Moría sin remisión.

—La cena está lista —anunció Nelson, con voz alegre, golpeando una cacerola.

La cena. Una cena más. ¿Cuántas aún?, pensó Paul, con un suspiro amargo. Pocas, muy pocas. Era como esperar en la celda de la muerte la hora de la ejecución. Sólo que aquí la última cena podía ser cualquiera. Esta noche, mañana, pasado…

Ya le era igual morir. Habíase familiarizado con la vecindad escalofriante de la muerte.

Pero no quería que su manto de noche eterna le envolviese hasta no saber…

Se encaminó hacia la fogata. En la distancia, reía una hiena. Acaso allí mismo, también reía alguien pensando en la agonía de Paul Garland y en la muerte de Otto Reinhard.

Alguien, sí… Pero ¿quién?

* * *

Paul se incorporó. Echó la manta a un lado suave, silenciosamente. Sobre él, las estrellas parecían diamantes sobre un tapiz azul prodigioso, sirviendo de techo al Continente Negro y a su fabuloso mundo de inquietudes y zozobras, de bellezas y horrores eternos.

Avanzó con cautela, sin despertar a los demás, hasta el punto cercano a los «*jeeps*», donde Nelson montaba la guardia. Ya le esperaba el guía. Con el rifle entre las piernas, y la jeringuilla en sus dedos. Paul se subió la camisa sin despegar los labios.

La aguja penetró. La segunda vacuna de la doctora Rander se mezcló con su sangre. Era inútil, lo sabía. Como lo sabía ella, como lo sabía Nelson. Pero había que luchar, habla que intentarlo todo. Absolutamente todo, aun sin esperanzas.

—Pasado mañana la cuarta —susurró Nelson—. ¿Se aplicó usted la tercera en Nairobi?

—Me la apliqué en Tanga, esperándoles —rió él, abotonando el puño de la camisa—. No sé por qué lo hice, ni sé por qué me dejo ahora poner otra más. Todo es en vano, Nelson. Y usted lo sabe bien.

—Yo no sé nada —suspiró Nelson—. Nadie sabe nada. Estamos en manos de Él.

Señalaba hacia el cielo estrellado, a la asombrosa grandiosidad de la noche cuajada de luces lejanas sobre el suelo de África. Paul

se estremeció. Sí, en lugares así, uno se sentía más cerca de Él, más en sus manos, esperando lo imposible, tal vez.

De repente, se volvió con premura. Un roce sigiloso, tras los «*jeeps*», había llegado a sus oídos. Al parecer, también a los de Nelson, porque éste alzó su rifle hacia las sombras.

Paul se lanzó hacia las tinieblas del exterior del campamento, revólver en mano.

—¡Cuidado! —musitó el guía—. ¡No se arriesgue tontamente!

Paul no le hizo caso. Con el arma amartillada, oteó las densas sombras. Estaba seguro de haber percibido el roce. Ahora, el haz de luz de una linterna de Nelson barrió las zonas oscuras. No reveló forma alguna.

Pero en otro lugar del campamento, hubo un roce tenue de nuevo. Algo así como el agitar de una manta, el movimiento sinuoso de un cuerpo en tierra. Paul dio media vuelta, lanzándose a la carrera, sobre sus pies descalzos, hacia el campamento.

Las brasas de la fogata le mostraron todo en absoluta quietud. Tiendas de campaña apagadas, cuerpos inertes bajo las mantas. Pero Paul no creía en alucinaciones. Avanzó despacio, sin quitar sus ojos ni su revólver de los bultos tendidos en tierra. Uno de ellos no dormía, estaba seguro de ello. Uno acababa de levantarse y regresar a su lecho. Allí o en las tiendas, que ocupaban respectivamente la doctora Rander y el profesor Hayes, éste con Rosenberg.

Uno de los durmientes fingía el sueño apacible y profundo. Estaba despierto, bien despierto. Pero ¿cuál de ellos? No era posible descubrirlo, ni aun despertando a todos.

Y si alguien se había levantado y acechado su charla con Nelson, ese alguien sabía ya que le inyectaban algo en la vena. Si era el ladrón del virus, lo demás le resultaría fácil de imaginar. Estaría descubierto ante su enemigo mortal.

—Vaya a dormir, Oscar. —El guía seguía llamándole siempre por su nombre, y utilizando el español para entenderse. Era un hombre que no olvidaba detalle—. No resolverá nada revolviendo el campamento. Si alguien nos ha espiado esta noche, descubriremos quién es. A la corta o a la larga, se delatará él mismo.

—Pues que sea a la corta, amigo mío —sonrió irónicamente Paul —. O no llegaré a tiempo de conocerle.

Ante el sombrío silencio de Nelson, volvió a su manta, se

arrebujó en ella y trató de dormir. No lo logró hasta muy tarde. Pero la quietud más absoluta siguió reinando en el campamento. El espía nocturno no se delató, ni mucho menos.

* * *

El paisaje comenzaba a cambiar. Ya el terreno no era pelado y llano, sino formando hondonadas y lomas verdeantes. Los pájaros trinaban, formando una sinfonía prodigiosa, y en los lagos y charcas se bañaban, apaciblemente, miles de zancudos, o docenas de adiposos y pesados rinocerontes.

De unas ramas a otras, se descolgaban pequeños chimpancés de estridentes gritos, y curioso rostro bordeado de pelambrera blanca. Miraban con estupor y recelo a los invasores de su eterna paz. Y huía en bandadas a su paso.

—Es una tierra única —dijo con un suspiro Vera Rander—. El peligro y la belleza, cogidos de la mano, parecen haberse quedado para siempre en África.

—Ésa es una imagen poética, impropia de una doctora —rió con petulancia Brian Lorimer, que avanzaba junto a ella. Se enjugó el sudor, bajo el «salacot», y añadió—: Nosotros no hemos venido a cazar leones ni a filmar una película, Vera. Somos científicos. Buscamos enfermedades y medicinas vegetales. Tratamos de evitar males a la Humanidad. Hermoso, pero prosaico y frío. ¿Por qué eligió usted esta carrera, amiga mía? Paul escuchaba atentamente. Iba delante, a poca distancia de Nelson, que abría camino. Y justamente tras él caminaba la pareja. Hayes, lo hacía algo más lejos, mientras Brett Edwards conducía un «*jeep*» y el profesor Webster otro. El único que viajaba en uno de los coches, era el lisiado profesor Rosenberg. Todos preferían caminar a pie por tan accidentado terreno, privando de peso a los coches, muy cargados de utensilios.

—Me gusta laborar por los demás —estaba respondiendo con extraña entonación en la voz Vera Rander—. Mientras esté en mi mano, lucharé denodadamente por salvar una vida humana. Y si el mal es incurable, trataré por todos los medios de que no lo sea. No desfalleceré hasta que sea realmente imposible, y el paciente ya no exista.

Paul sintió una extraña emociónˆ una acongojada gratitud hacia ella. Estaba casi seguro de que lo decía concretamente por él, de que de esa manera indirecta le dirigía su mensaje, su aliento, su palabra…

Fingió volverse para ver si los «*jeeps*» iban por buen camino. Vagamente, sus ojos sonrieron a Vera. Y de repente, las pupilas se helaron, quedóse petrificado, con la mirada fija en la muchacha. Despacio, habló en inglés perfecto:

—¡Cuidado! ¡No se muevan! ¡No alcen la cabeza ni miren a ningún sitio! ¡Quietos! Lorimer y ella se quedaron rígidos, asombrados. Paul siguió las evoluciones sinuosas, susurrantes, del largo cuerpo escamoso sobre la rama que caía encima de las cabezas de los dos jóvenes. Negra, larga y deslizante, la terrible pitón avanzaba sobre sus presas, ya silbaba, haciendo latiguear su lengua doble en el aire, maligna y feroz.

Raudo, el brazo derecho de Paul entró en acción. Desenfundó su revólver en décimas de segundo. Lo alzó, amartilló y disparó en un segundo escasamente.

El ofidio, con un coletazo impresionante, saltó del ramaje, colgó inerte, con la cabeza destrozada de un balazo. Vera Rander, entonces, vio el peligro. Gritó, asustada, y Lorimer, muy pálido, extendió los brazos, tratando de acogerla en ellos.

Pero ella hizo algo inesperado, que dejó petrificado al profesor y al propio Paul. Lanzóse hacia el supuesto Oscar Martínez, trémula, estremecida, dispuesta a cubrirse con sus brazos.

A tiempo, y con un fuerte control sobre sus nervios, Paul la atajó en seco, utilizando ahora el inglés:

—Señora, serénese. Y no tiene que darme las gracias. En una expedición, todos hemos de protegernos mutuamente. Vuelva a su puesto. El peligro ha pasado.

Dio media vuelta, glacial, y ella se quedó clavada en tierra, con los brazos a punto de extender. Respiró hondo, advirtiendo su error. Miró a Lorimer, que la estudiaba ceñudo, perplejo. Evitando mirar el cadáver de la serpiente, que ahora rodeaban con excitada curiosidad Hayes, Webster y Rosenberg, comentó en son de disculpa:

—Dios mío… Acabaré por besar a cualquiera, si paso por un riesgo así y me salvan la vida, Brian.

—Es justo —dijo con extraño acento el joven científico, mirando a Garland, que se alejaba ya, junto a Nelson—. Si usted vela por los demás, que los demás velen por usted.

Ella le miró de soslayo, intrigada. Pero Lorimer ya caminaba, sin decir más.

Únicamente Brett Edwards, el antiguo secretario de Reinhard, había permanecido en su «*jeep*», indiferente al suceso del reptil. Sus ojos no se apartaban del guía colombiano, con una luz extraña e inescrutable. Cuando reanudó la marcha, sonreía burlonamente.

—Ha cometido un error, Oscar —susurró Nelson, mientras caminaban—. Ha hablado en un inglés digno de Oxford, al dirigirse a Vera Rander.

—Lo sé —asintió él—. La excitación del peligro me hizo olvidar…

—Sí, claro, es muy natural. Esperemos que no se hayan dado cuenta de nada. Y qué demonio, amigo mío. Acabaré por creer que es usted Oscar Martínez, el guía de verdad.

¡Qué disparo y qué serenidad! ¿Ha estado alguna vez en África?

—Nunca —sonrió Paul—. Es el primero y el último viaje.

CAPÍTULO III

«TIERRA DEL "MBAGANA"»

Ya era otra ruta. Otro suelo. Otros peligros y otros horizontes.

De Dodoma salieron al amanecer. El sol se alzaba en el cielo muy lentamente, cuando ya la importante población dotada de ferrocarril —la vía férrea que partiendo de Dar-es-Salaam, capital de Tanganika, llegaba a Kigoma y Mwanza, después de pasar los nudos de Dodoma y Tabora— quedaba atrás, en la distancia. Durmiendo apaciblemente su conglomerado de edificios blancos y de edificaciones indígenas, entre las Florestas insondables de las junglas africanas más densas y peligrosas.

Dejaron las vías del ferrocarril muy atrás, en su ruta hacia el Lago Victoria, hacia las tierras fronterizas con Uganda.

Los agentes de la policía indígena en Dodoma advirtieron a Nelson, Hayes y Vera Rander, antes de permitirles la salida, acompañados de cinco porteadores negros:

—Tengan mucho cuidado. Los «Swahili-Buala» andan metidos en guerra con los Bantú Pacíficos. Los blancos son amigos de los Bantú normalmente. Eso quiere decir que si les descubren en su territorio, los «Swahili-Buala» les atacarán.

El aviso no resultaba muy tranquilizador. Paul pensó en la preocupación que tal advertencia hubiera significado para él, en circunstancias normales. Ahora no temía a los negros levantiscos. Ni a nadie. ¿Qué daño mayor podría sufrir él, que el que llevaba consigo?

Los días se reducían alarmantemente. Ya apenas si quedaban diez. Se había puesto la cuarta vacuna. A veces descubría la mirada

verde, profunda, de Vera Rander, fija en él. Al verse sorprendida, la apartaba vivamente.

Caminaban en fila india. Él, Nelson, Hayes y Vera a la cabeza. Los porteadores cerrando la marcha. La cojera de Rosenberg era un serio hándicap, que mermaba la velocidad de la expedición, aunque el sabio nunca se quejaba ni se detenía.

Pronto la vegetación se hizo densa, de un verde lujurioso y exuberante, que parecía invadirlo todo, en una gama de tonalidades fabulosas, increíbles. Hierbas altísimas, ramajes, arbustos y copas de árboles que se enlazaban sobre sus cabezas, llegando a formar una penumbra total, ocultando la luz del día y el azul del cielo, sólo visible en pequeños jirones. Lianas entrelazadas, que hacían imposible el avance, a no ser utilizando los machetes y cuchillos con eficaces, rotundos tajos.

Todo ello en medio de una sinfonía inaudita de trinos, gorjeos, chillidos lejanos, estridencias y susurros, una vida latente en cada rincón, en cada palmo de aquel asombroso terreno que era la selva africana.

Iba a tener por lo menos una hermosa tumba, pensó Paul, mientras se abría paso por aquel delirante verde.

Valía la pena morir, llevándose en las retinas tanto prodigio.

Su fuerte brazo hendía las lianas con machetazos secos y tajantes. El camino, difícil y angosto, se abría entre la vegetación. Nelson era el guía firme, certero, infalible.

Así, jornada a jornada, se iban aproximando a las márgenes del gran Lago Victoria, en la frontera con Uganda. A la zona diamantífera saturada de peligros, de enfermedades, insectos malignos, animales feroces y tribus salvajes, a la tierra enigmática del «Mbagana».

* * *

Comenzaron a oírse los tambores cuando en la distancia se descubrieron los centelleos azules del Lago Victoria, en un claro de la densa jungla.

Todavía distaba mucho, aunque el propio sol caliginoso y un efecto de espejismo, parecieran situar el lago a su alcance inmediato. El telégrafo de la selva sonaba, monótono, en la

distancia. Parecía hallar ecos dentro de la jungla. Y repetirse aquí, allá, delante, detrás…

—¡Oh, Dios, esos malditos tambores! —aulló frenético Webster, cubriéndose los oídos—. Acabarán por volverme loco. ¿Es que esos endemoniados negros nunca callan?

¿Nunca dejan en paz sus instrumentos?

—Cuando tienen algo que decirse, no —declaró sombríamente Nelson Lederer, parándose.

—Nelson, usted conoce el lenguaje de los negros de estas regiones y de sus tambores —dijo con voz ronca Hayes—. ¿Qué están diciendo ahora?

Nelson le hizo un gesto, indicándole silencio. Escuchaba. Paul parecía escuchar también, pero ahí terminaba su condición de actor. No entendía nada, aunque lo ocultaba bien.

—Son los «Swahili-Buala» —informó Nelson, con lentitud—. Emplean el lenguaje congolés, con algunas variaciones del «swahili-bantú».

—¡Sí, sí! —chilló Webster—. Pero ¿qué dicen?

—¿Oyen esos sonidos? Se repite el mismo mensaje otra vez. —Nelson fue desgranando los golpes de tambor—. Sonido fuerte, débil, fuerte, débil y fuerte… Significa: «Bana balume». «Salgan los hombres». Y siguen: Fuerte, fuerte, tres débiles… «Buala bua mvita». «A matar al enemigo». Otro sonido débil, dos fuertes, dos débiles, tres fuertes, uno débil, otro fuerte, otro débil… «Mulala hanji kabula ditoñe». «Al hombre blanco»…

—Cielos. —Vera Rander apretó los labios, empuñando con fuerza su rifle—. Van a atacarnos.

—Sí —asintió Nelson—. Van a atacarnos. Pero no sabemos cuándo, dónde ni de qué forma. Vayan todos alerta, vigilen la espesura, avisen a los demás en cuanto adviertan algo sospechoso. Pero no se dejen dominar por los nervios. En marcha todos.

Siguieron adelante, siempre sobre el fondo monorrítmico y alucinante de los lejanos tambores selváticos. Manadas de monos grises, de cómica faz, cuyos ojos parecían enmascarados por negros antifaces de blancos mechones, saltaban de rama en rama, como huyendo del peligro latente, que podía estallar en cualquier momento.

Brett Edwards lanzó un grito, casi al final de la fila. Todos se

volvieron, sobresaltados. Pero no ocurría nada. El ex secretario de Reinhard había resbalado en una zanja disimulada bajo los arbustos, y caído sobre un matorral. Se incorporó, ayudado por Lorimer, y un asustadísimo porteador negro de redondos ojos, con él solo daño de un brazo desollado y ligeramente sangrante por el golpe sobre los matojos.

—No es nada —declaró, levemente tembloroso, pero dueño de sí —. Perdonen todos.

Continuaron adelante. La marcha era más lenta, porque Hayes y Rosenberg conocían la existencia de diversas plantas medicinales en aquellas latitudes, e iban recogiendo muestras para su estudio.

Anocheció, mientras los tambores continuaban su infernal, siniestro golleteo en la distancia. No ocurría nada. Acamparon en un claro de la selva, cercado de árboles, y se montó una guardia a base de dos hombres, en vez de uno solo, como hasta entonces.

—Estamos a poca distancia de los campos diamantíferos de la «British Council of Diamonds Society» —explicó Bruce Hayes, secamente—. No creo que aquí nos ataquen. Pero en nuestra ruta no figuran las minas de diamantes. Cuando las dejemos atrás, los negros «swahili» nos pueden atacar en cualquier momento.

—Esas minas de diamantes, ¿son del Gobierno británico? —preguntó en voz baja Paul a Nelson.

—No exactamente. Bajo el protectorado británico, se extraen las piedras, que controla el Gobierno de Tanganika, y administra un Consorcio Africano de Minería y Piedras Preciosas. Esos diamantes se regulan con extrema rigidez, para evitar inflaciones en los mercados mundiales. Todo muy complejo, amigo mío.

—Sí, eso veo… —suspiró, repasando sus armas—. Los porteadores están asestados hoy.

—Esos tambores han sido la causa. Ellos saben lo que dicen, no se les puede engañar. Hubo un silencio. Por último, preguntó Nelson, mirándole fijamente:

—¿Algún descubrimiento? ¿Alguna sospecha ya… sobre alguien?

—No. Es desesperante. Nadie se delata todavía. Y el plazo se agota…

Nelson asintió con la cabera, sin responder. Paul Garland se alejó hacia otro punto del campamento. Bruscamente, apareció ante

él Brett Edwards. Salió de detrás de unos matorrales, sobresaltándole. La mano de Paul se aferró al revólver, fija la mirada en el otro. Edward, después de mirar al campamento con cautela, habló, rápido:

—Oscar, tengo que hablar con usted. Es muy urgente.

—Bien. Hable —observó que empleaba el francés al dirigirse a él.

—No ahora. Ni aquí. ¿Qué guardia hace usted?

—La tercera. Con usted precisamente, si no cambian los turnos.

—Entonces hablaremos —y se alejó con vivo paso, sin añadir más.

Paul, ceñudo, le vio alejarse. ¿Qué mosca le había picado a Edwards? El misterioso secretario de Reinhard ocultaba algo. ¿Qué sería?

Encogiéndose de hombros, se encaminó hacia el campamento. Nadie parecía haber observado su charla con Edwards. Ni siquiera Vera Rander, muy ocupada con las hierbas recogidas por Hayes, junto a éste y Rosenberg, en científico conciliábulo, junto a la única tienda de campaña que habían alzado en el claro.

* * *

Edwards estaba con el rifle entre las piernas, encendiendo un cigarrillo junto a la fogata. Sin duda hacía tiempo, esperando a que se durmieran Lorimer y Nelson, a los que acababan de relevar.

Paul Garland, bajo su personalidad de Oscar Martínez, se alejó dando un paseo, en torno al campamento. Oh serró que Edwards le miraba y hacía un guiño. Inclinó la cabeza, asintiendo. Por señas, Edwards indicó que le esperaba allí.

Paul fue rodeando el campamento, escrutando las tinieblas, más allá del muro verde de la hojarasca y la vegetación; abrumadoramente densa e impenetrable. Experimentaba la rara sensación de que era observado, vigilado por ojos ocultos en la negrura selvática. Los gritos chirriantes de algunos animales nocturnos excitaban los nervios y hacían malas pasadas a la imaginación.

Le preocupaba también Edwards. Su actitud era sospechosa, como siempre. ¿Le habría reconocido y por eso quería hablarle? Se

resolvió. Volvería al campamento, a hablar con él… Cuanto antes, mejor.

No parecía haber novedad en torno. Inició el regreso, pensativo, con la vista fija en el suelo.

Entonces, bruscamente, experimentó con mayor intensidad que nunca la sensación de que era observado, de que unos ojos estaban clavados en él. Alzó la cabeza, tenso. La hojarasca, cerca de él, susurró. Algo rozó el suelo, acaso unos pies descalzos…

Rápido, alzó su rifle, apuntando a las sombras, donde había creído ver, durante un fugaz segundo, el brillo oscuro de unos ojos ardientes, malignos y crueles.

—¡Alto! —masculló—. ¡Alto o disparo!

No respondió nadie. Había cesado todo rumor y todo roce. Acaso fue el aire, si paso de un animal de los millones que pululaban por doquier. Pero el ambiente trajo de pronto un olor peculiar, conocido: *el olor intenso a carne negra, sudorosa…*

Rápido, accionó el cerrojo del rifle y avanzó hacia las sombras. No sentía miedo. Era el valor temerario del que no da valor alguno a la vida. La suya, valía bien poco.

Pero tampoco descubrió nada. Irritado, consciente de que alguien de raza negra había pasado cerca de él, perdiéndose en la espesura, juzgó más conveniente volver al campamento, informar a Nelson de sus temores y extremar las precauciones…

Cruzó rápidamente la franja de arbustos hasta el claro del campamento. Penetró en su centro… y lanzó una interjección ronca, ante lo que veían sus ojos.

¡Brett Edwards yacía de bruces junto al fuego!

Corrió hacia él, se agachó junto al caído. Estaba muerto. Muerto de una cuchillada mortal en la espalda. El arma clavada aún entre sus omoplatos, asomaba su mango de madera tallada a mano, tosca y pintarrajeada… ¡el cuchillo de un indígena!

Alzó el rifle, disparando al aire. El disparo conmovió a iodo el campamento. Saltaron todos de sus puntos de reposo, arma en mano. Hayes, Rosenberg, Lorimer, Webster, Vera, Nelson, los aterrorizados porteadores negros… No faltaba ninguno.

—¡Dios mío, han matado a Edwards! —gritó Vera, angustiada.

—¡Todos a parapetarse! —aulló Hayes, dueño de sí, revuelta su leonina cabellera blanca—. ¡Debemos de estar rodeados! Oscar,

¿qué es lo que ha sucedido?



Lo contó Paul en francés, agitadamente. Los ojos de todos se centraban en él. Y mientras hablaba, Paul se sorprendía de algo: lo oportuno de la muerte de Edwards… que había impedido que hablase con él.

Un negro pasó cerca de donde él estaba, sí. El arma parecía de un nativo… pero ¿fue un nativo el asesino de Edwards? Cualquiera podía utilizar el arma, aunque siguiera siendo un misterio la presencia de aquel negro evaporado en la jungla, cerca del lugar.

De pronto, dos revelaciones dramáticas cayeron sobre el lugar en sucesión rápida, acabando de complicar las cosas hasta un punto inconcebible.

La primera, corrió a cargo de Douglas Webster, y sonó a

absurda:

—¿Saben una cosa? No podía dormir. Tomé demasiado café, y me costaba conciliar esta noche el sueño. Empecé a dormirme justamente cuando Martínez y Edwards relevaron a Nelson y Lorimer. Entonces, poco después, y ya con los ojos medio cerrados, creí ver que aparecía a la luz de la fogata un hombre extraño. Delgado y con el cráneo completamente pelado. Algo horrible… Me froté los ojos, tratando de comprobarlo sin lugar a dudas, y cuando miré ya no estaba. Socamente los que yacían dormidos en tierra, todos ustedes. De haber sido real, solamente metiéndose bajo las mantas de uno de ustedes pudo ocultarse.

Se miraron todos entre sí. Webster no era un fantasioso, pero esta vez debía de haber soñado despierto. Hayes soltó una risotada burlona.

—Mi querido Doug, en la selva ocurren cosas raras, pero no tanto…

Y entonces llegó la segunda revelación. Procedía de Vera Rander, inclinada junto al cadáver de Edwards. Y su voz sonó cuajada de horror, trémula:

—¡Miren, miren aquí todos! ¡Brett Edwards *tenía las uñas azules*!

Todos los rostros, contraídos, se volvieron hacia el muerto. La luz de la fogata reveló la tremenda verdad. Paul debió palidecer intensamente bajo su tez bronceada.

—Dios mío —susurró Lorimer—. «Mbagana»… Hubiera muerto igual, aun sin ese cuchillo en la espalda…

Nadie le llevó la contraria porque todos sabían que eso era cierto.

El silencio que aleteó sobre el campamento, fue como un presagio siniestro, mortal…

* * *

Al amanecer, y después de enterrar a Brett Edwards en la jungla, la expedición siguió adelante, sin que el dramático silencio que reinaba entre sus miembros se quebrase. Nelson ordenó vigilar a los porteadores negros, o éstos huirían al primer descuido.

—Están asustados —dijo el guía, refiriéndose a los negros.

—¿Solamente ellos? —ironizó Hayes, peinándose con dedos

nerviosos su blanco pelo.

Los tambores habían cesado. Pero antes del mediodía, volvieron a sonar. Ahora eran distintos sonidos. Nelson tradujo:

—*Kasanga isiku kasanga tsiku, kay muntu ashale*… «Reuníos todos, reuníos y que nadie se quede en casa»… — suspiró el guía. —Tal vez tengamos tiempo de llegar a los «rápidos» y eludir el ataque…

—¿Los «rápidos»? —preguntó roncamente Lorimer.

—Sí. Las corrientes que llevan al Lago. Son el camino más peligroso, pero también el más veloz. Hay trechos de vertiginosa corriente, y saurios a miles en las orillas, esperando la caída de cualquiera al agua. Pero vale más intentar eso que esperar a que los «Swahili» nos acribillen con sus lanzas envenenadas.

—No sé qué será peor —gruñó sordamente Rosenberg, cojeando con mayor fuerza.

—Hay un poblado «Bantú» a la orilla de los «rápidos» —dijo Nelson—. Espero que nos ayuden con alguna balsa o canoa. Si no, estamos perdidos.

No se detuvieran siquiera para almorzar, comiendo en plena marcha frugalmente. El cansancio les abatía. Pero seguían adelante, resueltos a intentar la salvación.

—De no mediar esa estúpida guerra entre tribus, hubiera podido estudiar el «Mbagana» —se lamentó Hayes—. Edwards sin duda se contaminó al caer en aquellos ramajes. ¿Recuerdan que se rozó, causándose heridas? No es corriente que se inocule la enfermedad por directo contacto con la piel o la sangre, cuando el virus está en la planta, pero tal vez fuera así…

Paul no decía nada. Simplemente escuchaba. Estaba seguro de que algo estaba ocurriendo en la expedición. De que alguien empezaba a estar asustado… Pero ¿quién?

Le sorprendió ver aproximarse a Vera Rander, ya avanzado el día y con el sol muy alto sobre la espesura de la jungla. La doctora le preguntó, con aparente indiferencia:

—Oscar, ¿podría decirme si este apunte en español es correcto?

Le mostraba un cuaderno de tapas de hule. En una página había escrito en español aceptable: «Lo recogí de la mano de Edwards, cuando estaba muerto». Y al otro lado, sujeto por sus dedos al cuaderno de notas, un recorte de periódico con una noticia absurda,

en pequeñas letras, y también pequeño titular: «Local clausurado en una localidad inglesa, por expender cerveza en malas condiciones. La cerveza de una taberna en Leighton-on-Lea, causa de varias intoxicaciones…».

—Está muy bien escrito, señora —dijo, respetuoso. Y la miró, dominando su asombro.

Vera regresó a su lugar en la expedición. Paul trató de pensar. La cerveza, pues, estaba en malas condiciones… Carecía de sentido, porque lo que él tenía era «Mbagana», sin lugar a dudas. La cerveza no importaba ya. Pero ¿por qué Edwards tenía ese recorte de periódico en una mano, cuando fue muerto por la espalda en el campamento?

Otro misterio más, a los muchos acumulados. Su mente era fría y analítica. Pero los acontecimientos la superaban y parecían oxidar sus engranajes.

Aún estaba pensando en ello, tratando de ordenar los hechos, cuando Nelson avisó:

—¡Ahí lo tenemos ya! El poblado Bantú… y las orillas de los «rápidos»…

El pueblo, un típico hacinamiento de edificaciones toscas, levantadas por los nativos con cañas, barro y maderas, se agrupaba al borde de una estrecha pero tumultuosa corriente de agua La ribera formaba declive en descenso hacia el río, precisamente a todo lo ancho del poblado.

Ni un solo Bantú, hombre, mujer o niño, asomó ante sus ojos. Nelson frunció el ceño.

—Es raro —dijo—. Parece desierto todo… Abandonado por su gente.

—Tomen precauciones —avisó Oscar, el falso Oscar Martínez, a los demás. Movió el cerrojo de su rifle. En el aire quieto, silencioso, del poblado, solamente se oían los tambores, no ya tan lejanos—. Preparen las armas y agucen los sentidos.

Los rifles se mantuvieron en ristre a partir de ahí, y mientras avanzaban hacia el poblado negro. Los porteadores, temblando como hojas al viento, se iban rezagando, a pesar de las advertencias autoritarias de Hayes y de Nelson.

Entraron en el poblado. Las calles y plazas aparecían desiertas también. Los edificios silenciosos. Objetos y utensilios diversos,

hechos con toscos productos de la selva, yacían abandonados.

—Han huido —susurró Hayes, inquieto, oteando todos los rincones con ojos sagaces—. Algo les asustó…

—Pero las embarcaciones las han dejado —señaló Nelson hacia la orilla, donde se alineaban diez o doce canoas de árbol ahuecado —. No creo que tomen a mal que nos llevemos un par de ellas. Serán suficientes para todos…

Estaban llegando ya a la orilla. Atrás, quedaba el poblado, el límite de la selva más allá…

Y, de pronto, la selva entera pareció estallar en un griterío espeluznante, cuando algo silbó lúgubremente en el aire. Terminó con un golpe seco, y Waldo Rosenberg, el cojo y vacilante Rosenberg, se detuvo, con un chillido horrible. Abrióse de brazos, como crucificado, y se abatió de bruces sobre la tierra de la orilla. Una larga lanza asomaba por su espalda, vibrando aún.

Los porteadores negros, con gritos de terror, soltaron los bultos y echaron a correr en desorden. La selva comenzó a vomitar cuerpos negros, lustrosos, rematados por llamativos penachos blancos o rojos, que lanzaban sus armas arrojadizas sobre la orilla, en medio de una escalofriante cacofonía de voces y aullidos.

—¡Los «Swahili-Buala»! —aulló Nelson—. ¡Todos a las lanchas! ¡Hay que salir de aquí!

La lluvia de lanzas era impresionante. Se hincaban en todas partes. Dos porteadores cayeron, atravesados de lado a lado, asomando la punta emponzoñada de las armas por su pecho. Los tres supervivientes, enloquecidos, fueron al encuentro de la muerte, buscando imposible salvación en la espesura.

Paul, entonces, se lanzó a la carrera hacia arriba, remontando la pendiente hasta donde cayera Rosenberg. Los demás, atónitos, llegaban ya a la orilla, y Nelson ordenaba la línea de tiradores, para proteger a Paul.

—¡Paul, vuelva aquí, por el amor de Dios! —gritó impulsivamente Vera Rander—. ¡Le matarán!

—¿Paul? —Bruce Hayes, vivamente, miró a la joven—. ¿Cómo le ha llamado?

Vera se tapó la boca, al comprender su error. Y Lorimer rió entre dientes, observando:

—Siempre dije que había algo familiar en ese tipo… Es Paul

Garland, profesor…

Entretanto, Paul, ajeno a la revelación de su identidad, se inclinaba ya sobre el desdichado Rosenberg, que le miró desde el suelo, con ojos vidriosos y cayendo un hilo de sangre por su boca. Las gafas y el bastón de malaca yacían allí cerca.

—Es… inútil… —jadeó—. Gracias, amigo… Escape usted. Yo… estoy listo…

Paul comprendió que era así. Los disparos de sus compañeros hacían claros ya en los «Swahili», pero también las emponzoñadas lanzas de éstos pasaban por encima de él como nubes. Aún hizo una pregunta al moribundo:

—Profesor… ¿Usted robó el virus del «Mbagana» y roció aquellas rosas en Banbury Manor?

La mirada apagada de Rosenberg brilló un fugaz segundo, comprensiva. Miró al falso colombiano, reconociéndole. Y balbució roncamente, con su último aliento:

—Le… juro que… no, Garland… Nunca supe… —Vomitó sangre, y se abatió de bruces.

Paul se incorporó, mirándole con fijeza, impertérrito a la muerte. Las lanzas parecían respetarle milagrosamente.

—Nos reuniremos pronto en donde tú estás, profesor Rosenberg —dijo, antes de lanzarse a la carrera hacia la orilla, donde ya despegaba una lancha, con Vera Rander, Lorimer y Webster a bordo. Nelson, y Hayes, aguardaban a Paul, abriendo fuego nutrido sobre los nativos.

—¡Vivo, a la canoa! —voceó Nelson, disparando ahora sobre las demás lanchas, para agujerear su armazón e imposibilitarlas para la persecución—. ¡Vamos, Oscar!

Él estaba ya allí. Saltó a la canoa. Nelson y Hayes también. La pusieron a navegar, corriente abajo, detrás de la de Vera, y los demás, que hendía ya el agua velozmente. De la selva, llegaron gritos de agonía. Los porteadores habían concluido su fuga…

—Es horrible —musitó Hayes, mientras en torno suyo caían sobre el agua centenares de lanzas—. Si esos desdichados no se hubieran asustado así, estarían vivos…

—Rosenberg no se asustó, y murió igual —dijo secamente Paul —. La vida y la muerte no son designio nuestro, profesor, sino de alguien que está más alto…

—Usted arrostró la muerte como si ésta no le preocupara —sonrió Hayes amargamente—. Y es así, ¿verdad, Paul?

Garland se puso rígido. Nelson refirió lo ocurrido.

—De modo que ya lo saben —dijo lentamente Paul, inclinando la cabeza—. Soy Paul Garland, el condenado a muerte. ¿Qué puedo temer de las lanzas envenenadas?

—Cierto, Paul —suspiró Hayes—. Ni tampoco puede temer a esos…

Señalaba hacia las orillas, no demasiado distantes. Paul se estremeció. No les temía pero le causaban repugnancia, horror. Los cocodrilos, serpenteando veloces por la orilla, se zambullían en el agua, al paso de las canoas fugitivas, como esperando la caída de una presa apetitosa. Sus cuerpos duros, escamosos y repulsivos, hendían la corriente, voraces. Si volcaban, su fin sería horrible.

Paul disparó sobre ellos su rifle, viendo saltar el agua en torno a los saurios, que se revolcaban furiosos. Uno o dos de ellos fueron alcanzados y se hundieron, coleteando con desesperada violencia.

—No desperdicie las balas en ellos, Paul —avisó Nelson—. Puede precisarlas después.

El rápido se hacía más y más caudaloso. Angustiado, Paul observaba la rápida marcha de la canoa que les precedía. Remaban Lorimer y Webster, tratando de impedir que les engulleran las turbulentas corrientes. En su canoa, Paul y Nelson llevaban el peso de los remos.

Así, fueron dejando atrás el poblado Bantú y a los peligrosos agresores nativos. Oscurecía rápidamente sobre sus cabezas, empezaban a escasear los cocodrilos en las orillas cuajadas de vegetación, y la corriente era más y más caudalosa, más difícil de remontar cada vez…

La canoa de Vera Rander, Webster y Lorimer, se hizo invisible, borróse en la penumbra azul de la tarde. La suya, empujada por los rápidos estruendosos, iba más y más deprisa. Nelson advirtió roncamente:

—Ya avisé a Lorimer de que acercara su canoa a la orilla por estas zonas, o acabarían estrellándose contra las rocas que forman pronto peligrosos arrecifes. Paul, hemos de varar también nosotros en la ribera, y pasar la noche en cualquier lado. Incluso me temo que hemos corrido demasiado y estamos cerca de…

No pudo terminar. Un grito de alarma de Hayes le cortó. Luego, sintióse un impacto brutal, violentísimo, que resquebrajó, astilló virtualmente la canoa. Unas negras rocas, emergiendo entre la espuma de los rápidos, se mostraron fugazmente ante ellos, como causantes del desastre.

Luego, el agua les recibió, hirviente y ruidosa, arrastrándoles en su vértigo irresistible, mientras la canoa vacía saltaba de roca en roca, hasta hacerse añicos…

CAPÍTULO IV

¡DIAMANTES!

Jadeante, aturdido, se detuvo entre la arena y los grandes helechos de la orilla, respirando a pleno pulmón. Tosió, expeliendo agua de sus pulmones. Luego, logró incorporarse, avanzar unos pasos. En la casi total oscuridad, tropezó con un cuerpo caído en tierra.

Una voz musitó, apagada:

—¿Quién… es usted?

—Paul —dijo él, con dificultad—. ¿Y usted es… Nelson?

—S… sí. Dios sea loado… ¿Ha visto a Hayes?

—Cuando logré, asirme a los matorrales de la orilla, y le frené a usted, me pareció que ya Hayes lograba salir del «rápido», gracias a las lianas que cuelgan sobre el agua…; pero no estoy seguro.

Ayudó a Nelson a incorporarse. Ambos hombres, tras un mutuo respiro, apoyados el uno en el otro, se movieron tierra adentro, pisando los arbustos ruidosamente. La oscuridad era ya total.

Gracias a ella, descubrió Paul el vago resplandor de aquella lejana luz, entre los árboles.

Se detuvo, sorprendido, y la señaló a Nelson.

—¡Mire! Hay luz allí. —¿Será esto un milagro?

—Los milagros, en plena selva, resultan muy dudosos, Paul. Vamos allá… Posiblemente se trate de alguna reunión de salvajes y nos linchen. Pero si ha de ser al calor de una fogata, merece la pena morir así, ¿no le parece?

—Yo no soy quién para opinar sobre la vida o la muerte —expuso Paul, sombrío—. Me es indiferente todo. Sólo trato de salvarle a usted. Mi viaje al África ha sido un fracaso. Nunca

descubriré al asesino de Reinhard y al que me condenó a morir despacio. Vamos, y que sea lo que Dios quiera, Nelson…

Caminaron. La luz resultó estar más lejos de lo que ellos creían en principio. Pero finalmente, un claro en la jungla apareció ante ellos. Y en el claro… una tienda de campaña reducida, con una luz dentro A Paul le resultó familiar la tienda, sin saber por qué.

—Hemos llegado, y parece que hay alguien —señaló a una sombra que se movió tras la lona. Una silueta humana se recortó nítidamente en la tela iluminada.

Nelson se quedó rígido. Paul, sintiendo correr por su espina dorsal un escalofrío, vio la silueta larga, delgada… el cráneo redondo, pelado, sin cabello…

Ambos amigos recordaron a la vez lo mismo. Aquella fantástica historia de Douglas Webster, la noche, cuando mataron a Edwards… El hombre del cráneo pelado, que todos creyeron producto de su imaginación.

—Dios mío, era cierto… —susurró Nelson, aturdido.

—Tal vez es., el hombre que mató a Edwards —añadió roncamente Paul Garland, con la vista fija en la silueta siniestra, que tenía algo de familiar para él, excepto en el rapado cráneo.

De pronto, sucedió algo extraño. Las manos de la sombra se alzaron, aplicando algo sobre la cabeza. Una melena crespa, leonina, hizo ahora identificable la silueta. Y Nelson cometió el error de no saberse dominar en ese momento crucial.

—*¡Bruce Hayes!*— gritó. —¡Es el profesor Hayes!

Paul llegó tarde para taparle la boca. También para buscar en su mojada pistolera el revólver. Cuando lo aferró y empezaba a extraerlo, en la puerta de la tienda de campaña asomó la inconfundible figura del profesor, con su blanca cabellera de león, ahora mojada por el agua del río, y un rifle entre sus manos, que les apuntaba directamente.

—¡Vaya! —dijo duramente—. ¿De modo que han dado conmigo tan a destiempo? Ahora ya lo saben, a lo que veo. Webster tiene muy buena vista, ¿no les parece? ¡Vamos, entren!

Nelson trató de resistirse en ese fugaz instante. Llevó la mano al revólver. Hayes, cuyo rostro era una máscara impenetrable, no tuvo piedad. Disparó sobre él su rifle. La pesada bala le alcanzó en el pecho, derrumbándole en tierra, con un ronco grito.

Paul no se movió. Apretó los labios, cuando ya el arma de Hayes le apuntaba a él.

—A usted le es igual morir ahora que más tarde, Garland —rió Hayes con crueldad—. Pero sus temeridades no saldrán bien ahora. Si prefiere morir a tiros, elija usted mismo.

—¿De modo que usted mató a Edwards? —dijo Paul con voz dura—. ¿Por qué lo hizo?

—Brett Edwards no era lo que parecía —dijo el profesor—. Representaba al *British Council* of *Diamonds* en África Oriental. Lo averigüé a tiempo. Aquella noche, uno de mis hombres de color en las minas, me había traído la provisión de diamantes que he de pasar a Inglaterra, como en cada viaje que hago. Nadie sospecha que mi hermosa cabellera sea una peluca, convenientemente dispuesta para guardar en su fondo los diamantes. Cuando usted hizo la ronda de vigilancia anoche, tuvimos que Repararnos mi enlace y yo. Él se hundió en la jungla, y yo volví. Edwards me esperaba. Tuve que matarle.

—¿Y sin duda era eso lo que quería decirme?

—¿A usted? —Se encogió de hombros—. No sé…

—¿Por eso le había también inoculado el «Mbagana»? —acusó Paul, virulento.

—No diga tonterías. Se lo inoculó él mismo en los ramajes que le hirieron.

—¡Miente!

—Me tiene sin cuidado lo que crea. Es usted un cadáver viviente, Paul. Debí sospechar antes del cauto Oscar Martínez, el colombiano de la infatigable puntería. No se me ocurrió que fuera usted. Lo hizo muy bien. Edwards era peor actor. Entró con Reinhard para estudiar la forma en que uno de nosotros pasaba los diamantes. Sospechaba ya de mí y lo advertí. El tener un arma indígena entre mis cosas, me ayudó a aparentar lo que no era.

—¿Cómo ha llegado hasta aquí, Hayes?

—Soy buen nadador —rió él—. Incluso salvé mi equipo. Mi tienda, lámpara, lata de combustible, máquina portátil y todo eso. Al chocar la canoa, solté mi mochila. Iba —provista de unos flotadores de goma que se hinchaban en el momento preciso, llegado el caso. Una cadenita de seguridad la ligaba a mí. Así alcancé la orilla. La verdad, esperaba que morirían ustedes dos.

Lamento tener que ser yo quien les elimine, Paul. Pero así le ahorro la dolorosa agonía, la fiebre y sudores del «Mbagana». El color de sus ojos me dice que la crisis final está muy cerca, amigo mío…

—¡Asesino! ¿Por qué tuvo que matar a Reinhard, inocularme a mí y…?

—No discutamos más, Garland —cortó Hayes—. Si negara todo eso, no iba a creerme. Y me tiene sin cuidado lo que opine. Adiós. Mis diamantes valen una fortuna. Tengo que hacer esto, amiguito…

Pero ocurrió entonces, cuando el rifle iba a soltar sobre Paul su mortífera carga, algo asombroso El pie de éste golpeó la tierra con violencia. Al puntapié, una nube terrosa se alzó, cayendo sobre el rostro de Hayes, golpeó sus ojos.

El profesor juró, irritado, sintiéndose cegado por la tierra. Su disparo rozó la cabeza de Paul, sin hacerle otra cosa que un rasguño en la sien. Rápido, desenfundó el joven su revólver. A la altura de la cintura, sin compasión alguna, disparó una, dos, tres veces… Su temor se frustró. No estaba mojada la pólvora. Y los proyectiles penetraron en el cuerpo de Hayes, sacudiéndolo en espasmos, hasta rodar de bruces.

Después, se quedó inmóvil, estirándose sobre la tierra. Estaba muerto.

Pero también parecía estarlo el desdichado Nelson. Se hallaba solo. Sólo en la jungla, con dos cadáveres. Pronto acudirían las alimañas al olor de la sangre…

Y no tenía fuerzas para enterrarlos. Sentíase febril, le temblaban las piernas. Hayes tenía razón. Estaba llegando al final. Acaso esta noche era el final. ¿Había sido el traficante en diamantes, el asesino de Nelson y de Edwards, su propio asesino también?

Nunca lo sabría. Hayes se llevó el secreto a su tumba. Si era él… estaba vengado. La fiebre subía. Estaba sudando copiosamente El calor pegajoso de la selva secaba sus ropas de agua del río, para empaparlas de transpiración. Prefería el agua. Al menos, era fresca, reconfortante. Y estos sudores… eran sudores de muerte.

Penetró en la tienda, tambaleándose. Hayes era un tipo previsor y astuto. Su ingenioso sistema de llevar la mochila, no sólo salvó la pequeña y ligera máquina de escribir, sino un hornillo, un pote, una lata de café, otra de petróleo —ambas muy pequeñas—, y una lámpara da débil llama, sino también libros y papeles en blanco.

Papeles en blanco… Los miró, fascinado. Podía aún hacer algo, antes de morir. Referir su historia… Acaso recopilándola allí, reuniéndola en cuartillas, viese claro todo lo ocurrido desde aquel fin de semana en Londres…

Se sentó en tierra, habilitó un tronco de árbol partido, como mesa para la máquina. Echó café y agua en el pote, encendió el hornillo y lo puso a hervir. Necesitaría café, mucho café. Y cigarrillos. Hayes tenía allí una caja de lata y unos cuantos cigarrillos dentro. ¿Qué el fumar le perjudicaba? Eso era igual ya.

Había llegado al final. Era su última noche. El «Mbagana», la enfermedad azul, estaba ya abatiéndole. Pensó en las vacunas de Vera Rander, en los esfuerzos de la bella doctora por salvarle. Sonrió dulcemente. Si al menos ella se hubiese salvado… todo estaría bien.

La quería, sí. Ahora lo comprendía. Sentía por ella lo que jamás sintió por Lori. Su abnegación, su espíritu de sacrificio, su ternura y femineidad… La apartó de su mente casi con rabia. No debía hacerlo. No podía pensar en ella. No ahora. Si acaso… cuando muriese. Entonces, en el suave y doloroso trance hacia las tinieblas… sí.

Puso papel en el rodillo. Comenzó a teclear. Sin saber por qué, pensó que debía escribir en forma de carta, dirigírsela a alguien que la recibiese un día u otro y pudiera revelar lo ocurrido a las autoridades, a todo el mundo…

«Empezó todo aquella mañana en que fui a verle, doctor Price…».

Se detuvo. ¿Por qué empezaba así? ¿Por qué precisamente dirigirse a Cameron Price, su médico de Londres? No tenía mucha amistad con él. Sólo la profesional entre médico y paciente, y el hecho de que Ada, su mujer, había sido compañera en el Club de ricos deportistas. Ada… todo un partido. Como Lori, en cifras bancarias. Sonrió. Price había sido el primero en ver sus uñas azules, en sospechar la terrible dolencia…

Sí. Debía de ser a él. Continuó escribiendo, mientras ante él danzaba el fantasma de un recorte de periódico en la mano

engarfiada por la muerte de Brett Edwards; una cerveza en malas condiciones… Un rosal que nadie sabía si iba a ser tocado jamás, impregnado de un virus mortal… Una visita nocturna, una inyección de aire, una inyección mortal, un frasco robado y lo que Edwards sabía o sospechaba.

Siguió escribiendo Mientras el sudor corría por su rostro y empapaba sus ropas. Mientras la noche avanzaba hacia su crisis. Luego hacia su final. Como él, Paul Garland. Condenado a muerte sin remisión… en las últimas horas de su vida.

Si pudiera terminar aquel relato… ahora que empezaba a verlo todo claro… ahora que algunas cosas iban tomando forma a medida que ordenaba los sucesos de aquella trágica semana en Londres…

Sólo pedía vivir ese tiempo. Era poco muy poco, luego, podría morir. Con un último recuerdo hermoso de este mundo: Vera Rander…

Epílogo

DESPUES DE MORIR

Cameron Price suspiró, doblando la última hoja que había leído a Ada.

—Y aquí termina la historia, querida…

Ella, muy pálida, tras un prolongado silencio, musitó:

—Dios mío. Cam… El pobre Paul. Qué horrible destino el suyo —se mordió el labio inferior, reflexionando—. Pero ahí no dice nada. Hayes era un asesino y un traficante en piedras preciosas de contrabando, sí. Pero ¿robó el «Mbagana», mató a Reinhard, inoculó a Paul el virus? ¿Por qué Edwards llevaba el recorte del diario con la noticia trivial de la cerveza en malas condiciones? ¿Y qué es lo que vio claro cuando escribía todo eso y que no cita en el documento, Cam? Todo eso está oscuro, sin resolver…

El médico se encogió de hombros.

—Nunca lo sabremos, querida. Tal vez le faltaban las fuerzas y tenía que terminar. Debió morir momentos después de escribirlo, según me ha revelado el inspector de Scotland Yard que investigó el caso Reinhard.

—¿John R. Sawtell?

—Sí. Me visitó en mi consultorio hoy, al saber que recibí carta de Paul. Al parecer, la carta fue hallada por las autoridades africanas, junto al cadáver de Garland y de los otros, Hayes y Nelson. Me la remitieron conforme a su voluntad, aunque imagino que primero la leerían ellos, para ver si aclaraba las cosas. Sawtell recibió el informe y quiso saber todo lo posible. Siempre le fascinó el caso misterioso de Paul Garland y su desaparición. Nunca

imaginó que estuviera en Tanganika, buscando a su asesino.

—Pobre Paul… —Ada se pasó una mano por la frente—. Debió sufrir mucho. ¿Y la doctora Rander?

—Sawtell ha recibido noticias de Nairobi. Está bien, así como Lorimer y Webster. Salieron con bien de la aventura. El *British Council of Diamonds* en África, junto con el Servicio de Contrabando de Su Majestad, están ahora resolviendo los últimos detalles del caso, con el *Inteligence Service* británico. Sin haber sido nunca agente suyo, Paul Garland será algo así como un héroe en sus listas.

—Es lo menos que merece su memoria —dijo dulcemente. Se pasó de nuevo la mano por la cabeza, oprimiéndose las sienes—. Me vuelve el dolor de cabeza de estos días, querido. ¿Quieres ponerme otra inyección de calmante? La del sábado me fue muy bien…

—Sí, Ada. —Cameron Price se encaminó al mueble cercano, y extrajo su jeringuilla. Del bolsillo, tomó una caja metálica, rectangular, de la que extrajo una ampolla de vidrio oscuro, de una hilera en la que faltaba una. Quedaban cuatro más. Con eficiencia profesional, llenó la jeringuilla y presionó suavemente el émbolo—. Listo, querida. Extiende tu brazo…

Ada lo hizo, ofreciéndole la vena. Cameron Price avanzó hacia ella, para inyectar. El líquido del inyectable tenía un leve matiz azulado.

—NO HAGA ESO, DOCTOR PRICE —dijo una voz grave desde la puerta—. SERA INUTIL, PORQUE EL «MBAGANA» NO MATARA A SU ESPOSA. LA VACUNA DE LA DOCTORA RANDES ES EFICAZ…

Ada lanzó un grito terrible, con los ojos desorbitados, fijos en la puerta de la estancia. Cameron Price, sobresaltado, dejó caer la jeringuilla de la mano. Se quebró el cristal sobre el suelo. El médico contempló, aterrado, a su visitante, erguido y tranquilo en el umbral…

—¡PAUL GARLAND! —Silabeó, ante el que parecía un espectro de otro mundo, volviendo para hacer terrible justicia—. ¡No es posible!

—No intente nada, doctor Price —dijo otra voz, desde la puerta inmediata, que daba al gabinete. Y en ella surgió ahora el inspector Sawtell, con aire tranquilo pero firme e inamovible como una roca —. Su juego maestro ha terminado…

Cameron Price tomó entonces la única salida que le quedaba. Se lanzó hacia el fondo de la sala, en tanto Ada yacía desvanecida en

tierra. Un enorme ventanal asomaba al Strand, bullicioso y alegre de la mañana otoñal de Londres.

—¡No haga eso! —aulló Sawtell, tratando de evitarlo—. ¡Paul, impídalo…!

Pero Paul Garland no se movió. Tranquilamente, asistió al momento en que el cuerpo del afable y bondadoso doctor Price, su médico particular, perforó los vidrios con un estruendo atroz, y dejando tras sí una estrella siniestra sobre el ventanal, fue a hender el aire y estrellarse sobre el pavimento de Charing Cross, cinco pisos más abajo.

Un automóvil hizo sonar con un áspero chirrido sus frenos, el silbato de un *policeman* se unió al grito estridente de una mujer, y Sawtell, muy pálido, miró con reproche al aparecido, al hombre fantasma que se mantenía en pie en el umbral de la puerta de la salita.

—Pero hombre de Dios —se lamentó el hombre de Scotland Yard—. ¿Por qué no intervino usted? Pudo haberlo evitado, Garland…

—Sí, pude haberlo evitado —dijo lentamente Paul—. Pero ¿se da cuenta de una cosa? Apenas si existían pruebas contra él. Un jurado hubiese rechazado nuestra acusación por descabellada e improbable… y Cameron Prince, el asesino, se hubiera librado de la horca… e incluso tal vez de la prisión.

Sawtell se rascó los cabellos de la nuca, pensativo.

—Demonio —gruñó—. Tal vez tenga razón. Pero aun así, no es muy humano dejar que…

—¿Humano? ¿Lo fue él, inspector? —Se acercó a Ada, inclinándose sobre ella. El policía le acompañó—. Iba a asesinar a Ada… Ya lo estaba haciendo.

Rascó sobre el esmalte rosado de las uñas puntiagudas de la joven y rica esposa de Prince. Paul señaló lo que aparecía debajo.

—¿Lo ve? Coloración azulada… Hoy era la segunda inoculación… hasta matarla rápidamente. Pero antes tenía que experimentar su veneno ideal, su obra maestra del crimen. Y el conejillo de Indias, ¡estúpido de mí!, *era yo*…

Una vez estuvo Ada en manos de los médicos, y éstos recibieron de Paul unas ampollas de contenido grisáceo en polvo, para aplicarlo a la joven, descendió el resucitado a la calle. Los *policeman*

formaban un cerco en torno al lugar donde se estrellara Prince. Sawtell vio el coche parado frente al bordillo, un Hillman deportivo, cuya ocupante, una bellísima rubia de inquietantes ojos verdes, por cuyo rostro se extendía ahora una palidez de muerte a la vista de lo ocurrido.

—Váyase ya, muchacho —dijo el policía a Paul—. Ya ha vivido usted demasiados horrores para soportar otros. Creo que alguien le espera…

Paul se volvió. Sonrió al ver a Vera Rander. Ella también le sonrió.

—Gracias, inspector. Si me necesita, ya sabe dónde encontrarme. De todos modos, si no le ocupa demasiado tiempo el trabajo de cerrar su caso, le esperamos esta noche en el restaurante del *Savoy*.

—Diablo, eso es muy lujoso para mí…

—Una noche, es una noche, inspector —sonrió Paul—. Yo invito. Para un hombre que tenía que estar muerto, es una satisfacción poderle pagar una buena cena, inspector Sawtell. A usted, y a la que va a ser mi mujer, Vera Rander. La Ciencia va a perder otra de sus figuras. Se alejó, tras una última mirada a la informe figura de Cameron Price sobre el asfalto, reunióse con Vera, se unieron sus brazos, y momentos después, el Hillman deportivo se alejaba con un suave ronquido de su motor.

—A veces, morir resulta más difícil de lo que muchos creen —rezongó el policía viéndoles partir—. Cualquiera diría que ese muchacho estuvo en los dominios de la Muerte… y volvió de ellos a la vida. Meneó la cabeza, reflexivo, y regresó junto a aquél a quien la muerte no había perdonado en modo alguno: Cameron Price, el auténtico culpable…

* * *

—Auténtico culpable, sí… —admitió Vera, después del brindis con el burbujeante, dorado champaña del *Savoy*—. Pero ¿cómo? ¿Por qué?

—También yo advierto muchas cosas oscuras —confesó Sawtell —. ¿Qué papel representó Price en todo eso? Usted nunca lo relacionó con lo ocurrido…

—Ni nadie. —Paul enjugó sus labios, tras sorber el espumeante

licor—. Era lo curioso de Cameron Price. Que se quedaba al margen, ajeno a todo. Yo fui a África a buscar una verdad que tenía aquí mismo, a mí lado, ante mis propios ojos. Todo provino de confundir el origen de la inoculación del virus. Lo atribuí al pinchazo del rosal.

—Y así fue —intervino Vera—. Yo analicé el tallo y tenía el virus del *Mbagana*…

—Sí, lo tenía. Price lo calculó todo habilidosamente, como un perfecto escenógrafo el escenario de la farsa. Mis alteraciones nerviosas, fruto del agotamiento, le ayudaron mucho. Él siempre había sido un médico oscuro, mediocre. Ni bueno ni malo, que es lo peor que puede ocurrir en cualquier orden de la vida. Se casó con Ada para tener fortuna y destacar. Pero no la amaba. Ada era rica, ésa era la razón de su boda. Una vez casados, Ada siguió siendo dueña del dinero. Eso le irritó. Fingía cariño, y mientras planeaba su fin. Sabía que la fortuna de Ada, pasaría a él, porque eso estaba en un testamento de ella que él conocía subrepticiamente. Pero es peligroso matar a una esposa, sobre todo si se es médico. El veneno no sirve. Cualquier colega puede sospechar, la policía indagar, en cuanto sepa que el viudo hereda una fortuna. Price era un cuidadoso, metódico y frío espíritu razonador. Muy inglés, la verdad.

«Y yo, tonto de mí, le di el camino. Un camino complicado, tortuoso y difícil. Pero cuanto más enrevesado fuera el plan, más improbable era que lo descubrieran al ponerlo en práctica.

»Recuerdo que al visitarle para que me atendiera de una indisposición que, como posteriormente hemos sabido, era debida a una simple cerveza en malas condiciones, yo le referí la visita a Banbury Manor, lo de los virus y microbios africanos de Reinhard, y todo lo demás. Él urdió un plan maestro. Mi alusión al "Mbagana", sobre todo, le fascinó. Naturalmente, aquel lunes yo no tenía sobre mí ni un solo átomo de la enfermedad dichosa. Ni las píldoras somníferas de Webster, ni el pinchazo de las rosas, ni la cerveza o los combinados, tenían nada siniestro dentro. *Fue la inyección que me dio en su consultorio el martes* la que inoculó en mi sangre el virus… que él mismo descubrió, con legítimo orgullo, en el Club, al verme las uñas azuladas.

—Pero ¿cómo, Paul? ¿Cómo llegó a él el virus? —interrogó

Vera, sorprendida.

—Robándolo del museo del profesor. ¿Recordáis el relato de Edwards? Brett andaba tras la pista del contrabando de diamantes, no del robo de un frasco de virus o de una muerte que, de momento, parecía normal. Y cuando se reveló que era un crimen, Brett imaginó que era cosa de los traficantes de diamantes, y no reveló nada a la policía. Su trabajo no podía ser interferido por nadie, ni podía revelar su identidad de agente especial del control de diamantes. Lo cierto es que la noche del lunes, tras mi relato y mis molestias, que tan bien iban al plan de Price, éste fue quien acudió con su coche a Banbury Manor y pidió ser recibido con urgencia por Reinhard. Éste, al saber que era un colega en grave trance, le recibió. Prince le contó un cuento chino sobre el «Mbagana» y un supuesto robo de su frasco, tal vez, y de una epidemia en Londres. Reinhard le llevó al museo y le mostró que allí estaba aún el frasco. Entonces, Prince debió aturdir en un golpeó con algo al profesor, y le inyectó aire en las venas. Luego, le condujo al piso superior, siempre muy cauto, y le acostó. Se llevó el frasco.

»Edwards, sin duda, espió a la visita, aunque él lo negara, por si era un contrabandista de diamantes. Pero al escuchar que era un médico, en visita de carácter profesional, volvió a acostarse. Ahí estuvo la clave de todo, la afortunada coyuntura para el audaz y enrevesado plan de Prince. Edwards, al otro día, al saber que el frasco azul había desaparecido, lo ocultó también, pensando que en aquel museo podía estar la pista del contrabando de piedras preciosas africanas, y esperando hacer su propio juego.

»No se podía figurar que el juego era tan siniestro. Price, entonces, me inoculó el martes, al llegar yo. Tenía que comprobar antes el éxito o fracaso del virus, para aplicarlo luego a su mujer en cualquier caso trivial en que ella le pidiera un medicamento. Dispuso unas ampollas de color oscuro, para que no fuera visible el color azulado del virus, diluido en líquido soluble en la sangre. Yo era su experimento, su conejo de indias.

»Pero yo luché. Luché, buscando al culpable por un punto erróneo pero lógico: el círculo de amistades de Reinhard. Price había tenido la diabólica habilidad de mojar con el virus los tallos de las rosas donde yo me pinché. Eso fijaría el domingo como el día

en que yo me inoculé el virus… y Banbury Manor el lugar del suceso. Prince no entraba para nada, pues, en el asunto… Estaba a mil millas de cualquier sospecha.

—¿Por qué en África no le habló de todo ello Edwards? —saltó Sawtell.

—Muy sencillo. Porque en África, yo me hice pasar por otro hombre. Edwards me vigilaba, creyéndome también algún traficante de diamantes. Hasta que me oyó hablar en inglés, y reconoció mi voz. Era muy astuto. Entonces recordó el caso de Reinhard y del «Mbagana». Quiso hablarme. Él había recortado la noticia de la cerveza en malas condiciones, aparecida en un diario inglés de los que se venden en África. Ató cabos, y pensó que había algo raro en mi caso. Tuvimos la desgracia de que por entonces, Hayes entrara en contacto con su enlace de las minas de diamantes, que le introdujo la mercancía en la peluca. Yo vigilaba, y Hayes hubo de volver rápidamente a su manta de dormir, pero sin tiempo de aplicarse la peluca que era, en realidad, envase de los diamantes, habilísimamente logrados. Edwards le vio. Silenciosamente, Hayes debió reducirle y apuñalarle. Entonces, como Edwards me esperaba a mí para charlar sobre lo ocurrido en Londres, tenía en la mano el recorte de la cerveza. Eso me demostraría que yo estaba enfermo de aquel líquido el domingo y lunes. Y que la inoculación fue posterior. También pensaría contarme lo de la visita, y decirme que era un médico a quien jamás había visto, pero que conocía todo mi caso… *antes de producirse*. Yo hubiera visto claro, como lo vi al recopilar datos, en aquella horrible noche que creí la última de mi vida, perdido en la jungla, sólo con el cadáver de Hayes y el que creí cadáver de Nelson.

—La enfermedad hizo crisis precisamente esa noche, querido —dijo Vera dulcemente, con una sonrisa maravillosa—. Hubieras muerto de no producirse el milagro.

—No hubo otro milagro que el de tu ciencia y voluntad, Vera. Luchaste desesperadamente por salvarme, y la Providencia te compensó. Esa vacuna era eficaz, la única eficaz existente… o acaso el virus del profesor estaba algo debilitado por su aislamiento de la fuente vegetal de origen. El de Edwards, al rozarse con los ramajes, fue mucho más virulento, según advertimos. En pocas horas, ya tenía azuladas las uñas. Pero lo cierto es que tu vacuna me salvó.

Aniquiló al virus, y logró lo que parecía irrealizable, en lo que nadie, ni tú misma, podías confiar. Cuando me recobré en aquel lecho del Hospital Militar de Entebbe, creí soñar. Y estaba allí Nelson, recuperándose de su grave herida en el costado, y tú, y Lorimer, y Webster… Todos maravillosa e increíblemente vivos, rodeándome para darme la gran noticia. Estaba vivo, curado… y podía volver a vivir. Volver a ser el de antes. Mucho mejor aún. Un hombre nuevo, un hombre enamorado de ti, Vera…

—¿Por gratitud? —sonrió ella.

—No digas locuras. Por puro y simple amor. Cuando creía morir ya, sólo pensaba en ti…

—Pues en una mesa de allá abajo, junto a la pista, tienes a tu ex prometida, Lori Byers.

Está con un joven atlético y hermoso. ¿Quieres verla?

—Ya la veo —sonrió él, mirando por encima de la barandilla—. Y me siento igual. Lori no era para mí. Ni yo para ella. He encontrado la vida… y la verdad de tu cariño, Vera.

—Bueno, creo que es hora de dejarles —suspiró el policía—. Ya sé cómo le encontraron Vera y los demás, patrullando por las cercanías del torrente, después de escuchar los disparos en la noche. Con la luz del día, descubrieron la tienda… y a usted. Fue entonces una buena idea tomar aquella carta suya postrera, leerla, y guardarla…

—Sí, inspector. En cuanto me recuperé un poco en Entebbe, planeé el golpe dramático. Le pedí datos de Ada. Supe que estaba bien aún, y juzgué que sería un buen golpe enviar esa carta, esperar que él la leyese y viera que había muerto, para que empezara a sentirse seguro. El muy canalla ya lo estaba, porque había empezado a aplicarle el virus a su mujer. Mi carta acabó de calmarle y hacerle sentir seguro, aunque en principio le inquietó.

—Y cuando él regresó a casa desde el consultorio, poco suponía que íbamos pegados a sus talones —rió el inspector Sawtell—. Que subimos tras él al piso, entrando con llave maestra en él, y escuchamos la lectura tras las puertas, esperando el momento cumbre para entrar. Lo que no podíamos imaginamos es que iba a intentar una segunda inoculación de «Mbagana» para asegurar su lento crimen.

—Fue lo más oportuno para intervenir —suspiró Paul, y meneó

la cabeza—. Pobre Ada. Lo siento por ella. Pero vale más así. Ahora, la vacuna de Vera la salvará de todo peligro, y comprenderá el terrible destino que estuvo a punto de seguir.

—Sí, esas cosas se borran con el tiempo, Paul —asintió Sawtell —. Como le ocurrirá a usted. Dentro de poco, ya ni siquiera se acordará de que, durante un terrible mes, fue un hombre condenado a la más horrenda de las muertes.

—No, eso nunca lo olvidaré, inspector —sonrió Paul, tomando con calor una mano de Vera—. Pero irá unido a recuerdos y presentes más agradables…

—Y a la más agradable de las realidades sobre todo, Paul. Saber que, a veces, morir no es tan fácil como creen los demás.

—Cierto inspector —asintió Paul riendo—. ¿Sabe una cosa? Es una frase genial. Morir no es fácil a veces, desde luego…

Y como mientras hablaba estaba mirándole en los verdes ojos de Vera Rander, el inspector Sawtell pensó que era el momento justo para hacer mutis y dejar a la feliz pareja en el *Savoy*, disfrutando del ambiente, del champaña, de la música… y de su propia felicidad. De sus nuevas vidas, ligadas después de una trágica coyuntura.

Paul Garland y Vera Rander, ni siquiera se dieron cuenta de que estaban solos. En realidad, no se daban cuenta de nada, aparte de sí mismos…

FIN



Juan Gallardo Muñoz, nacido en Barcelona en 1929 y fallecido el 5 de febrero de 2013, pasó su niñez en Zamora y posteriormente vivió durante bastantes años en Madrid, aunque en la actualidad reside en su ciudad natal.

Sus primeros pasos literarios fueron colaboraciones periodísticas —críticas y entrevistas cinematográficas—, en la década de los cuarenta, en el diario Imperio, de Zamora, y en las revistas barcelonesas Junior Films y Cinema, lo que le permitió mantener correspondencia con personajes de la talla de Walt Disney, Betty Grable y Judy Garland y entrevistar a actores como Jorge Negrete, Cantinflas, Tyrone Power, George Sanders, José Iturbi o María Félix. Su entrada en el entonces pujante mundo de los bolsilibros fue a consecuencia de una sugerencia del actor George Sanders, que le animó a publicar su primera novela policíaca, titulada La muerte elige, y a partir de entonces ya no paró, hasta superar la respetable cifra de dos mil volúmenes. Como solía ser habitual, Gallardo no tardó en convertirse en un auténtico todoterreno, abarcando prácticamente todas las vertientes de los bolsilibros —terror, ciencia-ficción, policíaco y, con diferencia los más numerosos, del oeste—, llegando a escribir una media de seis o siete al mes, por lo general firmadas con un buen surtido de seudónimos:

Addison Starr | | Curtis Garland (y también, Garland Curtis) | | Dan Kirby | | Don Harris | | Donald Curtis | | Elliot Turner | | Frank Logan | | Glenn Forrester | | John Garland (a veces, J.; a veces, Johnny) | | Jason Monroe | | Javier De Juan | | Jean Galart | | Juan Gallardo (a veces, J. Gallardo) | | Juan Viñas, | | Kent Davis | | Lester Maddox | | Mark Savage | | Martha Cendy | | Terry Asens (para el mercado latinoamericano, y en homenaje a su esposa Teresa Asensio Sánchez) | | Walt Sheridan.

Fuera ya de los bolsilibros también abordó otros géneros diferentes, tales como libros de divulgación sobre diversos temas —brujería, música, póker—, cuentos infantiles u obras de teatro, e incluso fue guionista de cuatro películas: No dispares contra mí (José María Nunes, 1961); Nuestro agente en Casablanca (Tulio Demichelli, 1966) exhibida, además de en nuestro país, en Italia y en Estados Unidos; *Sexy* Cat (Julio Pérez Tabernero, 1973) y El pez de los ojos de oro (Pedro L. Ramírez, 1974).

Durante muchos años publicó libros en todas las editoriales de literatura popular desde mediados de los años 50 hasta principios de los años 80, en la que desapareció la editorial Bruguera. Esto no quiere decir que Juan Gallardo haya dejado de escribir ya que, a diferencia de otros antiguos compañeros suyos, ha mantenido hasta hoy una envidiable actividad creativa aunque, lógicamente, enfocada ya hacia otros géneros. En la base de datos del ISBN aparecen registradas novelas suyas del oeste, publicadas por Astri y Ediciones B, al menos hasta el año 2000, y en 2002 Astri le dedicó en exclusiva la colección Piratas, encuadrada el antiguo género de corsarios. Desaparecida también esta editorial Gallardo pasó a colaborar con Dastin, vínculo que se mantiene hasta el presente. De esta reciente etapa datan siete biografías de mexicanos ilustres, diez adaptaciones de clásicos juveniles, un Diccionario de biografías de grandes figuras de la historia y, con motivo del IV centenario del Quijote, una adaptación juvenil de la obra de Cervantes. Escribió asimismo un par de novelas históricas serias tituladas La conjura (2009) y La clave de los evangelios. En Morsa ha publicado La noche de América agonizante y su autobiografía, Yo, Curtis Garland.